

A woman in a white dress and hat stands with her arms raised, preaching to a group of people in a rustic wooden building. The scene is lit with warm, golden light, suggesting a candle or lamp. The background shows wooden walls and a window with a white frame.

El predicador

Erskine Caldwell

Traducción de Rebeca Bouvier



*"Una pantanosa historia... contada con una
destreza diabólica"* **Bruce Catton**

Lectulandia

Semon Dye, un autodenominado predicador ambulante, irrumpe un buen día en la pequeña comunidad de Rocky Comfort, en Georgia. Allí se alojará en casa de un rústico propietario agrícola, Clay Horey, y conocerá a otras personas —su joven esposa Dene, su exmujer Lorene, el vecino Tom Rhodes... que verán trastocadas sus existencias en el breve plazo de tiempo que dura su estancia. El comportamiento de Semon Dye —sin duda uno de los personajes más robustos e intrigantes de los creados por Erskine Caldwell— se sitúa en las antípodas del que se supone debe tener un «hombre de Dios»: bebe, seduce a las mujeres, juega a los dados, blande una pistola y no tiene ningún escrúpulo en humillar y aprovecharse de la gente. Con ello Caldwell pretende fustigar la influencia de determinadas sectas religiosas entre las comunidades rurales del Sur de Estados Unidos.

El predicador fue escrita por Erskine Caldwell inmediatamente después de la publicación de *El camino del tabaco* y *La parcela de Dios*, las dos grandes novelas que lo catapultaron a la fama. Aunque no tuvo en su momento el mismo éxito de público y crítica que aquellas, el paso del tiempo, sin embargo, la ha devuelto a un nivel comparable a lo mejor de su producción literaria de los años treinta.

Lectulandia

Erskine Caldwell

El predicador

ePub r1.0

Titivillus 18.11.15

Título original: *Journeyman*
Erskine Caldwell, 1935
Traducción: Rebeca Bouvier
Diseño de cubierta: Eduard Serra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Uno

El destartalado automóvil salpicado de barro salió de la carretera y se detuvo junto al magnolio. El hombre alto y delgado —parecía haber vivido de medias raciones desde el día en que fue destetado— se quedó serio e inmóvil, con las manos agarrando el volante. Sus ojos permanecieron clavados en la fila de postes combados que formaban la valla que tenía delante.

Clay Horey, sentado en su porche, se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos para suavizar el resplandor del sol sobre la arena blanca y tratar de ver quién había allí. Durante un rato ni siquiera pudo convencerse de haber visto a nadie. De tanto sentarse en su porche a mirar el incoloro y seco paisaje, semana tras semana, año tras año, había acabado por no creerse lo que sus propios ojos veían.

—Esa maldita achicoria le nubla a uno la vista en verano —dijo—. Uno de estos días tendré que agenciarme una garrafa de *whisky*. No creo que haya cosa mejor para despertar a un hombre.

Cerró los ojos para tratar de oír, a través del zumbido que el calor producía en sus oídos, la molesta llegada de un extraño. Pudo reconocer el parloteo de un arrendajo y el chirrido del arado tensándose, así como todos los otros sonidos familiares que le llegaban desde una distancia de millas más allá de las arenosas tierras de labranza, pero le costó distinguir los extraños sonidos procedentes de su propio jardín delantero.

—No puede ser nadie importante —dijo, finalmente, con los ojos bien abiertos—. Y si lo es, se ha apartado de su camino al venir aquí.

Clay siguió mirando fijamente, moviendo desconcertado la cabeza, al adusto hombre del coche sin capota. No le vino a la mente ningún hombre en todo el mundo que quisiera venir desde esa dirección, a esa hora del día, para verle. No tenía dinero para comprar nada y no tenía dinero para pagar lo que debía. Era simplemente una pérdida de tiempo el molestarse en apartarse del camino para venir a verle.

De nuevo forzó la vista, pero no observó ningún movimiento que lo convenciera de que no estaba soñando por culpa de la cafetera entera de achicoria que se había bebido aquella mañana para desayunar. No había una sola nube en el cielo azul claro; no había brisa que hiciera mover las hojas del magnolio; no se percibía movimiento en el planeo y las vueltas que daban las águilas en lo alto; y ahora, el destartalado automóvil y el polvoriento desconocido estaban tan inertes como la fila de postes combados de la valla que había junto a la carretera.

Clay trató de convencerse de nuevo de que lo que pensaba que había visto era meramente una ilusión debido al calor y la arena. Le habría gustado taparse los ojos con el sombrero y hacer una corta siestecilla antes de la comida, pero cuando lo intentó, el espejismo se negó a desaparecer por el mero movimiento de volver hacia abajo el ala del sombrero. Se incorporó, enfadado y nervioso, y fijó la mirada al otro lado del jardín.

—No puede ser nadie importante —dijo—, o no habría parado el motor antes de salirse de la carretera. Nunca he conocido a nadie tan rácano con la gasolina que no fuera un maldito don nadie.

Habían pasado casi cinco minutos cuando el motor repentinamente se puso en marcha solo y empezó a funcionar otra vez. El hombre cubierto de polvo se sobresaltó y se quedó sentado muy tieso, como si hubiera estado esperando a que eso ocurriera, pero finalmente le hubiera cogido por sorpresa.

El impredecible motor empezó a acelerar. Cuando un automóvil que ha sido conducido en medio del calor, sin reponer agua en el radiador y sin demasiado aceite en el cárter, se pone en marcha por sí mismo después de haber sido apagado... Bueno, no hay que esperar demasiado para descubrir lo que va a suceder. Cuando a Clay le pareció que el vehículo entero iba a estropearse debido a la vibración que lo sacudía de un guardabarros al otro, el motor se paró con un zumbido igual al que hace el resorte de un despertador al soltarse. Todo acabó con una ensordecedora detonación del destrozado tubo de escape.

Cuando hubo pasado todo, el desconocido se relajó. Una densa nube de nauseabundo humo negro se infló encima del coche por un instante y luego se fue flotando hacia la casa.

Apenas se había extinguido el eco de la detonación cuando una bandada de urracas salió de los bosques como un aluvión, cotorreando y voceando como si hubieran descubierto una serpiente en un árbol.

—Supongo que tendré que ir a preguntarle lo que quiere —dijo Clay—. Parece que no tiene el sentido común de venir a protegerse del calor.

La oleada de humo negro empezó a desintegrarse en el caliente aire de mediodía, pero el nauseabundo olor rondó por el porche y empezó a colarse por las puertas y ventanas abiertas de la casa.

Clay se puso de pie de un salto, tirando la silla al suelo.

—¡Maldito el hombre que viene hasta la puerta de casa en su automóvil y suelta una peste semejante! —dijo, finalmente despierto. Empezó a notar náuseas en la boca del estómago—. ¡En mi vida me han enfurecido tanto!

Ya no pudo aguantar más. Se inclinó sobre la barandilla del porche y, apretándose la nariz con el pulgar y el índice, se sonó con todas sus fuerzas. Incluso así pudo oler el humo, y era incluso más nauseabundo.

—¡Maldito sea el hombre que te hace esto delante de tu propia casa! —gritó enfadado en dirección al desconocido alto y de cara curtida.

Clay empezó a golpear el poste que sostenía el tejado. Hizo tanto ruido, sacudió la casa de tal manera con sus puños martilleantes, que su esposa salió corriendo por la puerta de la entrada que estaba justo detrás de él.

—¡Clay! ¿De dónde viene este olor tan espantoso? —preguntó Dene con voz entrecortada—. ¡Qué olor tan repugnante!

Clay señaló al hombre que estaba saliendo del coche aparcado bajo el magnolio.

Dene murmuró algo que Clay no pudo comprender y, sosteniendo la falda levantada hasta las rodillas, desapareció corriendo del porche con un susto de muerte.

Clay bajó los escalones que llevaban al jardín. El hombre había salido del automóvil y caminaba de arriba abajo dando pasos largos, estirando las piernas y deteniéndose a menudo para sacudirse uno de sus pies. La ropa del tipo estaba arrugada y cubierta de polvo. Su piel curtida parecía haber sido rociada con pintura marrón.

—Me llamo Semon Dye —dijo echando una ojeada de arriba abajo a Clay, pero ignorándolo como si fuera un pedazo de madera—. ¿Y tú?

Le alargó la mano a Clay, empujándola hacia delante como si fuera un poste envuelto en una chaqueta vieja. Clay se miró la mano y dio un paso atrás cada vez que esta se acercaba a él. La mano lo siguió hasta la valla.

—Ya te he dicho mi nombre —dijo Semon—. Ahora tú, ¿cómo te llamas?

Clay, con la espalda contra la valla, miró la mano de gran tamaño cuyo pulgar apuntaba hacia arriba como una pequeña mazorca de maíz.

—¿Yo? —dijo Clay—. Vaya, pues me llamo Clay Horey.

Semon le agarró la mano y la sacudió hasta dejarle a Clay el brazo entumecido.

—Encantado de conocerte —dijo Semon sin dejar de sacudirle la mano—. En serio, encantado.

Semon le soltó la mano y esta cayó sobre el muslo de Clay como una bolsa de perdigones, mientras miraba por encima de los hombros de Clay hacia la casa y el granero, torciendo el cuello para poderlo ver todo.

—Tienes una bonita morada —dijo finalmente—. Yo también fui propietario de una granja en otros tiempos.

Se dio la vuelta y miró carretera abajo, hacia las cabañas de los negros que había a unos cientos de yardas de distancia. Frente a las cabañas se abrían los campos de algodón. Detrás estaban los bosques que bordeaban el arroyo. Semon siguió mirando las cabañas.

—¿La mano de obra? —preguntó, abriendo los ojos como platos y señalando con la cabeza lentamente hacia las cabañas mientras miraba los labios de Clay.

Clay asintió mientras seguía el movimiento de la cabeza de Semon, pero se contuvo a tiempo antes de abrir los ojos como Semon.

—Hardy y George están cultivando algo de maíz este año —dijo Clay—. Deben de estar en los campos.

Semon se volvió de nuevo y miró hacia las dependencias. Clay siguió su mirada, pero no vio nada que pudiera llamarle la atención a nadie de la manera en que le llamaba la atención a Semon.

Mientras esperaban, salió una muchacha negra de una de las cabañas y bajó por la carretera.

Clay seguía esperando a que Semon indicara la naturaleza de su negocio y explicara por qué estaba ahí. No estaba acostumbrado a que ningún desconocido

subiera a su casa y se detuviera ahí, porque la carretera estatal estaba a unos doce o trece kilómetros y el camino que pasaba por delante de su casa no llevaba a ninguna parte. Terminaba cinco kilómetros arroyo arriba, en medio de un cañaveral.

Semon no se ofreció a dar ninguna explicación sobre por qué estaba ahí.

—Estás algo lejos de casa, ¿no? —preguntó Clay finalmente, incapaz de esperar más.

—Sí y no —dijo Semon—. Lo estoy y no lo estoy.

Semon clavó su pulgar tieso en las costillas de Clay al tiempo que emitía un sonido como de succión con los labios que sonó como si estuviera llamando a un perro.

—¡Por Dios, hombre! —gritó Clay, saltando casi a un pie de altura—. ¡No vuelvas a hacer eso nunca más!

—¿Tienes cosquillas? —preguntó Semon.

Clay lo miró de reojo con mucho detenimiento.

—No —dijo—, pero nunca he soportado que me pinchen.

—Hay gente así —repuso Semon—. Me parece que tú eres uno de ellos.

—Imagino que sí —dijo Clay con el ceño fruncido y frotándose las costillas—. Aunque nunca pensé que nadie tuviera que decírmelo.

Semon se rio por primera vez y se encaminó hacia la casa sin esperar a Clay.

—¡Qué bien estar aquí, después de haber conducido tanto rato! —dijo Semon—. Lo mejor es que he llegado a tiempo para la cena.

Estaban a mitad de camino de la casa. Clay corrió detrás de Semon y lo agarró por la parte posterior de la chaqueta.

—Espera un minuto —dijo Clay en tono amenazador, tirando nervioso de la chaqueta de Semon—. Espera un minuto.

Semon se lo sacó de encima dando un tirón a la chaqueta.

—No te atrevas a ponerle la mano encima a un hombre de Dios, Horey —dijo en tono severo.

Clay miró la cara color de cuero.

—¿No serás predicador? —preguntó, temeroso, viendo por primera vez el traje negro polvoriento, el sombrero negro y la estrecha pajarita negra.

—Lo soy, lo soy —afirmó Semon y sus cejas se fundieron en una sola—. No le pongas las manos encima a un hombre de Dios, Horey. Soy Semon Dye.

Semon alargó el brazo para darle a Clay con su pulgar tieso, pero Clay se apartó de un salto.

—Bueno, eso es otra cosa —dijo Clay y se adelantó y abrió el camino hacia el porche—. Eso es algo muy distinto, ya que eres Semon Dye. Ya oí el nombre cuando lo mencionaste bajo el árbol, pero no te presté atención. Me alegro de que me lo hayas recordado. Por alguna razón, he creído que eras un maldito granuja en busca de líos. Pero, entre tú y yo, esto es otra cosa. Bienvenido. Me siento orgulloso de tenerte aquí. De verdad, aunque sea yo el que lo diga.

Semon lo miró desde su gran altura, sonriendo y asintiendo para demostrar que no le guardaba rencor.

—Me siento orgulloso de que hayas venido —dijo Clay—. ¿Vas a predicar por aquí?

—Nada más y nada menos —dijo Semon. Se detuvo y miró de nuevo carretera abajo, hacia las cabinas de los negros. La muchacha había desaparecido tras la curva—. ¿Crees que me podrías alojar unos días, amigo?

—Haré lo que pueda —dijo Clay—. Pero la verdad es que no tengo mucho. No más de lo que puedes ver.

—Está bien —dijo Semon poniendo una mano sobre el hombro de Clay—. De todas formas no estoy acostumbrado al derroche, excepto en lo que se refiere a divertirse con muchachas y mujeres. Cuando un hombre necesita un poco de sexo para animarse, se las arregla con lo que satisface a la gente ordinaria.

—Bueno —dijo Clay—, no sé si debería decirlo, pero...

—No pienses que ya me estoy quejando, —dijo Semon, dándole palmaditas en el hombro—. Apenas he podido echar una ojeada.

—Bueno, es que es lo que quería decirte —terció Clay—. Quizá no sea este el sitio adecuado para ti, porque a decir verdad...

—No te preocupes, Horey. Si mañana por la mañana aún no le he tomado las medidas a este lugar, recogeré mis cosas y me iré. He viajado y predicado casi toda mi vida, y sé ver el valor de un lugar donde otro no ve más que piedras.

Clay negó con la cabeza, pero sacó una silla para que Semon se sentara.

—Te será algo difícil por aquí —dijo Clay, tras reflexionar un poco—. No ha pasado por este sitio un predicador digno de ese nombre en no sé cuántos años. El último que recuerdo dijo que había hecho lo que había podido, pero que era inútil. Cuando se fue dijo que la gente había ido demasiado lejos como para obtener ayuda en esta vida.

—Cuanto más pecadores, tanto más me gusta —dijo Semon apoyando los pies en la barandilla y reclinándose en el respaldo de la silla—. He venido aquí a arrancaros la perversidad a todos vosotros, y cuando empiezo algo lo acabo.

—Entonces tienes un montón de trabajo entre manos. No conoces a la gente de Rocky Comfort como la conozco yo. Nací entre ellos, y sigo siendo uno de ellos. En lo que se refiere a ser pecadores, no conozco ningún lugar de Georgia que nos supere. Es la pura verdad, aunque sea yo el que lo diga.

—Eso es porque nunca habéis escuchado la voz de Semon Dye poniendo los pelos de punta a vuestra naturaleza pecadora —dijo Semon mientras negaba con la cabeza—. En toda mi vida como predicador jamás he recibido ninguna queja. Gentes de todas partes dicen que yo sé dónde encontrar al demonio. Yo lo echaré a patadas de este lugar y que caiga muerto si no lo logro.

Clay echó una ojeada a los enormes pies y manos, y a los seis pies y ocho pulgadas de hombre que se habían doblado por la mitad al apoyar los pies en la

barandilla.

—Yo no necesito que me prediquen tanto como lo necesitan los demás —le dijo Clay—. Me enorgullece decírtelo. He llevado una vida decente durante los últimos siete u ocho meses, más o menos. Nunca he sido tan bueno como ahora. No sé lo que me pasa a veces. El cuerpo ya no me pide ser malo. Prefiero sentarme aquí en el porche, durante toda la primavera y el verano, que salir y ser un cretino.

—Todo el mundo es vil —expuso Semon con seriedad.

—¿Todo el mundo? —preguntó Clay, dudando unos instantes—. ¿Tú también?

Semon rio un poco volviéndose hacia Clay como si fuera a darle de nuevo en las costillas. Clay apartó su silla unas cuantas pulgadas.

—Soy Semon Dye —dijo de repente serio—. El Señor no ha de preocuparse de mí. A mí me da carta blanca.

—Supongo que a veces eso te debe venir bastante bien —dijo Clay.

—Amigo —dijo Semon, guiñándole con uno de los ojos achinados de su cara curtida—, eres muy perspicaz.

Se oyó un ruido al otro lado de la ventana. Semon y Clay se dieron la vuelta cuando lo oyeron.

—¿No vives solo, Horey? —dijo.

—Uno no lo diría. Tengo a mi mujer ahí dentro. Supongo que era ella la que ha hecho el ruido que acabamos de oír. Es muy curiosa, pero hacer que sea sociable con alguien que no ha visto nunca es como tirar de un buey por la cola. Llevamos casados desde el pasado otoño. El padre de Dene enfermó y murió el año pasado y apenas llevaba tres días muerto cuando Dene y yo nos casamos.

Semon asintió en señal de aprobación.

—Y luego está el pequeño Vearl. Debe andar por ahí. Vearl es el hijo de mi anterior esposa. No viene mucho por casa. Parece que prefiere estar en las dependencias de la mano de obra con Susan y su montón de negritos.

Semon siguió asintiendo. Se humedeció los labios con la lengua y se los secó con el dorso de la mano.

—Eso está muy bien, Horey. Un hombre debería tener una esposa hoy en día. Siempre me gusta visitar a un hombre que tenga una esposa en casa. Nunca me alojo más de un día en casa de un hombre que no tenga esposa.

—De verdad me gusta estar aquí sentado y oírte hablar —dijo Clay—. Hablas como un hombre inteligente. Ya había oído decir que Semon Dye era el hombre más inteligente de todo el lugar, pero nunca imaginé que viviría para verlo venir y detenerse en mi casa. Y, ahora que lo pienso, jamás he conocido a nadie que llegara a ver nunca a Semon Dye. He oído muchas historias sobre ti, y supongo que a partir de ahora yo también tendré historias que contar. Cuando alguien empieza a decir algo sobre Semon Dye, yo me adelantaré y explicaré alguna cosa que no hayan oído nunca.

Se hizo una pausa larga. Clay estaba recobrando el aliento y Semon prestaba

atención a los sonidos procedentes de la casa.

—¿Cuántos años dices que tiene tu esposa, Horey?

—Eso tiene gracia —dijo Clay—, no recuerdo haberte dicho su edad.

—Bien —dijo Semon—, dado que me voy a alojar aquí un tiempo, me gustaría saber las cosas que hay que saber.

—Dene acaba de cumplir quince años —dijo Clay—. Aún no ha madurado del todo, pero eso a mí no me importa, porque si hay algo que me gusta tener es una muchacha como Dene, que comprenda cómo tratar bien a un hombre. Tú dirás que todas lo comprenden, tarde o temprano, pero te equivocas. A largo plazo no es lo mismo, porque lo que le gusta a un hombre como yo es esa comprensión. Y opino que un montón de mujeres nunca llegan a comprenderlo del todo. Dene sabe estar un paso por delante de mí. De alguna manera sabe lo que quiero, incluso antes de que lo sepa yo. Eso es lo que yo considero un tipo de esposa realmente excelente.

—¿Esa es tu esposa?

—Esa es Dene —afirmó Clay orgulloso, sacudiendo la cabeza.

—Apuesto que no te da ni un minuto de descanso —dijo Semon.

Semon se inclinó hacia Clay y le golpeó en las costillas con su pulgar tieso. Clay saltó de la silla gritando como si le hubieran pegado un tiro.

—¡Por Dios bendito, hombre! —gritó—. ¡No vuelvas a hacer eso nunca más! ¡No soporto que me pinchen!

Semon se volvió como si nada hubiera ocurrido.

—Te entiendo, Horey —dijo solemnemente—. Sé exactamente lo que me estás diciendo. Es la anticipación. Esa es la palabra. Cuando una muchacha, o una mujer, sabe cómo anticiparse a los deseos de un hombre, ya sea con un abrazo, o un beso, o comida, o calor, o el clásico polvo de toda la vida, entonces esa es la clase de muchacha que un hombre buscará y por la que peleará como una manada de linceos.

—¿Esa es mi esposa? —preguntó Clay, inclinándose hacia delante—. ¿Esa es Dene?

—Así es, amigo —dijo Semon, asintiendo y rascándose la pierna—. Esa es ella.

Clay se levantó y caminó de un extremo al otro. Se detuvo delante de Semon Dye con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—¡Que me parta un rayo! —dijo mirando a Semon con asombro—. ¡Que me parta un rayo si no es verdad!

—¿Qué te pasa, Horey?

—Hablas muy bien, Semon —dijo Clay—. Que me parta un rayo si no describes exactamente cómo me siento.

Dos

Semon se inclinó hacia delante y lanzó hacia Clay su gran mano rojiza, que parecía el jamón curado de un cochinito. Clay se la miró y entonces, sin saber qué hacer, agarró el pulgar tieso y lo zarandeó de un lado a otro. Cuando hubo terminado, trató de soltarlo, pero Semon había enroscado sus dedos en la mano de Clay.

—Me parece a mí que somos la misma clase de hombre —dijo—. Tú y yo deberíamos congeniar a partir de ahora. Choca esos cinco, Horey.

Semon le sacudió la mano a Clay hasta que este apenas notó vida en su brazo.

—Me parece que no entiendo muy bien adónde quieres ir a parar —dijo Clay algo aturdido mientras retiraba su mano y se frotaba los dedos para reanimarlos.

—Hace falta una mujer como tú dices para que dos hombres como nosotros se entiendan —dijo Semon—. Me refiero a nosotros, amigo. Cuando me has dicho que tu esposa era de las que se anticipan, he sabido enseguida que tú y yo éramos como dos gotas de agua.

—¿También tienes una esposa como ella? —preguntó Clay.

—¿Yo? —dijo Semon—. No. No la tengo. Perdí la que tenía. Se fue a vivir a Atlanta hace tres años.

Clay estudió la pala de sus zapatos de cuero durante unos instantes. No era capaz de mirar a Semon.

—Lo siento de verdad, Semon —dijo finalmente—. De verdad. Pero no sé qué decir al respecto. Me parece a mí que estabas intentando pedirme ayuda, o algo así. Pues yo y Dene, maldita sea...

Semon estiró su largo brazo y le dio una palmada en la espalda a Clay.

—He venido aquí a predicar, Horey —dijo—. Nuestro Señor me ha enviado a Georgia a predicar y arrancaros la perversidad de todos vosotros. Me dijo que la peor gente de todo el mundo vive en Georgia, y yo le dije que haría todo lo posible por vosotros.

—¿Dónde piensas predicar?

—En vuestra iglesia —dijo Semon—. Imagino que tenéis una iglesia.

—¿Qué iglesia?

—La iglesia que tenéis aquí. La iglesia de Rocky Comfort. Tenéis una iglesia ¿no?

Clay miró hacia los pinos que había al otro lado de la carretera.

—Pues me has puesto en un apuro —dijo finalmente—. Si hay una iglesia en Rocky Comfort, pues te aseguro que no sabría dónde encontrarla.

—Entonces, ¿adónde va la gente a escuchar a los predicadores?

—Nadie lo hace. No que yo sepa. Solía haber una iglesia camino arriba, a un kilómetro y medio de distancia más o menos, donde se tuerce el arroyo. Pero ha sido convertida en un cobertizo para guardar guano. Tom Rhodes guarda ahí sus fertilizantes en primavera. Luego, cuando llega el otoño, guarda las semillas de

algodón. Tom arrancó todos los bancos y el púlpito y los partió para hacer leña. Con Tom Rhodes es con quien hay que hablar, pero no serviría de nada, porque Tom no te dejaría utilizar el cobertizo.

—Entonces tendremos que usar la escuela —dijo Semon, tras unos minutos de silencio—. ¿A cuánto está la escuela?

—Dos kilómetros. Por ahí arriba, al otro lado de la casa de Tom.

—¿No se habrá quedado también con la escuela?

—Tom no ha tocado la escuela. Funciona durante tres o cuatro meses al año, algunos años. Tom la ha dejado en paz.

—Entonces predicaré en ella el domingo. Puedes ir a anunciarlo para que la gente sepa que voy a predicar.

—No tiene sentido hacerlo —dijo Clay—. Todo el mundo se enterará. Nunca pasa nada en Rocky Comfort sin que la noticia corra como un reguero de pólvora.

Semon levantó la mano.

—¡Chitón! —susurró—. ¿Quién es?

—¿Dónde? —preguntó Clay—. No veo una sola alma por ninguna parte.

Semon se levantó y caminó sigilosamente hacia la puerta, rodeando la silla de Clay. Cuando parecía a punto de entrar corriendo, Clay se levantó y se le adelantó.

—Un momento, Semon. ¿Qué piensas hacer?

—He oído a alguien tras estas ventanas —dijo Semon—. Quería saber de quién se trataba.

—Maldita sea, esta es mi casa —dijo Clay—. Soy yo el que ha de mirar si hay algo que mirar.

—Ve a ver quién es, Horey, y sácalos aquí afuera —le dijo Semon—. Me sentaré aquí a esperar.

Clay miró hacia la entrada mientras esperaba a que Semon se sentara. Cuando Semon se hubo sentado, Clay entró de puntillas.

A los pocos minutos llegaron al porche los sonidos de una escaramuza. Semon se levantó y esperó. Ya estaba junto a la puerta cuando llegó Clay por la entrada arrastrando a Dene detrás de él.

—Es tímida ante los desconocidos —se disculpó Clay—. No te sorprendas si parece asustada y trata de escapar. Acaba de cumplir quince años, como ya he dicho, y no está acostumbrada a ver desconocidos.

Semon la cogió por el otro brazo y ayudó a Clay a sacarla al porche. Cuando estuvieron fuera, Semon sonrió a Dene y le dio unas palmaditas ligeras en las nalgas. Clay tragó saliva.

—Un momento —dijo.

—No te pongas nervioso, amigo —dijo Semon—. Tan solo trato de calmarla. Es como acariciar a un potro. No puedes hacer nada con los potros hasta que los acaricias un poco y les haces olvidar su agitación. Tú que eres un granjero lo deberías saber.

Clay dio un paso adelante y le dio un empujón a Semon. Semon no se movió un milímetro.

—Maldita sea —dijo Clay—. Esto no me gusta nada.

Semon sonrió a Dene y ella levantó los ojos para mirarlo. Él la acarició un poco más.

—¿Lo ves, amigo? —dijo Semon, mirando a Clay—. ¿Qué te he dicho? Eso es todo lo que hay que hacer para domar al potro más salvaje o a la mujer más inquieta. Ver para creer, ¿cierto?

Clay empujó a Dene hacia una silla. Ella se sentó rápidamente mirando primero a uno y luego a otro. Clay se sintió aliviado al verla sentada. Lanzó una mirada a Semon.

—Dene no está acostumbrada a estar con desconocidos como ahora —dijo—, pero no creo que sea culpa suya esta vez.

—Siéntate y cálmate, Horey. Todos somos iguales aquí y no vale la pena perder los estribos. No queramos pelearnos tan pronto. Especialmente ahora que me apetece tanto quedarme aquí. Me siento orgulloso de visitar a un hombre con una esposa tan bonita.

Dene se levantó de la silla y trató de irse del porche. Clay la agarró.

—¿Adónde vas, Dene? —preguntó.

—A preparar la cena —le respondió.

—Supongo que se acerca la hora de comer. Será mejor que le digas a Sugar que añada un plato. Semon vendrá hambriento.

Dene se levantó otra vez y cruzó el porche corriendo. Semon continuó mirando durante mucho rato hacia el lugar por donde había desaparecido.

—¿Quién es Sugar? —dijo de repente.

—¿Sugar? —dijo Clay—. Sugar es la cocinera.

—¿Es una muchacha de color?

—Esa es Sugar. Pero no es negra. Es mulata.

—¿Mulata, eh, Horey? Bueno, bueno, bueno...

Semon estudió el contorno del magnolio que había enfrente de la casa y aspiró profundamente su perfume. Se frotó las manos con satisfacción.

—También tienes una esposa muy simpática, Horey —dijo finalmente, asintiendo—. Parece que lo tienes bien montado.

—Dene es todo lo que un hombre puede desear, supongo. He estado casado tres, o cuatro, o cinco veces y Dene es la mejor. La esposa que tuve antes de casarme con ella tiraba a regular. Esa era Lorene, cuyo hijo, Vearl, vive carretera abajo. Lorene ha sido una de las mejores esposas que he tenido, pero acabó que no le importaba un comino si me satisfacía o no. A veces diría que a ella no le importaba estar un paso por delante o un paso por detrás de mí. Pero no puedo quejarme de Dene. Siempre está un paso por delante de mí.

—Quieres decir que se te anticipa —dijo Semon—. Posee el extraño don de la

anticipación. Lo he visto yo mismo, después de conocerla. Tienes toda la razón. Da la sensación de que es de las que se anticipan.

Clay se irguió.

—¿Qué diablos sabrás tú sobre lo que hace y deja de hacer Dene? —dijo enfadado.

—Tan solo te estaba ayudando a expresarte, hermano —dijo Semon.

—Me importa un carajo que seas predicador. No quiero que te inmiscuyas todo el rato de esta manera.

—Cuidado, Horey —dijo Semon con severidad—. Soy un hombre de Dios.

—Me importa un carajo quién seas. ¿Acaso dejas de mirar a las mujeres por ello?

—Un momento, Horey. Te adelantas a los acontecimientos. En cualquier caso, ¿adónde quieres ir a parar?

Clay se levantó de un salto y se puso en guardia con los puños cerrados.

—No me gusta que ningún hombre, sea predicador o pecador, venga por aquí y le dé palmaditas en el trasero a Dene como tú has hecho.

—No entiendo por qué hablas así —dijo Semon—. La estaba domando tanto para ti como para mí, amigo.

—Es todo lo que quiero saber —dijo Clay, dándose la vuelta y caminando pesadamente hacia el interior de la casa.

Tres

Después de la cena salieron al jardín. El sol se había puesto, pero el crepúsculo apenas había comenzado. Una delgada capa de humo azul se mantenía inmóvil cercana al suelo. En la cresta de las colinas, los incendios que habían ardido todo el día bajo el sol empezaron a resplandecer como un perfil dentado contra el cielo.

Semon miró, escuchó y respiró profundamente mientras daba grandes zancadas por todo el jardín. Clay trató de seguirle el paso, pero Semon no se percató de su presencia. Se movía por el jardín tan nerviosamente como un zorro enjaulado.

—¿Qué es lo que te inquieta, Semon? —le preguntó Clay corriendo delante de él y bloqueándole el paso—. Que me aspen si jamás he visto a un hombre comportarse como tú. ¿Qué es lo que te atormenta?

Semon dobló el cuello hacia abajo para mirar a Clay. A la luz del crepúsculo su cara parecía un pedazo de cuero rugoso.

—Se trata de lo siguiente, Horey —dijo acercándose—. Mi esposa hace tres o cuatro años que me dejó y nunca he vuelto a casarme. A las mujeres les gusta quedarse en un sitio, donde puedan tener una casa y cultivar flores y criar hijos. Pero yo... yo no puedo echar raíces. Y mientras sea un predicador ambulante, imagino que no tendré esposa.

—Eso es una maldita pena —dijo Clay.

No miró a Semon. Si hubiera tenido un poco de valor, le habría dicho a Semon que recogiera sus cosas y se fuera a otra parte antes del anochecer. Antes de que le llegara a subir el enfado, Semon le dio una palmada en la espalda y le guiñó con uno de los ojos achinados de su cara curtida.

—Esta noche me siento muy excitado —asintió Semon—. ¿Qué tal si me ofreces un poco de diversión?

Le dio a Clay con el pulgar tieso, pero Clay fue más rápido. Se apartó y miró hacia arriba, a esa cara curtida que se adentraba en el cielo.

—Ya sabes a lo que me refiero, amigo —afirmó Semon de nuevo.

Clay advirtió que él también estaba asintiendo. Por alguna razón no podía parar de hacerlo.

Sin darse cuenta fue siguiendo a Semon cuando este cruzó el jardín y fue corriendo junto a él por la carretera.

—¿En qué casa vive Sugar? —dijo Semon, dando grandes zancadas. No importaba lo rápido que caminase Clay, Semon siempre iba a la cabeza.

—Maldita sea, no te referirás a Sugar —dijo Clay.

Vio que no había forma de evitar que Semon fuera a casa de Sugar. Confió en que Hardy no se encontrara en casa. Justo antes de llegar a la cabaña, Clay se detuvo.

—No te quedes atrás, Horey —dijo Semon, agarrándolo por la camisa y tirando de él—. Quiero que llames a la puerta y le digas que salga.

Tras pasar la primera cabaña, donde vivían Susan y George, y donde Vearl dormía

y jugaba, se detuvieron en frente de la siguiente casa. No había luz en la habitación delantera, pero oyeron risas provenientes de la cocina.

—Ve, Horey —dijo Semon, empujándolo.

Clay se vio cruzando a trompicones la cuneta y entrando en el jardín. Se dirigió lentamente a la puerta trasera.

Sugar estaba sentada en una silla junto a la puerta. Le sorprendió ver a Clay ahí.

—Vaya, hola, señor Clay —dijo, levantándose.

—Será mejor que vengas un momento delante, Sugar —dijo.

Ella lo siguió al centro de la carretera tras rodear la casa. Semon estaba en el mismo sitio donde lo había dejado Clay.

—Aquí está —dijo—. Aquí tienes a Sugar.

Semon la agarró en plena oscuridad antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba pasando. Trató de zafarse de él, pero Semon la sostenía con firmeza.

—Cuidado, blancos —dijo Sugar—. ¿Qué intentáis hacerme?

Semon la rodeó con su brazo y empezó a palmearle las nalgas. Clay los observaba con la boca abierta. Sugar dejó de retorcerse y oponer resistencia y pareció que se quedaba quieta por voluntad propia. Clay se acercó y vio cómo Semon la acariciaba hasta someterla.

—Que me parta un rayo si alguna vez he visto cosa igual —dijo Clay—. Es el truco más endemoniado que jamás haya visto.

Semon giró el cuello para mirar a Clay. Uno de sus ojos se abría y cerraba de tal manera que hizo que Clay parpadeara de admiración. No podía permanecer enfadado con un hombre que actuaba de manera semejante.

—No hay nada como saber cómo hacerlo, amigo —dijo Semon.

Clay caminó alrededor de Semon y Sugar, tratando de ver todo lo que iba sucediendo. Cuando llegó al punto de origen, Semon seguía dando palmaditas a Sugar.

—Mi Hardy me estrangularía si me viera tonteando —dijo Sugar.

—Esto es distinto, Sugar —repuso Semon—. No estás tonteando con nadie de tu propia raza, yo soy un hombre blanco.

—¿Y qué más? —preguntó Sugar.

—Y también un predicador.

—Ajá. Me lo temía.

Semon la siguió acariciando.

—No debería tontear así. Debería dejar en paz a las muchachas de color y ocuparse de sus asuntos.

Clay empezó a tirar de la manga de Semon. Finalmente logró a empujones que Semon volviera a subir por el camino después de que el predicador le susurrara algo a Sugar que Clay no pudo oír.

Cuando estaban a medio camino, Semon le preguntó por qué había tirado de él de esa manera.

—Oí acercarse a Hardy —dijo Clay—. Que me parta un rayo si quiero verme mezclado en algo que hayas empezado tú.

Caminaron el resto del camino sin decir nada. Cuando llegaron a la casa, Clay subió los escalones del porche, pero Semon se detuvo antes y se volvió a mirar hacia las dependencias donde estaban las cabañas. Clay volvió a bajar los peldaños.

—Ven al porche y siéntate —dijo Clay—. No te quedes ahí.

—Estoy esperando a Sugar —dijo Semon—. Vendrá dentro de un ratito.

Clay miró la cara curtida.

—No sabía que le habías dicho que viniera aquí, a la casa. ¿Qué te hace pensar que vendrá?

—Se lo he dicho —dijo Semon—, y vendrá.

Clay se sentó en el peldaño inferior sin dejar de mirar a Semon. No sabía qué pensar sobre un hombre como ese.

Entonces se dio la vuelta y vio a Dene de pie detrás de él, mirando a Semon. Ella no se dio cuenta de que Clay la había visto.

—¿Qué estás haciendo, Dene? —dijo, volviéndose y agarrándola antes de que se pudiera escapar.

—Tan solo miro —dijo.

—¿Qué miras?

—A él —dijo ella, señalando a Semon en el jardín—. Es de lo más guapo.

—Si alguna vez te veo tonteando con él, te curtiré a palos, Dene. Esto sí que no lo voy a tolerar.

La soltó, pero ella no se fue corriendo. Después de mirar un rato más a Semon, se sentó en la mecedora que había junto a la puerta. Clay pudo oír cómo se mecía, pero no se dio la vuelta para verla. Estaba demasiado ocupado pensando en si habría jaleo esa noche. Sabía que no podría controlar a Semon.

Este había ido varias veces a la carretera, solo para volver y dar zancadas de un lado a otro por el jardín. No miró en dirección a Clay.

Clay oyó como Dene dejaba de mecerse.

—Es imponente —dijo.

—Escúchame, maldita sea —dijo Clay, levantándose de un salto y corriendo escaleras arriba.

Fue a la mecedora y zarandéo a Dene.

Justo cuando iba a reprenderla por hablar de esa manera, oyó a Semon cruzar el jardín corriendo en dirección a la carretera. Clay pudo ver a Sugar subiendo por la carretera.

Dejó a Dene y bajó las escaleras corriendo. Cuando alcanzó la carretera, Sugar y Semon ya estaban entrando en el jardín. Caminó junto a ellos hasta que llegaron a la casa.

—Un momento, párate —dijo Clay, poniéndose delante de Semon—. Ya has llegado demasiado lejos.

Semon le puso una mano en el hombro y le miró a la cara.

—¿No le impedirás a un hombre su momento de diversión, verdad?

—Todo depende —dijo Clay—. Pero es ir demasiado lejos.

Sugar empezó a rezagarse, pero Semon la sujetó. Ella no pudo zafarse porque Semon la tenía fuertemente agarrada.

—Blancos. No quiero líos con blancos. La quieren liar bien conmigo.

—Vamos, vamos —dijo Semon—, no empieces a hablar así, Sugar. Cállate y yo lo arreglaré todo.

Sugar no mostró señales de obedecerle.

—Usted es un predicador, ¿no, señor Semon? —preguntó.

—Lo soy —dijo él.

—Entonces no debería ir por ahí molestando a las muchachas de color. Si me deja ir, le estaré muy agradecida.

—No trates de darme excusas, Sugar.

—Estaba pensando... —dijo Clay interviniendo—, si nosotros...

Semon rodeó con el brazo a Sugar y empezó a darle palmaditas. La mirada de Sugar fue de Clay a Semon.

Clay tuvo que dejar de hablar y ponerse mirar lo que estaba pasando. Nunca había visto nada igual en su vida. En el porche, Dene se levantó de la mecedora y se acercó hasta el escalón superior para ver.

—Señor Semon, es usted el hombre blanco más endiablado que haya visto en mi vida —dijo Sugar.

Semon le guiñó el ojo a Clay en la penumbra, cerrándolo y abriéndolo una y otra vez. Le dio palmaditas a Sugar en las nalgas mientras Clay observaba mudo. Antes de que Clay llegara a darse cuenta, ya estaba Semon llevando a Sugar hacia la casa. Se encontraban a unos pasos de distancia cuando Clay los alcanzó.

—Un momento —empezó Clay—. Si algo sé de estas cosas...

Semon y Sugar subieron las escaleras y cruzaron el porche hacia la puerta. Clay subió los escalones brincando detrás de ellos.

Cuando llegó a la puerta no pudo hacer nada. Semon y Sugar habían entrado y él se había quedado en el umbral con Dene.

Se dio la vuelta y miró a Dene, fijando los ojos en la muchacha mientras ella seguía mirando hacia dentro de la casa. Él le dio un empujón.

—Qué hombre tan extraño —dijo ella.

Clay la empujó de nuevo, conduciéndola al porche, y entró en la casa para ver adónde iba Semon.

Cuatro

Dentro de la oscura casa, Clay se las arregló para encontrar una lámpara. La encendió con prisa y fue corriendo al dormitorio de Semon. Llegó antes de que Semon pudiera cerrar la puerta.

—A ver, tengo una actitud tan abierta como el que más —empezó a decir Clay—, pero en lo que se refiere a traer a mulatas...

—Deja la lámpara sobre la mesa, Horey —le ordenó Semon. Esperó a que Clay le obedeciera.

—Cuando has llegado esta mañana —dijo Clay—, te he recibido con los brazos abiertos, pero...

Semon sacó su revólver y lo dejó sobre la mesa, junto a la lámpara. Era la primera vez que Clay lo veía y estaba demasiado sorprendido de ver que Semon llevaba un arma como para decir nada más.

Era un revólver de seis cámaras y gatillo con resorte. Era un arma de aspecto peligroso en un hombre como Semon Dye. Clay parpadeó al verla a la luz de la lámpara.

—No tienes que quedarte, Horey —dijo Semon mientras lo empujaba hacia la puerta—. Puedes salir.

—Bueno... —dijo Clay—. No quiero que pienses que no soy igual de hospitalario que cualquier hijo de vecino, pero...

—Amigo —dijo Semon—, lamento decepcionarte, pero no soy de los que acepta un papel secundario. Tendrás que esperar afuera.

Se volvió hacia Sugar y empezó a acariciarla.

Después de esto, no había nada que Clay pudiera hacer y salió de la habitación. Se quedó ahí fuera mirando hasta que Semon cerró la puerta de un golpe. Clay caminó vacilante hasta llegar al porche.

Dene estaba en la puerta.

—Es un hombre muy raro —dijo.

Clay la miró por un momento y luego la apartó de la puerta de un empujón.

—¡Cállate, Dene! ¡Maldita sea! —dijo.

Cuando Clay se sentó, Dene se acercó a la silla y se sentó a su lado, en el borde del asiento.

—¡Que me parta un rayo si he visto a un predicador como este en toda mi vida! —dijo—. Será Semon Dye, pero se parece a un predicador tanto como yo o Tom Rhodes podamos parecemos a uno.

Se calló y fijó la mirada en el cielo rojo que brillaba por encima de la cresta de las colinas.

—Es un hombre muy imponente —dijo Dene, meciéndose un poco.

—Cállate, Dene, maldita sea —dijo Clay.

Se oyó en el jardín un sonido como si alguien arrastrara zapatos de cuero sobre la

arena dura. Clay dio un salto en su asiento y forzó la vista en la oscuridad. Dene le agarró el brazo, pero él no le prestó atención. Clay se movió hacia el borde del asiento, arrastrándose hacia delante con las manos fijas en la barandilla.

Por un instante creyó ver una cara oscura en el sendero que subía desde la carretera. Se inquietó cuando se dio cuenta de que la única persona que podía haber ahí afuera era Hardy.

—¿Quién hay? —preguntó Clay.

—Soy yo, señor Clay —dijo Hardy al acercarse al porche.

—¿Qué quieres, Hardy?

—Estoy buscando a Sugar, señor Clay. No le molestaría si no fuera por eso.

—¿Qué te hace pensar que está aquí? —dijo Clay.

—Señor Clay —dijo Hardy—, por favor, no intente desconcertarme. Sé que usted no es de esos.

—¿Estás buscando a Sugar?

—Señor Clay, sabe perfectamente que la estoy buscando. Por favor, no intente distraerme, señor Clay.

Hardy llegó al pie de los escalones. Desde donde estaba podía ver a través de la puerta abierta el interior de la casa. Solo había luz en la habitación de Semon.

—¿Te dijo Sugar que vendría aquí, Hardy? —le preguntó Clay.

—No, señor.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que está aquí?

—Señor Clay, no intente desconcertarme. Ese hombre blanco le dijo que viniera aquí.

—¿Te lo dijo Sugar?

—No, señor.

Clay escuchó un momento. Por un instante creyó haber oído a Semon, pero no estaba seguro. Estaban pasando tantas cosas por su cabeza que le costaba fijar su mente en una sola cosa.

—¿Adónde quieres llegar, Hardy? —dijo Clay.

—He venido aquí a buscar a Sugar —dijo Hardy con firmeza. Clay percibió la determinación en su voz.

Hardy era mulato y Clay sabía que no podía manejarlo de la misma manera que a un hombre negro.

—Vamos, señor Clay —dijo—, es inútil que trate de engañarme. No tengo nada en contra de usted, ni quiero tener nada en contra de usted. Pero he venido aquí a buscar a Sugar y llevarla a casa. Por eso estoy aquí, señor Clay.

Clay pudo notar como Dene se adelantaba en su asiento. No tenía que darse la vuelta para saber que estaba mirando a Hardy.

—No sé qué decirte, Hardy —empezó a decir Clay, incómodo—. Semon Dye, el predicador ambulante, ha venido para alojarse aquí hoy y tiene a Sugar en la casa. Supongo que lo has sabido todo este rato.

—Sí, señor Clay —dijo Hardy mientras subía los escalones—. No quiero problemas. No soy de esa clase.

Se detuvo al alcanzar el último escalón.

—Es culpa de los blancos —dijo Hardy—. No culpo a Sugar. Ese hombre blanco la ha convencido para que venga aquí y ella no habría venido si yo se lo hubiera prohibido. Son los blancos los que siempre dan problemas a las personas de color.

—¿Qué piensas hacer, Hardy? —preguntó Clay, incómodo.

—He venido a llevarme a Sugar a casa.

Hardy cruzó el porche hasta la puerta. Clay se levantó de un salto y alcanzó el umbral antes que él.

—Yo no armaría jaleo en su casa, señor Clay —le dijo Hardy.

—Le iré a decir a Sugar que has venido a por ella —dijo Clay.

Se alejó de la puerta y caminó por la entrada oscura sin esperar a oír lo que le decía Hardy. Se acercó a la puerta de Semon, giró el pomo y entró. Hasta que estuvo dentro de la habitación no se dio cuenta de que Hardy lo había seguido y estaba de pie detrás de él.

Cruzó la habitación y encendió la lámpara.

Semon tan solo vio a Hardy. Alargó el brazo para coger el arma de la mesa que había junto a la cama. De un salto se puso de pie delante de ellos, amortillando la pistola con el pulgar tieso.

—No me apunte con eso, señor Semon —dijo Hardy enfadado—. No puedo soportarlo.

—Cierra la boca y sal de la casa —le gritó Semon—. No aguanto las payasadas de los negros. ¡Sal de aquí, negro!

Semon parecía un hombre totalmente distinto. Cuando llegó esa mañana, con su traje y sombrero negros cubiertos de polvo, con esa pajarita deshilachada, parecía exactamente un pastor ambulante saliendo de su coche para descansar tras un viaje largo y cansado por la región. Ahora, a la luz del queroseno, con el fondo amarillo de las paredes de pino manchadas de resina, parecía un hombre salvaje acosando a un animal en los bosques.

—Será mejor que arreglemos esto pacíficamente —dijo Clay con voz apenas audible y sin dejar de mirar el arma que Semon tenía en su mano.

Fue ignorado. Hardy se negó a salir. Dio unos cuantos pasos sin apartar la vista de la lámpara que había sobre la mesa.

—Atrás, o dispararé para empezar —le amenazó Semon—. No me puedes engañar. Sé cómo manejar a los mulatos como tú.

Clay vio lo que iba a pasar. De un salto se colocó en un extremo de la habitación.

Hardy saltó hacia delante tratando o bien de alcanzar la lámpara sobre la mesa, o bien la pistola de Semon. No llegó a hacer ni una cosa ni la otra. Cuando se encontraba prácticamente encima de él, Semon disparó. La explosión de la cámara de la pistola de cañón corto sacudió la frágil casa desde los cimientos. De las grietas del

techo cayó polvo a montones, y de las grietas de las paredes de pino saltaron astillas.

Clay trató de decidir si intentar arrancarle la pistola de la mano a Semon o si quedarse donde estaba. Se quedó donde estaba.

Hardy había caído sobre sus manos y rodillas. Se quedó así, a cuatro patas, a los pies de Semon y con la cabeza caída hasta que casi tocó el suelo.

Semon volvió a amartillar la pistola con su gran pulgar tieso. Cuando tuvo el percutor tirado hacia atrás se oyó el gatillo y Semon volvió a apuntar hacia Hardy. Antes de que pudiera disparar, Sugar se lanzó encima de Hardy y puso su cuerpo entre ambos hombres.

Durante un minuto Semon no pudo decidirse.

—Levantaos y salid de aquí... ¡los dos! —dijo finalmente—. Si he de volver a disparar, será para atravesaros a los dos al mismo tiempo.

Sugar intentó levantar a Hardy. Pronto se dio cuenta de que no podría llevarlo afuera, pero logró arrastrarlo hasta la puerta. Semon los miró hasta que alcanzaron la oscuridad de la entrada. Abandonaron la casa por la puerta trasera y después no se oyó nada más.

Clay supo que no vería a Hardy hasta que su herida se hubiera curado o hasta que encontraran su cuerpo. Él y Sugar se irían a los bosques entonces.

Todo había pasado. Semon se sentó en una silla. Sus manos temblaban demasiado para poder sostener la pistola. La tiró sobre la cama y miró al suelo, donde había caído Hardy.

En la habitación había un olor fétido a pólvora quemada que se mezcló con la nube de polvo amarillo que había sido sacudido de las paredes y el techo, y que todavía no había cubierto el suelo y los muebles.

—No me importa ver muerto a un negro, de vez en cuando —dijo Clay—, pero odiaría que mataran a uno de mis trabajadores justo ahora. Es época de plantar. Si Hardy muere, tendré que salir y hacer el trabajo yo mismo. No me gustaría que muriera ahora.

Dene, que había estado junto a la puerta, en la oscuridad, miró hacia dentro de la habitación. Ni Clay ni Semon la vieron, y ella entró y se quedó al lado de la puerta con la espalda pegada a la pared.

—¿Qué manera de tratar a un visitante es esta, Horey? —inquirió Semon, volviendo la cabeza a un lado y mirando a Clay—. Me parece a mí que no deberías dejar de cuidar a la gente que te viene a visitar.

Dene no podía evitar mirar a Semon. El hombre tenía un aspecto extraño a la luz de la lámpara, sentado en la pequeña silla con la espalda encorvada, y con su ropa interior como encogida una docena de veces desde la primera vez que se la había puesto.

—Qué hombre tan extraño —dijo Dene, riendo un poco tontamente.

Clay la miró. No se había dado cuenta de que había entrado en la habitación. Semon no se movió.

—No veo por qué tengo que cuidar tanto de ti —repuso Clay—. Me parece a mí que eras tú el que no quería mis consejos.

—Se trata de uno de esos malditos mulatos —afirmó Semon—. Ese es el problema. Deberías haberme dicho que él era uno de ellos. Puedo manejar a los negros, pero es peligroso mezclarse con esos mulatos hijos de mala madre. Actúan como si fueran blancos.

Clay cruzó la habitación. Su sombra cubrió a Dene.

—Me parece a mí que un hombre de mundo como tú ha de saber que una mujer como Sugar tiene un esposo mulato como ella misma —dijo Clay—. Las mulatas no suelen mezclarse con negros. Casi siempre se buscan un hombre de piel clara.

Cinco

A la mañana siguiente Clay se levantó tarde. Normalmente ya estaba fuera de la cama antes de las cinco. Nunca había demasiado que hacer, excepto controlar que los negros se dirigieran puntualmente a los campos. Algunas mañanas bajaba por la carretera hasta el puente y luego daba la vuelta y regresaba. Como muy tarde, a las siete se sentaba en el porche delantero y apoyaba los pies sobre la barandilla.

Esta mañana hacía dos horas que el sol había salido cuando abrió los ojos. Se puso de costado y se preguntó por qué había dormido hasta tan tarde. No tardó mucho en acordarse de lo que había pasado en la habitación contigua.

Clay se levantó de un salto, se puso rápidamente los pantalones y la camisa y se dirigió a la cocina. Sugar no estaba ahí, pero Dene le tenía listo el desayuno. Se sentó a la mesa y comió con rapidez.

Cuando terminó habló con Dene por primera vez esa mañana. Ella ya había desayunado y estaba recogiendo la mesa.

—¿Dónde está Semon Dye? —le preguntó empujando atrás la silla—. ¿No le has visto esta mañana?

Antes de responderle, Dene hizo un viaje a los fogones y volvió.

—No ha estado aquí. Supongo que sigue dormido en la cama —dijo—. Qué tipo tan extraño.

Clay se dirigió al porche delantero pasando junto a la puerta cerrada del dormitorio de Semon sin tan siquiera mirarla. Se detuvo en el umbral de la puerta que llevaba al exterior. El viejo automóvil de Semon seguía donde lo había dejado, bajo la verde sombra del magnolio. Mientras estaba ahí pensativo, la puerta del dormitorio se abrió y Semon salió arreglándose la pajarita y sacudiéndose el polvo de la chaqueta.

Clay esperó a que saliera al porche.

—No sabía dónde estabas —dijo Clay—. He estado buscándote por todas partes. De alguna manera estaba convencido de que no irías a levantarte y desaparecer en mitad de la noche.

—Estoy fresco como una rosa —dijo Semon, radiante—. Nunca me he encontrado mejor. Una mañana de abril y un hombre como yo... una combinación insuperable. Me siento como un gallito.

—Eso está bien —dijo Clay—. He pensado que quizá te perturbara lo que pasó anoche.

Riendo, Semon bajó la mirada hacia Clay.

—Cosas como esa nunca me alteran, Horey —explicó, mientras se frotaba las manos—. Nunca he dejado que nimiedades como esa me desanimen. Estoy acostumbrado a ir de acá para allá. En los últimos veinte años he estado aquí, luego ahí y luego más allá.

—¿Y cosas como disparar a negros nunca te han inquietado?

Semon negó firmemente con la cabeza.

—¿Estás acostumbrado a dejarlos maltrechos? —preguntó Clay.

—Sí y no —dijo—; lo estoy y no lo estoy.

—Oye, amigo —dijo Clay entrecerrando los ojos al mirar al hombre alto—. Y si te preguntara si eres Semon Dye, ¿responderías igual?

—Amigo, no dejes que nadie te diga lo contrario. Soy Semon Dye. Y no lo olvides.

—No creo que sea capaz de olvidarlo —dijo Clay—. Siempre he oído decir que había un tipo llamado Semon Dye, pero jamás esperé verlo en Rocky Comfort.

Semon olisqueó el aire del recibidor. Se dio la vuelta y miró hacia dentro de la casa hasta el porche posterior.

—Me gusta comer algo todas las mañanas —dijo Semon—. ¿Supongo que podrías darme algo?

—¡Maldita sea! —exclamó Clay—. Había olvidado que tenías que comer. Ea, ve a la cocina y Dene te preparará un plato. Yo ya he comido.

Semon caminó por la entrada sacudiendo los tablones de madera de la frágil casa con sus largas y pesadas zancadas. Justo cuando estaba a punto de salir al porche posterior se detuvo y le susurró a Clay:

—Sugar no cocina esta mañana, ¿verdad?

—No —dijo Clay—. No he visto a Sugar en toda la mañana. No sé cuándo volverá a aparecer.

Semon asintió, salió al porche y miró hacia la cocina. Clay lo podía ver ahí, de pie, sacando la cabeza por la puerta. Esperó a que Semon hubiera entrado y luego buscó la mecedora y se sentó a fumar su pipa con los pies en la barandilla del porche.

Carretera arriba pudo ver a Vearl y a tres o cuatro niños negros jugando con un neumático viejo en frente de las cabañas. Estaban haciéndolo rodar como si fuera un aro y era tan grande y pesado que eran necesarios dos o tres niños para moverlo. Contempló a Vearl jugando en la arena y el polvo. Se dio cuenta de que la ropa de Vearl estaba un poco harapienta. Pero estaba limpia. Susan la lavaba todos los días. Los tres niños negros más pequeños estaban desnudos. Nunca llevaban ropa de abril a septiembre. Tenían entre tres y cuatro años y eran negros como el carbón. Parecían, al jugar junto a Vearl, cuervos dando saltitos alrededor de una cesta de algodón.

Susan cuidaba de Vearl. Él comía en su casa, dormía allí, jugaba todo el día en el jardín y en la carretera con los otros niños, y ella lavaba su ropa en un cazo enorme de hierro con la ropa de los demás. Había días que ni Clay ni Dene lo veían. Cuando lo hacían, solía estar jugando en la carretera con los otros niños. Ocasionalmente subía a la casa por hacerle un recado a Susan o a George, cuando ella necesitaba jabón o él quería un poco de tabaco. Y si Clay se encontraba en casa en ese momento, siempre intentaba atrapar a Vearl y hablar con él.

Clay no logró atrapar a Vearl durante casi un año. Vearl sabía que Dene no era su madre y no estaba seguro de que Clay fuera su padre. Su madre tenía el cabello oscuro y siempre había llevado algún tipo de lazo en el cabello. El cabello de Dene

era casi amarillo y Vearl nunca había visto que lo llevara suelto por la espalda como su madre solía llevarlo.

Clay cambió sus pies de posición y contempló a Vearl. Era la primera vez que veía al niño en días.

«Ese chico», se dijo.

Cuando Lorene se fue a Jacksonville dejó a Vearl al cuidado de Clay. Ella le dijo que no podría cuidar del niño durante un tiempo.

Esa fue la misma vez que le hizo prometer que llevaría a Vearl a McGuffin a ver al médico y que haría que lo pusieran en tratamiento hasta que estuviera bien. El niño había nacido con una enfermedad venérea y nunca había recibido tratamiento. Clay seguía teniendo la intención de llevar al niño al pueblo a ver al médico, pero lo había postergado durante tanto tiempo que se había convertido en un hábito. Un sábado, encontrándose en McGuffin, compró una botella del medicamento para Vearl. La botella seguía en el estante de la cocina desde el día en que la trajo a casa. Nunca había sido capaz de atrapar a Vearl para darle la medicina.

«Ese chico, Vearl», repitió mientras lo veía correr como una flecha entre el grupo de niños negros.

El niño tenía seis años, casi siete, y últimamente Susan le había dicho varias veces que era necesario darle el medicamento a Vearl. Susan odiaba verlo en tales condiciones y tenía miedo que sus propios hijos cogieran la enfermedad. Le había rogado a Clay que llevara a Vearl a McGuffin a ver al médico. Llegó incluso a intentar ir ella misma con el niño. Habrían ido si no fuera porque antes de llegar a hacer un kilómetro, Vearl se desasía de ella y cruzó el arroyo adonde ella no pudiera atraparlo.

Clay sabía que era su deber llevar al hijo de Lorene al médico, pero no quería hacer el esfuerzo de molestarlo en atraparlo y tenerlo sujeto en el automóvil durante todo el camino hasta el pueblo. Susan no lo culpaba de la enfermedad de Vearl, pero lo culpaba de no hacer nada al respecto.

Mientras permanecía sentado mirando carretera arriba, Clay se dio cuenta de que no había cumplido su promesa a Lorene. Pero estaba decidido a llevar a Vearl algún día al médico de McGuffin. Se autoconvenció de ello.

Entonces se acordó de la botella del medicamento que había en la estantería de la cocina. Iba a levantarse para ir a cogerla, pero, al pensar en el esfuerzo necesario para coger a Vearl y forzar el medicamento por la garganta del niño, decidió sentarse de nuevo. Sabía que las posibilidades de atrapar a Vearl eran mínimas. Incluso si pasaba todo el día intentándolo no lo lograría, porque el niño podía trepar a un árbol casi tan rápido como una ardilla.

Decidió esperar hasta el día en que pudiera atrapar a Vearl por sorpresa.

«Ese niño, Vearl», se dijo, escupiendo.

Seis

Carretera arriba, más allá de las cabañas, una nube de polvo bullía en lo alto. Un automóvil se acercaba traqueteando por el lecho de profunda arena y a través de la polvareda amarilla. Clay supo que se trataba de Tom Rhodes antes de reconocer el automóvil a esa distancia. Se levantó para verlo acercarse.

Por un momento le pareció que Tom iba a pasar de largo sin detenerse, pero cuando estuvo a tres o cuatro metros de la verja, dio un golpe de volante y llevó el coche a la sombra del magnolio, junto al automóvil de Semon. Tom saltó del vehículo y empezó a inspeccionar la extraña máquina de punta a punta. Dio la vuelta alrededor de ella, dando patadas a las ruedas para ver cuánto aire había en ellas. Cuando terminó de estudiar el coche lo agarró por detrás y empezó a moverlo violentamente. Eso fue todo lo que quiso saber. Abrió la verja y subió el sendero.

—¿Qué tal va todo, Tom? —dijo Clay, cambiándose a la silla de al lado.

Tom tomó asiento y tiró su sombrero al suelo.

—Perfecto.

—¿Vas al pueblo?

—Pensaba ir a McGuffin a pasar un rato. No puedo comprar nada, pero mirar es gratis.

Tom se dio la vuelta y echó una ojeada a la entrada a través de la puerta abierta. Después se dio la vuelta de nuevo y miró a través de la ventana que había detrás de él.

—¿Te has enterado? —preguntó Clay, bajando la voz hasta que fue un mero susurro.

—Más o menos —asintió Tom—. Esta mañana, antes del desayuno, uno de los negros me ha estado explicando algo.

Clay no dijo nada. No había mucho más que le pudiera explicar a Tom. Los negros sabían siempre tanto como los demás, a veces incluso más.

—¿Y quién es este tipo? —preguntó Tom.

—¿Semon?

—Imagino que ese es su nombre.

—Es el predicador ambulante Semon Dye. Llegó ayer por la tarde y dijo que se iba a quedar unos días. Pretende predicar el domingo en la escuela.

—Creo que ya he oído bastante sobre él —dijo Tom—. Ahora me gustaría echarle una ojeada.

—Está en la cocina tomando el desayuno. Acabará dentro de poco. Tendría que haber acabado hace rato.

—¿Quién está ahí con él? ¿Dene?

—Eso creo —admitió Clay.

—Entonces se tomará su tiempo.

Clay dejó caer los pies de la barandilla y se puso a escuchar. No podía oír un solo

sonido procedente de esa parte de la casa.

—¿De dónde viene?

—Dijo que venía de Alabama. Es todo lo que sé de él. No habla mucho sobre sí mismo, excepto para decir que su esposa lo abandonó para irse a vivir a Atlanta.

—Muchas lo hacen —dijo Tom—. A Augusta o a Jacksonville.

—Eso creo —dijo Clay.

Tom se volvió a dar la vuelta y alargó el cuello para ver el vestíbulo hasta el porche posterior. Al cabo de poco rato recobró su postura y le guiñó un ojo a Clay.

—Ya viene.

Esperaron a que Semon llegara al porche. Cuando este vio a Tom Rhodes lo miró con severidad por un momento, como si quisiera asegurarse de no haberlo visto antes. Se dirigió a la silla vacía que había junto a la barandilla.

—Hola —dijo Tom.

Semon inclinó la cabeza y miró la cara de Tom. Una sonrisa invadió su cara curtida.

—¿Vives por aquí?

—Arroyo arriba —dijo Tom—. La gente me llama Tom Rhodes.

Semon se puso cómodo en la silla y apoyó los pies sobre la barandilla.

—Qué buen tiempo estamos teniendo esta primavera —dijo.

—No se puede esperar nada mejor en abril —dijo Tom—. En Rocky Comfort no empieza el calor de verdad hasta junio o julio.

El sol pegaba sin piedad sobre la casa y el jardín. Eran las nueve o las diez, y la temperatura a la sombra del porche era de treinta grados. A mediodía probablemente alcanzaría los treinta y cinco.

—Clay me ha dicho que eres predicador —dijo Tom—. Creo que sabe de lo que habla.

—Lo soy, lo soy —confirmó Semon.

—Bueno. Eso es una pena.

—¿Por qué? —preguntó Semon, incorporándose.

—Tengo un poco de licor en mi automóvil y me gustaría compartirlo. Pero como eres predicador, veo que tendré que irme y beber solo. He oído que a algunos predicadores no les gusta el *whisky*.

Semon rio un poco y miró a Clay.

—Voy a McGuffin —explicó Tom—. Antes de salir de casa mi esposa ha venido a la puerta y me ha dicho: «Tom, te has olvidado la garrafa de melaza». Y sí, me la estaba olvidando, pero ahora la tengo y parece que no voy a poder compartirla.

—Jamás he oído que nadie bebiera melaza —dijo Semon.

—No es eso, predicador. Es que siempre confundo las dos garrafas.

—¿*Whisky*? —preguntó Semon, humedeciéndose los labios.

—El mejor caldo de Georgia —dijo Tom—. Lo hago yo mismo arroyo arriba.

—Quizá has cogido la garrafa de melaza. Quizá te confundieras cuando tu esposa

te recordaba que llevaras la garrafa de melaza a la tienda.

—¡Maldita sea! —dijo Tom—. Quizá tengas razón, predicador. Será mejor que vaya a ver ahora mismo.

Se levantó y bajó los escalones corriendo. Cuando alcanzó la verja, Semon dejó el porche y lo siguió. Clay corrió detrás de los dos.

Tom sacó la garrafa de debajo del asiento trasero y la sacudió. Una sonrisa invadió su cara.

—Predicador, anda que no me has puesto nervioso —dijo—. De verdad. Me has jodido bien jodido. Pero es lo que yo pensaba. La garrafa de melaza sigue en casa.

—¿*Whisky*? —preguntó Semon, acercándose y oliendo el tapón.

—Y a punto —insistió Tom—. Lo he hecho yo mismo y conozco un buen caldo cuando lo veo.

—Esto es una bebida de hombres, sí señor.

Tom y Clay se dirigieron al magnolio a sentarse bajo la sombra. Semon se encontró solo.

—Siendo como eres un predicador —dijo Tom, sacudiendo el licor contenido en la garrafa—, supongo que no tomarás un trago de este caldo de Georgia.

Semon se sentó entre los dos hombres y apartó las rodillas de ambos para abrirse sitio.

—Le gusta Sugar —dijo Clay—. Supongo que también le puede gustar el *whisky*.

—¡Vaya, vaya! —dijo Tom con sorpresa fingida—. ¿De verdad? Jamás lo hubiera dicho, predicador. Quizá pudiera ser yo también predicador, si eso es lo que hay que hacer.

Sacó el tapón y se lo alargó a Semon, pero Semon le dio el tapón a Clay y metió su pulgar tieso en el asa y apoyó la garrafa en el interior de su brazo. Levantó el codo lentamente y dejó que el líquido incoloro gorgoteara por su garganta. Ya se había bebido una pinta cuando le pasó la garrafa a Clay.

Clay limpió la boca de la botella con la mano y bebió seis u ocho tragos. Tom se tomó tiempo cuando le llegó su turno. No le gustaba que lo agobiaran cuando bebía. Dejó la garrafa en el suelo, entre sus piernas, y la miró.

—¿Pretendes predicar en la escuela el domingo, predicador? —dijo.

—Ni más, ni menos, amigo —dijo Semon.

—Vaya, vaya —dijo Tom—. Me aseguraré de ir a escucharte. No me lo perdería por nada.

Levantó la garrafa y tragó más de lo que Clay o Semon habían bebido. Cuando terminó puso el tapón y lo hundió con su puño.

El sol de abril golpeaba sobre las hojas de magnolio que tenían sobre sus cabezas. El cielo era azul y no había nubes. El día iba a ser muy caluroso. Hacia las dos el sol sería abrasador.

Entonces Tom se sacó el reloj y miró la hora. Estudió la esfera como si nunca antes la hubiera visto. Hizo un gesto de negación con la cabeza y volvió a poner el

reloj en el bolsillo de su pantalón de peto.

—He de ir a McGuffin —dijo con determinación—. No podré ir y venir en un mismo día si no salgo ahora.

—Tomemos otro trago, amigo —sugirió Semon alargando al mano para coger la garrafa. Sacó el tapón y bebió sin moderación. Luego le pasó la garrafa a Clay—. Esta sí que es una bebida de hombres.

—Has debido de tener muchas experiencias en tus tiempos, predicador —dijo Tom.

—Mis tiempos aún no han concluido —dijo Semon—. Pero cuando concluyan, habrán sido muy extensos.

Tom se dirigió a su automóvil con la garrafa. La colocó debajo del asiento posterior y la envolvió cuidadosamente en un saco de arpillera para evitar que se rompiera.

Entró en el automóvil y puso en marcha el motor. Se quedó sentado con el motor en marcha, y saludó a Clay y Semon con la mano. Ellos le devolvieron el saludo.

—Os veré a la vuelta —prometió Tom—. Me pararé y tomaremos otro trago.

Tom hizo otro amago de irse, pero puso el motor al ralentí y se inclinó sobre la puerta.

—Predicador, vigila los dados trucados —gritó—. No dejes que te engañen.

Desapareció. El automóvil aceleró por la carretera y desapareció tras una curva a una milla de distancia. Pero mucho tiempo después de desaparecer, el polvo que había levantado flotó hacia los campos y fue empujado lentamente hasta desaparecer en el bosque.

Clay y Semon se sentían bien cuando regresaron al porche. Se notaban ligeros y sus ojos brillaban. Dene había visto todo lo que había pasado y se quedó todo el tiempo dentro de la casa. Tenía miedo de los hombres cuando bebían. Incluso temía a Clay.

—Deberíamos nombrar a Tom diácono —dijo Semon—. Es un buen tipo. Me gusta hacer cosas por los buenos tipos.

—No sabía que ibas a tener diáconos en la escuela el próximo domingo.

—Claro —dijo Semon—. ¿Quién sino iba a hacer la colecta si no tenemos diáconos?

—Eso es verdad —dijo Clay asintiendo—. No lo había pensado.

—Hay que recolectar el dinero —explicó Semon—. No podría mantenerme predicando, a menos que se me pagara.

—No te culpo por querer que te paguen. Es lo correcto. Pero tú no tienes gastos cuando predicas. No te cuesta nada conseguir una cama y alojamiento. Y la gasolina de tu coche no te debe de costar demasiado.

—Siempre me gusta tener algo de dinero en el bolsillo. Cuando paso por una ciudad como Augusta, o Macon, o Atlanta, me gusta tener algo de dinero para poder pasar ahí un par de días.

—No creo que eso cueste demasiado.

—Me gusta estar en los mejores sitios cuando voy a una ciudad.

—No suena nada mal —dijo Clay—. Quizá me gustaría a mí también. Creo que yo podría ser un predicador, ¿no crees, Semon?

Semon le dio entre las costillas con su pulgar tieso. Clay pegó un grito y saltó en el aire.

—¡Por Dios! —gritó—. ¡No lo vuelvas a hacer! ¡No soporto que me pinchen!

—¿No tendrás cosquillas, eh, Horey?

—Ese no es el nombre correcto para lo que tú haces —dijo Clay, manteniéndose lejos del alcance del pulgar parecido a una mazorca de maíz.

Semon apoyó los pies sobre la barandilla y miró hacia el jardín como si no hubiera pasado nada.

—Uno tiene que haber visto la luz para poder ser predicador, Horey —explicó—. No puedes predicar a menos que sepas de lo que hablas.

—Supongo que tienes razón. Pero quizá pueda aprender el domingo, en la escuela.

—Haré todo lo que pueda para lograr que veas la luz. Ese es mi trabajo, hacer que la gente renazca.

—Hay algo en lo de ser predicador que no me convence —dijo Clay con reserva.

—¿De qué se trata?

—A mí me gustan un poco más las muchachas blancas que las negras. No sé si una muchacha como Sugar me satisfaría.

—Eso depende —dijo Semon—. Cada hombre tiene sus propios gustos. Tú podrías tener a muchachas blancas si es lo que prefieres. Al fin y al cabo no hay tanta diferencia. Las chicas de color son algo más fáciles. Pero por lo demás, no hay tanta diferencia.

—Supongo que alguien como yo se puede acostumbrar —dijo Clay—. Y podría ir cambiando de vez en cuando, si quisiera.

—Eso suena bien, pero no funcionaría. Nunca funciona.

—¿Por qué no funciona? ¿Qué tiene de malo?

—Al pasar de una a otra pierdes el control. Te olvidas de que las muchachas blancas lloran cuando todo ha terminado y has de irte. Las muchachas de color no lloran.

—¡Válgame Dios! —dijo Clay—. Jamás lo hubiera dicho. Supongo que eso lo estropearía un poco.

Siete

Tom Rhodes regresó tarde de McGuffin. Clay y Semon lo habían estado esperando toda la tarde. Tenían miedo de que se hubiera bebido el resto del *whisky*. Si lo hubiera hecho, Clay ya había decidido obligarle a que fuera a su casa y trajera otra garrafa para reemplazar el *whisky* que él y Semon consideraban que les correspondía.

Ninguno cenó demasiado. Tan pronto se hubieron comido la sémola de maíz y los boniatos, se levantaron con prisa de la mesa y regresaron al porche delantero para esperar a Tom. Este les había prometido detenerse a la vuelta. Les habría gustado estar con él para recordárselo cuando volviera.

Media hora antes de anochecer Semon oyó un automóvil subiendo la carretera con prisa. Clay salió corriendo para ver si era Tom de vuelta de McGuffin. Sin apenas luz no le fue fácil reconocer el automóvil de Tom a unos cuatrocientos metros de distancia y entonces Clay se puso a hacerle señales en medio de la carretera para que se detuviera. Iba a hacer todo lo posible para que Tom Rhodes no pasase de largo.

—Es Tom —le gritó a Semon desde la verja un instante después—. Me conozco su ruido.

Semon se levantó de un salto y salió corriendo a la carretera a esperar junto a Clay.

Tom se abalanzó encima de ellos sin reducir la velocidad. Justo cuando ya parecía que no tenía intención de parar y que iba a atropellarlos, dio un poderoso golpe de volante con ambos brazos y el automóvil por poco no los arrolló. Se detuvo y paró el motor.

—¿Quién va contigo, Tom? —le gritó Clay mientras corría hacia el automóvil.

Tom saltó al suelo como si fuera un chaval de diez años.

—La has visto lo suficiente como para acordarte —dijo Tom—. Bueno, ven y mira.

Lorene salió del coche y corrió alrededor del vehículo hasta llegar al otro lado.

—¿Que me aspen si no la conozco! —dijo Clay—. ¿De dónde vienes, Lorene?

Lorene lo rodeó con los brazos y le besó. No lo soltaba.

—¿Dónde está mi pequeño? —preguntó.

—¿Quién? ¿Vearl? Ah, Vearl debe correr por ahí. Supongo que ha estado jugando tanto que se ha quedado dormido en casa de Susan. Yo no lo molestaría ahora. Deja que el pequeño duerma hasta mañana y bajaré a buscarlo.

—¿Está bien, Clay? ¿Has hecho que se pusiera bien?

—¿Quién? ¿Vearl? Bueno, creo que está bien. Si no lo está, lo llevaré al médico a primera hora de la mañana. No me preocuparía por él ahora.

Lorene soltó a Clay y se dirigió a las cabañas. Caminó la mitad del trayecto y se detuvo. Clay fue a buscarla.

—No sirve de nada que te preocupes ahora por él —dijo—. El pequeño está bien. Lo traeré para que lo veas a primera hora de la mañana.

Apenas había acabado de hablar cuando detectó un olor familiar en Lorene. Se acercó a ella, se inclinó y puso su nariz en el cuello de su vestido. Luego se puso derecho de nuevo.

—Parece que Tom y tú os habéis trabajado su garrafa —la acusó—. Tom nos prometió a Semon y a mí el resto de esa garrafa. No es justo que te la bebieras tú.

Ella se rio de él y lo rodeó de nuevo con sus brazos. Clay no se vio capaz de protestar después de eso.

—Me moría por un trago —dijo—. Tom dijo que no pasaba nada.

—¿Tú, morirte por un trago?

—Claro.

—No sabía que te había dado por beber, Lorene. No solías hacerlo. ¿Cuándo has empezado?

—Pues, no sé. Hace algún tiempo. Me gustó.

—Lo creo. A casi todo el mundo le gusta, pero nunca creí que a ti te gustaría. No solías beber.

—He estado bebiendo *whisky* de Georgia durante el último año o más, Clay.

—¿En Jacksonville?

—Sí, en Jacksonville. ¿Por qué?

—No sabía que el *whisky* de Georgia llegara hasta allá abajo.

Tom se interpuso entre ellos arrastrando a Semon con él. Clay se apartó dando un paso atrás y se fue al coche a buscar la garrafa.

—Este es el predicador de quien te hablaba, Lorene —dijo Tom—. No te he mentado, ¿lo ves?

—¿Eres predicador? —preguntó, admirando la gran altura de Semon.

—Lo soy, lo soy —replicó Semon con seriedad.

—Suenas a predicador —dijo Lorene, volviéndose hacia Tom—. Vayamos a la casa para que lo pueda ver bien con luz.

Clay corrió entre ellos y la verja.

—Eh, maldita sea, que Dene está en casa —dijo.

Nadie le prestó atención. Lo apartaron de un empujón y subieron el sendero que llevaba a la casa. Él corrió para detenerlos, pero cada vez que intentaba bloquearles el paso, tanto Semon como Tom lo empujaban a un lado.

—Esperad un minuto —les gritó tras subir los escalones y apartándolos con los brazos—. Dene está dentro. Esperad un minuto.

Lorene y Tom se rieron de él. Semon actuaba como si se hubiera puesto del lado de ellos y tenía intención de seguirlos. Revoloteó al lado de Lorene.

—Esperad un minuto —dijo Tom—. Esperad un minuto.

Clay pensó que Tom se había puesto de su parte, pero cuando vio a Tom correr sendero abajo hacia el coche no estuvo seguro de a qué se refería Tom. Este sacó la garrafa de detrás del asiento trasero y corrió hacia el porche.

—Hay suficiente para que todos echemos un traguito —dijo, sacando el tapón.

Le alargó la garrafa primero a Lorene. Ella dio un trago y cuando terminó le hizo una mueca a la garrafa. Tom se la pasó luego a Semon y Clay tuvo que arrancársela porque temía que Semon fuera a acabarse todo el licor. Solo quedaba un trago cuando se la devolvió a Tom. Él se lo terminó y tiró la garrafa al suelo.

Lorene entró en la casa la primera. Los demás estaban a apenas unos pasos detrás de ella. La lámpara en la habitación de Dene y Clay estaba encendida y Dene estaba de pie junto a ella. Había oído todo el jaleo en el jardín cuando habían llegado y los había estado mirando desde la ventana delantera.

—Ha pasado mucho tiempo, Dene —dijo Lorene—. Has crecido desde la última vez que te vi.

—No sabía que ibas a volver —dijo Dene mirando a Clay—. Pensaba que...

—Solo es una visita, Dene —dijo Tom interrumpiéndola—. Tan solo ha venido unos días de visita.

—Vearl está en casa de Susan —dijo Dene dirigiéndose hacia la puerta—. Iré a buscarlo. Es un niño muy asilvestrado.

Clay la detuvo y la empujó de nuevo hacia la habitación.

—Deja que el pequeño duerma, Dene —dijo—. Mañana habrá tiempo suficiente para que Lorene lo vea.

—Me gustaría verlo ahora —dijo Lorene—. Hace más de un año que no lo veo. ¿Ha crecido mucho desde que me fui?

—Un poco —dijo Clay—. Lo traeré a primera hora de la mañana. Ahora, siéntate y descansa.

Los demás ya habían localizado sillas y todos estaban sentados excepto Dene. Ella seguía de pie junto a la mesa.

—Siéntate, Dene —dijo Clay, estirando las piernas y poniendo las manos en la nuca—. Aquí nos conocemos todos. A tus pies no les sienta bien que estés todo el rato de pie. Siéntate.

—¡Qué olor hacéis! —dijo Dene.

—¿Sabéis dónde la encontré? —preguntó Tom señalando a Lorene—. Adivina dónde la encontré, Clay.

—¿Dónde? ¿En el pueblo?

—Exacto. En McGuffin. Estaba en la esquina de la barbería hablando con unos muchachos cuando pasé por delante. En cuanto me vio, me preguntó dónde podría encontrarte. Le dije que aquí, en casa. Y luego me preguntó si yo la podría traer. Y ahora, aquí está. La misma Lorene de siempre, Clay. Que me aspen si esto no es como en los viejos tiempos, verla aquí sentada.

—Me alegro de verte, Lorene —dijo Clay—. ¿Vas a quedarte un tiempo?

—No lo sé —se rio ella mirando a Tom—. ¿A ti no te importaría si me quedara, verdad?

—Me hace ilusión que estés aquí, Lorene. Pero me siento un poco estúpido, sentado aquí con mis dos esposas. Y encima, a lo mejor es ilegal. No sé lo que diría la

ley al respecto.

—No pasa nada —le aseguró Tom—. Semon es predicador. Él lo puede arreglar todo. ¿Puedes, verdad, predicador?

—¿Quién? ¿Yo? —dijo Semon resucitando. Había estado mirando a Lorene durante tanto tiempo que había olvidado a todos los demás en la habitación—. ¿Te refieres a mí?

—No necesitamos que arregle nada —dijo Lorene—. No he vuelto para dar problemas. Solo he venido para visitar a Vearl y ver si está bien.

—Tengo un medicamento para él —dijo Clay—. No te inquietes por Vearl. Siempre está jugando en la carretera y no he de preocuparme nunca por él.

—Ya tiene seis años —dijo Lorene.

—¿En serio? —preguntó Clay—. Me había olvidado completamente.

—De verdad que parece esto los viejos tiempos, con Lorene aquí —dijo Tom frotándose las manos—. Me gusta verla de vuelta.

—Imagino que estás viviendo en Jacksonville —dijo Clay—. Debe de ser magnífico vivir en una ciudad grande.

—Está bien. A veces me cansa. Estuve trabajando en una tienda de baratijas hasta hace tres meses. Tuve que dejar de trabajar. No lo podía soportar. Al estar de pie hasta tarde por las noches, me pasaba todo el día adormilada.

—¿Las tiendas abren toda la noche allá? —preguntó Clay asombrado.

—No lo entiendes —dijo ella—. Durante el día trabajaba en la tienda y luego salía todas las noches. A veces salía hasta las tres o cuatro de la mañana. Por eso tuve que dejar de trabajar en la tienda.

—¿Por qué no te ibas a dormir más temprano?

—Clay, no lo entiendes. Cuando empecé a trabajar en la tienda, los hombres entraban a todas horas para pedirme citas por la noche. Y llegó un punto en que ya no podía salir por la noche y trabajar durante el día.

Clay negó con la cabeza. No podía entender de qué hablaba. Miró a los demás. Todos, incluso Dene, parecían entender perfectamente de qué estaba hablando Lorene. Tom sonreía.

—No seas estúpido, Clay —dijo Lorene, sonriéndole—. Hacía la calle.

—¿La calle? —repitió Clay.

Ella hizo un gesto de asentimiento, mirando a Dene que seguía de pie junto a la mesa.

—¡Que me aspen si lo entiendo! —dijo Clay sacudiendo la cabeza—. Sigo sin ver adónde quieres ir a parar.

—Se acostaba por dinero, Clay —asintió Tom.

—¡Seré inútil! —dijo Clay poniéndose derecho. Se volvió para ver lo que hacía Semon—. ¿Me estás diciendo que has estado haciendo eso en Jacksonville, Lorene?

—Pues claro —la defendió Tom—. Es lo que ha estado tratando de explicarte. Yo lo sé todo porque hemos estado hablando de ello desde McGuffin.

—¡Pues soy un redomado idiota! —dijo—. Jamás hubiera creído que eso se hacía así.

—Es así por todas partes —dijo Tom asintiendo—. Hay un par de miles en Augusta haciendo lo que hacía Lorene en Jacksonville.

—¿Cómo sabes tú tanto sobre el tema, Tom, y yo no sé nada? —preguntó, perplejo—. En mi vida había imaginado algo así. Pensaba que todo el mundo lo hacía gratis en todas partes, como se hace en Rocky Comfort. A veces he visto que se pasan pequeños regalos, pero nunca he visto dinero de verdad cambiando de manos en un trato de este tipo.

—Sé un poco —dijo Tom—. He viajado algo. De vez en cuando me voy a Augusta.

Clay siguió mirando fijamente a Lorene como si fuera una desconocida. No sabía qué pensar.

En medio del silencio, Clay vio que Semon arrastraba su silla por la habitación. La colocó al lado de la de Lorene y se sentó, inclinándose hacia ella. Hablaba tan bajito que nadie pudo oír lo que le decía.

—¿Has oído eso, Dene? —dijo Clay—. ¿Qué te parece?

Ella asintió, mirando a Lorene y luego a Clay de nuevo.

—Pregúntale al predicador lo que opina sobre esto —le instó Tom—. Anda, pregúntale. No le tengas miedo.

—Semon, ¿es esa una de las cosas sobre las que predicas? —dijo Clay.

—Amigo, todos los hábitos de las personas son fuente de provecho para mí —respondió.

Clay lo miró detenidamente. No le gustaba nada la manera en que se inclinaba sobre Lorene.

—Imagino que tú tendrás carta blanca —dijo Clay bruscamente—. Les dices a los demás lo que no deben hacer, pero tú vas y lo haces igualmente.

Semon estaba demasiado ocupado hablando con Lorene como para prestarle atención. Ignoró a Clay como si no hubiera oído una palabra.

—Déjalo en paz —dijo Tom—. Deja que hable con Lorene. Estaría bien que ella le pegara algo que no fuera de su agrado.

—No tengo nada en contra de Semon como predicador —dijo Clay—. Es verdad que aún no le he oído predicar, pero estoy dispuesto a dar por sentado lo que afirma ser. Me parece bien. Pero no me gusta nada que esté tonteando con mi mujer de esta manera.

—Quizá lo hayas olvidado. Lorene ya no es tu mujer. Estás casado con Dene.

—Eso es verdad, en cierta manera. Estoy casado con Dene, pero nunca he dejado de estar casado con Lorene.

—No puedes tenerlas a las dos, Clay. Hay una ley que impide que tengas dos o más esposas a la vez.

—La ley no me puede tocar si Semon cree que puede tontear con Lorene. No lo

voy a permitir. Violaré la ley con las dos, pero no pienso quedarme aquí y ver cómo tontea con Lorene. Y tampoco creo que hicieran nunca una ley especial para mí. Hay hombres que necesitan dos esposas y yo soy uno de ellos. Muchas veces necesito a las dos. Es inútil hacer una ley contra ello porque eso no me impedirá que quiera tener dos.

Tom cogió su silla y se sentó al lado de Clay. Incluyó la cabeza y le dijo algo.

—Ahora es una puta. Deja que Semon se encargue.

—Solía tenerle mucho cariño a Lorene y no puedo quedarme aquí sentado y ver como ocurre algo así en mi propia casa.

—Clay, estás casado con Dene. No te culparía por querer pelearte por ella. Pero con Lorene es distinto. Ella ha estado tonteando con muchos hombres durante el último año o así. Ella no tiene mejor opinión de Semon que de los otros con los que ha estado.

—Semon debería contentarse con Sugar —dijo Clay obstinadamente.

—Debería, pero no lo hará. Déjale hacer.

—Debería sentirse satisfecho. No debería querer más de lo que se le proporciona.

—Es lo que debería hacer, estoy de acuerdo. Pero no lo hará. Por eso te digo, déjalo que se vaya al infierno.

Mientras hablaban así, con las cabezas agachadas, Semon se levantó. Cruzó a grandes pasos la habitación hasta la ventana y regresó a su sitio. No parecía que quisiera volver a sentarse. Cuando dejó a Lorene, esta esperó a que otro se acercara a hablar con ella.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte, Lorene? —le preguntó Clay.

—Quizá haya planeado quedarme para siempre —sonrió—. Digo que quizá lo haya hecho.

Clay no supo qué responder. Deseó, en el fondo, que ella no tuviera que irse y regresar a Florida en seguida. Deseó que ocurriera algo que le impidiera marcharse. Había vivido con ella casi cinco años y la echaba de menos. Después de casarse con Dene empezó a olvidarla. Pero ahora que estaba de vuelta en la casa, sentada delante de él, se preguntó si debería intentar que se quedara o dejar que se marchara. Sabía que no podía tenerlas a las dos, a Lorene y a Dene. Una de las dos rehusaría vivir en la misma casa que la otra, al mismo tiempo. Supo sin tener que pensarlo demasiado que un plan así no funcionaría. Dene no había dicho nada desde que Lorene había llegado con Tom, pero podía ver por la manera de mirarla que no quería que se quedara ni a pasar la noche. Pero no había nada que pudiera hacer al respecto: Lorene tenía derecho a venir a visitar a Vearl siempre que quisiera.

Se estaba haciendo tarde. El reloj de la repisa no iba demasiado retrasado e indicaba que eran las once. Justo entonces Tom se levantó para irse. Su mujer no debía de saber dónde paraba. Si hubiera sabido entonces que había traído a Lorene a Rocky Comfort, habría ido a pie hasta la casa de Horey para llevárselo a casa. La mujer de Tom no se arriesgaba con Lorene Horey.

—Me voy a casa —dijo Tom—. Mi mujer y yo ya deberíamos estar durmiendo.

—Vuelve pronto, Tom —dijo Clay—. Siempre nos alegra tu visita.

—Quizá me pase mañana con otra garrafa de *whisky* para ti, el predicador y Lorene.

Semon se levantó para darle la mano.

—Eso sí es una bebida de hombres —dijo—. He de darte las gracias.

—Entonces, repetiremos —dijo Tom haciéndole un guiño a Clay—. Volveré mañana con otro galón igual de bueno, del mismo lote.

Salió y cruzó la entrada hasta la puerta principal. Nadie se ofreció a acompañarlo.

Después de que se hubiera ido, y cuando oyeron que ponía el automóvil en marcha, Semon se levantó y dijo que ya hacía horas que debería estar durmiendo.

—¿Dónde demonios vamos a poner a Lorene esta noche? —dijo Clay pensándolo por primera vez—. No sé qué haremos.

Echó una ojeada a Dene para ver si ella sugería algo, pero en seguida vio que ella no tenía nada que decir.

—Si tuviéramos una cama adicional no habría ningún problema. Pero no la tenemos y no sé qué hacer. Creo que si Dene está de acuerdo, podríamos dormir los tres en esa de allá.

Miró a Dene para ver cómo le había afectado la sugerencia. No tuvo que volver a mirarla para saber lo que pensaba.

—¡Válgame Dios! —dijo, caminando de arriba abajo—. Siempre le toca al pobre intrigar y calcular. El rico siempre tiene suficientes camas para prestar a todo el que quiera pasar la noche.

Semon sugirió una solución.

—Deja que se quede mi habitación, Horey, y yo me haré un camastro en el suelo de la entrada.

Sonrió para sí mientras hablaba, como si de verdad no le importara pasar la noche en un camastro duro.

—Creo que tendrá que ser así, pues —admitió Clay—. Pero es una vergüenza hacer dormir a un predicador en el suelo.

—No me importa —dijo Semon sonriendo a Clay—. No dejes que eso te preocupe.

Clay se levantó y llevó la lámpara a la entrada. La colocó en la mesa que había junto a la puerta de la habitación y luego salió al jardín trasero. Cuando regresó a la casa no vio a nadie. Entró en la habitación que ocupaban él y Dene y cerró la puerta. Dene ya se había desnudado para meterse en la cama. A los otros no los pudo oír.

—Ella es asquerosa —dijo Dene.

—¿Quién? ¿Lorene? —dijo Clay—. Maldita sea, Dene. Ella fue una esposa estupenda en los viejos tiempos.

—Es asquerosa —repitió Dene.

Ocho

Lorene se levantó antes de que Clay se despertara. Se vistió rápidamente al amanecer y fue a la habitación de al lado. Dene estaba despierta y cuando vio a Lorene al lado de la cama se escondió bajo las sábanas sin decir nada. Lorene zarandó a Clay hasta que este abrió los ojos.

—Levántate, Clay, y ve a buscar a Vearl.

—¿Para qué? —preguntó, medio dormido.

Dene apartó las sábanas de su cabeza y miró a la cuarta esposa de Clay a la luz gris del amanecer. No sabía para qué había entrado Lorene en su habitación.

—¡Levántate, Clay!

Este abrió los ojos por completo y miró alrededor de la habitación. Luego alargó el brazo y notó que Dene estaba a su lado. No se volvió para mirarla.

—Ve a buscar a Vearl ahora mismo, Clay. Levántate ahora mismo y ve a buscarlo.

—¿Vearl? ¿Para qué quieres a Vearl?

Ella lo zarandó hasta que este fue incapaz de ver con claridad.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo.

Lorene le arrancó la manta y la sábana. Sabía que esa era la única manera de hacer que Clay se levantara por la mañana. Clay trató de recuperar las cobijas para taparse, pero Lorene tiró de ellas hasta que cayeron al pie de la cama. Dene se deslizó lo más abajo que pudo.

Clay se levantó y se puso la camisa y los pantalones bajo la mirada atenta de Lorene. Ella le tiró los calcetines y zapatos y fue a la puerta a esperarlo. Cuando se hubo vestido, ella lo siguió afuera de la casa y ambos descendieron el sendero que llevaba a la carretera.

Durante todo el trayecto hasta la casa de Susan ninguno tuvo nada que decir. Lorene se adelantó un poco, instando a Clay para que caminara más deprisa. El sol estaba saliendo, de un rojo brillante, y su color lastimó a Clay en los ojos. Los entrecerró tanto que apenas veía lo que tenía delante.

En la puerta de la cabaña, Clay llamó a Susan. La mujer negra abrió en seguida. Había estado observándolos desde la ventana durante todo el camino.

—¿Dónde está Vearl? —dijo Clay.

—Vearl duerme —respondió Susan—. Hola, señorita Lorene. Me alegro mucho de verla, señorita Lorene.

—¿Cómo estás, Susan? —dijo Lorene, dirigiéndose a la puerta—. Trae a Vearl en seguida. Tengo muchas ganas de verle.

—Su pequeño ha crecido mucho, señorita Lorene —le dijo Susan—. Está creciendo como los rábanos; así de rápido crece.

Todos se metieron dentro. Los cuatro niños de Susan estaban levantados y se habían apretujado en una esquina. Temblaban por el aire de la mañana y sujetaban los edredones alrededor de sus cuerpos desnudos. Vearl estaba profundamente dormido

en la cama de Susan y George.

Lorene corrió y lo tomó en sus brazos, abrazándolo contra su pecho y besándolo desesperadamente. Apenas podía creer a sus propios ojos. Había crecido muchísimo en un año y medio. Se estaba convirtiendo en un muchacho.

—¡Vearl! ¡Vearl! ¿No reconoces a tu madre? ¡Soy tu madre, Vearl!

Él se despertó y empezó a llorar.

—Me lo voy a llevar a la casa, Susan —le dijo.

Susan la siguió hasta la puerta.

—Señorita Lorene, ¿se lo va a llevar?

Lorene no respondió.

—Me rompería el corazón que el pequeño se fuera ahora —dijo Susan sin sentir vergüenza por las lágrimas que estaba derramando.

Lorene corrió afuera, al jardín, y subió por la carretera con Vearl, que le rodeaba el cuello con sus brazos. Ella no oyó nada de lo que le dijo Susan.

Cuando Clay y Lorene alcanzaron la mitad de la carretera, Vearl ya se había despertado totalmente. Miró a Lorene con extrañeza e intentó soltarse.

—¿No me reconoces, Vearl? —le preguntó temerosa, besándole la cara y los brazos—. ¿No recuerdas a tu madre? Soy tu madre, Vearl. ¡Mírame!

—Se ha asilvestrado —dijo Clay—. En un mes o dos será tan espantadizo como un conejo. Nadie lo puede atrapar si no es Susan.

Lorene lo tuvo sujeto en sus brazos. Pesaba, y el polvo en la carretera era denso, pero a ella no le importaba. Sostuvo a Vearl como si este nunca más se fuera a soltar mientras ella viviera.

—Soy tu madre, Vearl. ¿No recuerdas a tu madre?

—Nunca lo habríamos podido atrapar si no hubiera estado dormido —dijo Clay, caminando rápido para poderles seguir el paso—. Es como un pequeño lince.

—Tu madre se alegra mucho de verte, Vearl. Pensaba que nunca más te volvería a ver. ¿Me has echado de menos?

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—En Florida, Vearl.

—Allí crecen las naranjas. Las he visto.

—Sí —dijo ella—. Allá crecen muchísimas naranjas, Vearl.

—¿Me has traído?

—Te compraré algunas en la tienda de McGuffin, Vearl —dijo—. No he podido traer. Pesan demasiado para que pueda traerlas desde allá.

—El padre de Danny y Jim les trajo algunas de Florida —dijo Vearl.

Lorene miró a Clay.

—Son algunos de los negritos de carretera arriba —le dijo. Él sabía que ella no conocía a ninguno de los negros que vivían allá—. Pete conduce una camioneta. A veces baja a Florida a por una carga de naranjas y mandarinas para Ralph Stone.

Hicieron el resto del camino en silencio, y cuando llegaron a la verja, vieron a

Semon Dye de pie en el porche delantero. Les hizo una señal para que se dieran prisa.

—Dene tiene el desayuno listo y esperándonos —dijo. Sin esperarlos, se fue a la cocina.

Dene había puesto una silla para Vearl en la mesa, pero Lorene insistió en tenerlo sobre su regazo. Él se comió la sémola y bebió el café ávidamente, sin prestar atención a los demás en la habitación. Lorene no empezó a desayunar hasta que él hubo terminado.

—Dame un poco más de café —le dijo el niño a Clay.

Clay se fue hacia los fogones a por el cazo y llenó la taza. Clay ya había terminado de comer y no se volvió a sentar.

—Aquí está la botella del medicamento que le compré en McGuffin —dijo cogiendo una botella polvorienta del estante y colocándola en la mesa enfrente de Lorene—. Nunca he llegado a dársela.

Lorene miró la botella un momento y la puso a un lado. Vearl la quiso coger, pero ella la puso fuera de su alcance.

—Será mejor que lo lleves al médico de la ciudad —dijo ella.

—Llevo tiempo queriéndolo hacer —dijo Clay.

—Prepárate y llévalo ahora.

—¿Ahora? ¿Hoy?

—Por supuesto. Vearl necesita un médico ahora mismo. Lo noto.

—No sé, esto de llevarlo hoy mismo —protestó Clay—. No tenía pensado hacerlo hoy. ¿No te daría igual que fuera mañana?

—Ahora mismo —le dijo Lorene enfáticamente—. Vearl necesita que un médico lo vea antes de que sea demasiado tarde.

Clay salió por el porche trasero y bebió un trago del balde que había en el soporte. Antes de llegar a tragar escupió todo el contenido de su boca. Luego descendió los escalones y se fue en dirección al granero, donde tenía su automóvil bajo cubierto.

Sabía que era inútil discutir con Lorene una vez que ella hubiera decidido que se tenía que hacer algo. Nunca había logrado vencerla en ninguna discusión.

El automóvil se puso en marcha sin problemas, lo sacó marcha atrás y dio la vuelta en el jardín. Esperó a que Lorene trajera a Vearl y lo sentara a su lado.

Lorene terminó de lavarle la cara y manos a Vearl en el porche trasero. Lo peinó y le hizo la raya. Luego le abrochó todos los botones de su ropa.

—Supongo que no te daría igual que fuéramos mañana, ¿no? —dijo Clay—. Mañana es sábado, y prefiero ir al pueblo los sábados que cualquier otro día.

Lorene no le contestó. Sentó a Vearl al lado de Clay y cerró la puerta. Cuando estaban listos para partir, ella se inclinó y lo besó.

—Llévalo al médico y haz que lo pongan en tratamiento, Clay —le ordenó—. Si no lo haces, no sé qué seré capaz de hacerte. Vearl necesita que lo vea un médico ahora mismo.

Clay asintió con desánimo y partió. No miró atrás. Lorene fue hasta la verja de la

entrada para verlos alejarse, y cuando desaparecieron por el camino, regresó lentamente a la casa.

Semon la estaba esperando.

—Me pregunto dónde está Tom —dijo—. Prometió que hoy volvería.

—No me importa dónde está Tom, ni ahora ni en ningún otro momento —dijo Lorene en un tono cortante.

Ella se sentó en el porche y miró hacia la carretera, en la dirección por donde habían desaparecido Clay y Vearl.

Semon se quedó en silencio durante un instante, esperando a que ella estuviera de mejor humor. En aquel momento ella se volvió para mirar hacia el magnolio que había junto a la valla.

—Tom dijo que iba a venir —empezó de nuevo Semon—. Si dijo que lo iba a hacer, debería cumplir con su palabra.

—Se olvidará —le dijo ella—. Conozco a Tom Rhodes. No puedes contar con él.

—¿Le conocías de antes de irte?

—Un poco.

—Ayer se comportó contigo como un verdadero amigo. He pensado que quizá lo conocías bien.

—Solía conocer a un montón de hombres en Rocky Comfort, antes de irme a Jacksonville hace un año. Tom era uno de ellos —se quedó en silencio un momento—. Tom fue el primero.

—He pensado que quizá quisieras regresar conmigo —sugirió Semon mientras acercaba su silla—. El próximo lunes me voy hacia el sur de Georgia y no me importaría llegar hasta Florida. Esto, claro está, si te va de camino.

—No me gustaría ir contigo y meterme en líos —dijo Lorene—. ¿Cómo sé que no me meterás en líos?

—Ya me ocuparé de ello —prometió Semon acercando su silla aún más—. Te llevaré a Jacksonville. He pensado que quizá debería ir a Florida. Dios me ha estado diciendo que debo bajar allá, pero lo he ido posponiendo una y otra vez y ahora me avergüenzo. Pero ya me he decidido e iré el lunes.

—Está bien —dijo Lorene—. Iré contigo el lunes.

Semon se inclinó hacia ella y puso su mano en el respaldo de su silla.

—Quizá podríamos hacer alguna parada por el camino —sugirió.

—¿Para qué?

—Bueno, simplemente detenernos y hacer el viaje en dos partes. Podríamos quedarnos en algún sitio uno o dos días y aun así llegaríamos allá en poco tiempo.

—Eso de alojarnos en un hotel costaría demasiado.

—Pienso que quizá podríamos cubrir los gastos sin demasiados problemas.

—¿Cómo?

—Podría hablar de ti a unos pocos y hacer que se interesaran.

—Ya veo —dijo ella asintiendo—. Estoy de acuerdo, siempre y cuando nos

repartamos los beneficios al cincuenta por ciento. Pero si me engañas, el infierno caerá sobre ti. Te haré la vida muy difícil, Semon Dye, si no divides exactamente. No me arriesgo con tipos como tú. Esto son negocios.

Semon sacó el brazo del respaldo y se sentó derecho, asintiendo.

—Es justo.

—¿Sabes cómo acometer el negocio sin meterte en líos? No quiero pasar treinta días en una pequeña cárcel del sur de Georgia.

—Sé manejarme bastante bien —le aseguró Semon—. Tengo algo de experiencia en este campo. No tienes de qué preocuparte.

Lorene lo contempló un momento.

—Míralo... —le dijo con severidad y mirándole directamente a los ojos—. Me parece que sabes de lo que hablas.

—Tengo algo de experiencia —dijo él—. Un poco.

—Es lo que me ha parecido entender.

Él se inclinó hacia ella otra vez y, colocando el brazo sobre el respaldo de la silla, acercó su cabeza a la de ella.

—He estado pensando que quizá podamos empezar aquí mismo, antes del lunes. Si Tom Rhodes viene hoy, deberíamos poder sacarle algo de dinero. —Esperó a ver el efecto de sus palabras—. Me da la sensación de que es la clase de persona que pagaría.

—Has elegido al hombre equivocado —rio Lorene—. Tom no pagaría. Me solía ver muchísimas veces cuando vivía aquí. No, Tom no empezaría a pagar ahora.

Semon no había acabado.

—Está Clay —insinuó Semon—. ¿Qué pasa si lo intentamos con él?

Lorene se rio de él.

—Eso es estúpido. Clay tampoco pagaría. Es una locura que pienses que Clay pagaría. Estuve casada con él. ¿Por qué debería hacerlo?

Semon se volvió a contemplar el magnolio que había frente a la casa. Al cabo de un rato se volvió hacia Lorene.

—Creo que puedo lograrlo —afirmó—. Si Tom Rhodes vuelve hoy con su garrafa de *whisky*, todo irá sobre ruedas.

Ella se volvió y miró a Semon directamente a los ojos. Una leve sonrisa apareció en sus labios. Conocía a hombres que tramaban como este, pero ninguno de ellos tenía el aspecto de Semon.

—¿Qué eres en realidad? —preguntó—. ¿Eres un predicador o un chulo?

Semon se ofendió. Se incorporó y la miró enfadado.

—Soy un hombre de Dios —le dijo severamente—. Y no lo olvides.

—Si logras convencerle, yo haré mi parte —dijo ella finalmente—. Pero me parece que estás loco. Intentarlo con Clay no funcionará. Él no te daría ni una moneda de diez centavos.

—Veremos, veremos —dijo Semon—. Haz lo que te digo y ya veremos.

Él se levantó y se puso al lado de ella, mirándola desde arriba, contemplándola.

—Me voy a dar un paseo carretera arriba —anunció—. Quizá me encuentre con Tom Rhodes por ahí.

Nueve

El trayecto a través de la arena y el polvo hacia la casa de Tom Rhodes era caluroso y tedioso. Semon tuvo que detenerse a descansar varias veces a un lado de la carretera. Finalmente vislumbró la casa, y para entonces estaba todo polvoriento y sin aliento. A medio camino tuvo que quitarse la chaqueta y trató de abanicarse con ella para ahuyentar el calor.

No había nadie a la vista cuando llegó a la casa de Tom. No obstante, cuando se encaminó hacia el granero, vio a un hombre de color desgranando maíz junto a la puerta. Lo llamó.

Mientras el hombre arrastraba los pies hacia él, Semon se refugió a la sombra de un sauce. El calor era más intenso que nunca y no estaba acostumbrado a caminar bajo el sol ardiente.

—¿Dónde está el señor Tom? —le preguntó al negro.

—Anda por el granero. ¿Quiere ver al señor Tom?

Semon asintió cansado, mientras se abanicaba con su sombrero negro de ala ancha.

El hombre se dirigió al granero levantando el polvo con sus zapatos de suela ancha. Desapareció durante unos minutos. Cuando volvió a aparecer lo hizo para señalar a Semon con la mano. Tom apareció por la esquina del granero al cabo de un instante.

—Temía que hubieras olvidado tu promesa —dijo Semon.

—¿Qué promesa?

—Que ibas a traer otra garrafa a casa de Horey.

—¡Maldita sea! —dijo Tom, acercándose a la sombra—. ¿Yo dije eso? Debo de haberlo olvidado.

—Lo pensé. Por eso he subido hasta aquí.

—Te ha seducido el caldo de Georgia, ¿eh, predicador? —rio Tom. Su cara roja tembló de regocijo—. Eres el predicador más bebedor que he visto en mi vida.

—El *whisky* de maíz es una bebida de hombres —dijo Semon—. Y yo soy un hombre. Creo que por eso me gusta tanto.

—Espera que pida que nos traigan un poco —le dijo Tom—. No tardarán en traerlo.

Se fue enseguida a llamar al negro. Semon se dejó caer pesadamente en el suelo y apoyó la espalda contra el sauce sin dejar de abanicarse bajo la sombra.

Tom regresó instándole a que se levantara.

—Nos meteremos en el automóvil y nos iremos en cuanto ese negro regrese. No tardará. Solo tiene que bajar al cobertizo de las vacas que hay un poco más allá, en los pastos.

Semon se puso de pie y siguió a Tom al granero, donde estaba aparcado el automóvil a pleno sol. Entraron y Tom lo puso en marcha.

—¿Tuviste éxito con Lorene anoche? —le preguntó Tom dándole un codazo—. No solía costar demasiado llevársela al catre. Especialmente después de que decidiera largarse de aquí. Imagino que no ha cambiado demasiado en un año o dos. A mí me parece la misma.

Semon entendió entonces que Lorene sabía de qué hablaba cuando le explicó que Tom no caería en su trampa. Semon decidió prescindir de esa idea definitivamente.

Frank, el hombre de color, trajo la garrafa y la colocó en la parte trasera del automóvil. Al llenarla del licor del barril había vertido un poco fuera y el olor les llegó como una llama de fuego procedente del asiento trasero. Semon olisqueó con avaricia. Estaba listo para volver a casa de Horey.

El automóvil avanzó muy rápido sobre la arena espesa. Tom no se molestó en frenar cuando llegaron a un lecho de arena excepcionalmente profundo; incluso aceleró. En una ocasión el automóvil estuvo a punto de saltar por encima de la cuneta, pero aun así Tom no disminuyó la velocidad. Él seguía adelante, a veces sin molestarse siquiera en mirar hacia la carretera. Semon se sintió aliviado cuando llegaron a casa de Horey.

—¿Vas a predicar en la escuela el domingo? —le preguntó Tom cuando bajaron del automóvil.

—Eso es —afirmó Semon con resolución.

—¿Y sobre qué piensas predicar?

—Pues, diversas cosas —dijo Semon—. Eso, aquello, lo de más allá.

—Imagino que debes de tener tantos sermones preparados que lo único que has de hacer es invocarlos y ya están listos para ser pronunciados.

—Eso es —replicó Semon en tono cortante mientras miraba como el otro sacaba la garrafa del asiento trasero.

Tom levantó la garrafa de galón y la agitó suavemente.

—Te invito a un trago, predicador. Sírvete.

Semon metió el dedo por el asa y se acercó la garrafa.

—Me beberé mi parte —dijo—, y habrá suficiente para los demás. Todos deberían disfrutar de un trago hoy.

—Hay más en el lugar de donde lo saqué. Y más haciéndose. En esta época del año, nunca me permito quedarme corto.

Mientras estaban bebiendo, Lorene salió corriendo al porche y miró carretera abajo. Al poco rato bajó corriendo hacia ellos por el sendero y vieron a Clay subiendo por la carretera de McGuffin.

—Ya vuelve Clay —dijo Semon mirando a Lorene.

—No ha tardado demasiado —dijo Tom—, pero imagino que se ha cansado de haraganear por la ciudad entre semana. Si fuera sábado no se iría de McGuffin hasta la medianoche.

Clay entró en el jardín y condujo el automóvil hasta el granero sin decirles una palabra. Parecía tener prisa por meterse en el cobertizo.

Lorene corrió detrás de él y llegó justo cuando Clay salía del automóvil.

—¿Dónde está Vearl? —preguntó Lorene muy excitada.

Clay se dirigió hacia la casa como si no la hubiera oído. Ella corrió, lo alcanzó y empezó a tirarle del brazo.

—¿Dónde está Vearl, Clay?

Para entonces habían llegado al porche y Tom vino del interior llevando varios vasos de *whisky*.

—¿Vearl? —dijo Clay como si lo hubieran cogido por sorpresa—. Ah, Vearl se ha escapado. Saltó antes de llegar a hacer una milla o así. No sé dónde está ahora. Imagino que subió al arroyo. Ya aparecerá en casa de Susan antes de anoecer. Nunca pasa la noche fuera.

Tom llenó los vasos y le puso uno a Lorene en la mano. Semon cogió dos y le dio uno a Clay.

—¿Y no has llevado a Vearl a que lo vea el médico? —preguntó ella, mordiéndose la lengua.

Clay bebió medio vaso y lo dejó a su lado en el suelo. Semon lo rellenó con prontitud y se lo acercó de nuevo.

—¿Vearl? No. No llegué a llevarlo al pueblo. Pero me crucé con el médico y le mencioné algo sobre el asunto. Me dijo que le diéramos la medicina y se lo llevara la próxima vez que fuera al pueblo.

—Tendría que haberlo llevado yo misma —dijo Lorene con frialdad. Miró a Clay con hostilidad—. Tendría que haber sabido que tú no lo llevarías.

—He hecho cuanto he podido, Lorene —dijo con docilidad—. Es la verdad, en serio. No te contrariaría si pudiera evitarlo.

—Ni siquiera lo has intentado —dijo ella—. No querías llevarlo y no has intentado tenerlo sujeto en el coche. Le has dejado saltar porque no querías molestarte.

Ella bebió un vaso de licor y lo dejó con fuerza en el suelo, junto a la silla. Semon cogió el vaso de Clay y se lo pasó. Levantó el suyo propio y animó a que Clay hiciera lo mismo. Clay bebió y se secó la boca.

Clay sacó la armónica y la golpeó contra su rodilla. Practicó dos o tres veces.

—Toca una canción, Horey —lo animó Semon.

Clay tocó varias notas y negó con la cabeza.

—Es demasiado temprano para tocar música —dijo moviendo la cabeza de lado a lado—. No puedo tocar la armónica antes de la cena.

Después de guardarla en su bolsillo, Semon volvió a insistir que bebiera un poco más.

—¿Dónde está Dene? —preguntó Clay, poniendo el vaso vacío delante de sus pies.

—Anda por aquí —le dijo Tom—. La he visto en la cocina justo cuando he ido a por los vasos.

Clay miró a Lorene. Estaba sorbiendo del vaso a rebosar que Tom le acababa de rellenar. Ahora que llevaba varios vasos de *whisky* en el cuerpo, a Clay le produjo placer mirarla. Ella siempre llevaba ropa que le sentaba bien y su cabello oscuro le excitaba.

—Eso sí que es una mujer —dijo, señalándola con el dedo.

—¿Quién? —dijo Tom.

—Lorene, ahí.

—Yo no hablaría demasiado sobre ella, Clay. Dene anda por aquí. Estará escuchando.

—Es verdad —dijo Clay—. Me he olvidado de Dene. Desde luego, Dene sí que es una mujer.

—¿Y Sugar, Clay? ¿Qué te parece Sugar?

—Caramba, Tom. Sabes perfectamente que yo ya no ando tonteando con Sugar.

Semon sonrió. Estaba muy satisfecho con el progreso alcanzado con Clay. Decidió dejarle hablar un rato más con la esperanza de poder presionarle para que se tomara otro vaso de *whisky*.

—¿Te satisface Dene, Horey? —dijo Semon haciéndole un guiño a Lorene y asintiendo con aprobación.

—¿Dene? Pues claro. Y mucho. Dene siempre se adelanta a mis deseos. Con Dene, no necesito pensar en nada. Siempre está dispuesta a darme lo que deseo antes de saber que lo deseo. Y siempre ha sido así. Cuando solía verla en frente de casa de su padre, solía acercármeme y darme un beso a hurtadillas y un gran abrazo. Así de sencillo. Y en cuanto me lo dio, supe que lo había deseado. Pero no hasta entonces. Dene nunca se ha rezagado. Siempre anda un paso por delante de mí.

—Es su manera de anticipársete —dijo Semon, asintiendo con complicidad.

—¡Eso es! —gritó Clay—. ¡Esa es la palabra! Nunca se me ocurre, pero no importa. Siempre estás aquí para recordármela.

—Yo mismo he notado eso en ella —asintió Semon.

—¿El qué?

—He visto cómo se anticipa a lo que un hombre desea.

—¿No te lo habrá hecho a ti?

—No he dicho eso. He dicho que lo he notado.

Clay colocó los pies sobre el suelo como si fuera a ponerse de pie de un salto. En lugar de ello, se puso derecho y miró a cada una de las caras que lo rodeaban.

—Será mejor que no lo haga. Y tú tampoco. Si os pesco a ti y a Dene jugueteando, os... os...

—No me has entendido —le aseguró Semon rápidamente—. Solo te estaba diciendo lo que no sabías. Siempre hablas de lo que ella hace, pero soy yo el que encuentra para ti la palabra adecuada.

—Mientras sea eso lo único que hagas, y nada más, me siento satisfecho.

Semon llenó su vaso mientras le hacía un guiño a Lorene. Ella se levantó y se

alejó del porche de inmediato.

—¿Adónde va? —preguntó Clay.

Semon se encogió de hombros. Después de que Clay se bebiera varios tragos, Semon se sentó en la barandilla enfrente de él y se inclinó hacia adelante.

—Me gustaría hablar contigo un minuto —le dijo mientras apuntaba hacia Tom con la cabeza.

Se levantaron y cruzaron al otro lado del porche.

—¿Qué pasa? —preguntó Clay bajando la voz para que Tom no les oyera.

—¿Si te explicara una cosa, estarías dispuesto a escuchar?

—Quizá sí, quizá no. ¿De qué se trata, de todos modos?

—¿Te sientes bien, verdad?

—Estupendamente —expuso Clay.

Semon se inclinó hasta que su cara estuvo al mismo nivel que la cabeza de Clay. Miró por detrás de él para ver si había alguien escuchando. Clay siguió su mirada y miró por encima del hombro con ansiedad.

—¿Qué te parecería encontrarte con alguien?

—¿Con quién? ¿Dónde? ¿De quién se trata? —susurró con voz entrecortada.

Diez

Semon se acercó, tapando de la línea de visión de Clay a Tom Rhodes, que estaba en el otro lado del porche.

—Hay una muchacha a la que le gustaría verte, Horey. ¿Te apetece ir a verla?

—¡Por supuesto! ¿Dónde está?

—Eso no importa. He de saber si realmente tienes ganas de verla.

—¿Es blanca?

—Pues claro, es blanca. No me molestaría si no fuera blanca.

—¡Maldito sea mi pellejo! —exclamó Clay—. ¡Vamos!

Abandonaron el porche sin mirar a Tom. Cuando doblaron la esquina de la casa, Semon paró a Clay súbitamente agarrándolo por el brazo.

—Tienes algo de dinero, ¿verdad, Horey?

—¿Dinero? Quizá un poco. ¿Por qué lo quieres saber?

—La cosa es así. Deberías darle algo por verla. ¿No crees que eso sería lo justo?

—¿Cuánto dinero?

—Tres dólares sería justo.

Clay se echó atrás negando lentamente con la cabeza. Su expresión se vino abajo y la decepción lo dejó sobrio por un instante.

—Lo único que tengo en este mundo es un solitario dólar. Tuve que comprar gasolina en McGuffin para llegar a casa y luego jugué un poco a los dados. Tan solo me queda un dólar.

Irritado, Semon se mordió los labios.

—¿Estás seguro, Horey? Mira en tus bolsillos y asegúrate. Quizá tengas algo más que un dólar. Cualquiera tiene un dólar. Deberías tener al menos dos o tres.

Clay buscó con mucho cuidado en todos sus bolsillos, pero lo único que encontró fue un billete de dólar muy viejo y manchado. Lo sostuvo ante Semon para que lo viera.

—Quizá deberías pedirle algo prestado a Dene.

—Dene. Dene no tiene ni un penique a nombre suyo. Nunca ha tenido dinero excepto cuando yo le doy un poco y no ha habido necesidad en mucho tiempo. Dene no tiene nada, lo sé.

Semon caminó de un lado a otro. Finalmente se dio la vuelta y miró a Clay.

—Entonces dame el dólar. Si consigues más antes del lunes, me podrás dar el resto.

—Eso es un montón de dinero para mirar solamente, ¿no? Caramba, eso es lo que me parece a mí.

—Puedes hacer más si quieres. No hay límites, Horey. Has pagado, ahora ve y que te den lo que te deben.

Clay miró a Semon doblar el billete y metérselo en el bolsillo de su pantalón. Estuvo a punto de romper el trato cuando vio ese billete entrar en el bolsillo de

Semon. Hizo un intento desesperado de recuperarlo, pero Semon le golpeó la mano.

—Pensaba que habías dicho que iba a pagarme yo —expuso Clay—. No me parece bien que te metas mi dinero en tu bolsillo.

—Lo guardo para ella —dijo Semon en tono cortante.

Cogió a Clay por el brazo y lo llevó hacia el granero. Después de dar unos pasos, Clay se soltó.

—Espera. ¿Adónde me llevas?

—Al granero —dijo Semon cogiéndole el brazo.

—No entiendo qué puede estar haciendo nadie en mi granero. He vivido aquí durante mucho tiempo y jamás he visto a nadie ahí dentro.

—Ocurren muchas cosas de las cuales tú no te enteras, Horey.

Caminaron hacia el granero y entraron. No se podía ver a nadie. Los compartimentos estaban abiertos y la puerta del cuarto de los arneses estaba abierta. Por un instante Semon miró alrededor sin estar familiarizado y luego vio la escalera que llevaba al altillo.

—Subamos allá arriba —dijo empujando a Clay hacia la escalera.

—Allá arriba no hay nada excepto haces de forraje y un poco de algarrobo —protestó Clay—. Sé lo que hay allá arriba. ¿De qué sirve subir la escalera para ver forraje?

Semon tiró de él hacia la escalera y le hizo subir el primer travesaño. En cuanto empezaron subieron con rapidez.

Cuando alcanzaron el altillo los dos se pusieron de pie. Lorene estaba apoyada contra uno de los postes del centro.

—¡Que me aspen si lo entiendo! —exclamó Clay—. ¿Qué estás haciendo aquí en el altillo, Lorene?

Ella le hizo una señal con el índice para que se acercara.

Clay se volvió a Semon para descubrir qué significaba todo eso. Semon asintió y le dio un empujón hacia Lorene. Él tropezó con los haces y levantó una nube de polvo.

—Has pagado, Horey. Ahora, adelante —le dijo Semon.

—Pero si es Lorene —protestó Clay—. Me has dicho que había alguien que quería verme. Y yo te he dado todo el dinero que tenía. Esa es Lorene.

—Me has pagado para ver a Lorene —afirmó Semon—. Y aquí está. Ahora, adelante, Horey.

Clay se quedó perplejo. Primero miró a Lorene, luego a Semon, y por último miró el forraje que había bajo sus pies.

—Maldita sea —dijo—. No me pensaba que estaba pagando con todo mi dinero para ver a mi cuarta esposa. Caramba, aún no lo entiendo. Me parece que me estáis tomando el pelo. Jamás he oído que un hombre pagara por ver a su esposa. Es verdad que ahora no es mi esposa, pero era la cuarta.

Lorene hizo que Clay se pusiera de rodillas a su lado.

* * *

Semon estaba de pie junto a ellos y los miró desde arriba, insistiendo para que se fueran del altillo.

—Clay, algún día volveré —le prometió ella—. No me iré para siempre. Volveré.

Él asintió aceptando su palabra.

Semon caminó de un lado a otro, al lado de ellos, tratando de aislarlos de su pensamiento.

—Es justo que te sientas satisfecho con Dene hasta que regrese la próxima vez. Yo sé satisfacerte mejor, pero no puedo quedarme. Es demasiado tarde. He de volver a Jacksonville. Ahora es mi hogar. Quizá, cuando me canse de estar allá, y si te deja de gustar Dene, volveré para quedarme. Prefiero hacer esto que cualquier otra cosa una vez me harte de Jacksonville.

De regreso a la casa, Lorene y Clay caminaron uno al lado del otro, pero algo separados. Semon los seguía varios pasos atrás. Ninguno tuvo nada que decir de camino al porche. Caminaron lentamente, sin que pareciera importarles cuánto tardaran en llegar allá.

Dene y Tom Rhodes estaban en el porche. Tom les guiñó un ojo, sonriéndoles a los tres. Sabía lo que iba a pasar cuando se dirigieron hacia el granero.

—Dene me ha estado preguntando adónde habíais ido —dijo—. No sabía qué responder.

Nadie dijo nada. Los ojos de todos se fijaron en Dene. Clay no quiso mirarla, pero no pudo evitarlo.

—¿Dónde has estado, Clay?

Clay apartó la vista y miró hacia el bosque que bordeaba el arroyo del otro lado de la carretera. Miró hacia las copas de los árboles, el cielo azul y la fila de postes inclinados que bordeaban la carretera.

—¿Adónde fuiste hace un rato, Clay? —le preguntó ella con insistencia.

—¿Quién? ¿Yo?

Miró a Dene y la vio asentir.

—¿Cuándo? ¿Justo ahora?

Volvió a mirarla y la vio mover la cabeza lentamente de arriba abajo, con los ojos taladrándole.

—¿Dónde? Pues, solo hemos ido al granero —dijo. Después ya no la miró.

—Dene no podía entender qué estabais haciendo durante tanto tiempo —dijo Tom—. Le he dicho que quizá Semon, tú y Lorene estabais desenterrando lombrices para pescar.

Clay deseó que el interrogatorio se interrumpiera en ese punto. Cuando Dene dejó de hablar durante un rato, creyó que todo había acabado. Pero más tarde, después de pensarlo un poco, se dio cuenta de que el interrogatorio acababa de empezar. Dene lo

mantendría despierto todas las noches, preguntándole, rogándole, amenazándole. No pararía hasta que él le hubiera explicado dónde había estado y qué había hecho ahí. Pero incluso así, ese no sería el final. Dene se preocuparía durante meses y le haría hablar. Clay no sabía qué podía hacer al respecto. Tendría que dejarla hablar.

—Imagino que no hay un órgano en la escuela —dijo Semon, sin dirigir la pregunta a nadie en concreto—. Supongo que podemos pasar sin uno el domingo. Alguien debería traer un violín o un banyo y podremos cantar. No me importa que haya música y canciones en una reunión. A la gente le gusta cantar en la iglesia o la escuela cuando están juntos. A veces incluso prefieren cantar a escuchar el sermón. He pensado que podríamos asignar la mitad del tiempo a cada cosa. Esto complace a casi todo el mundo.

Clay sacó la armónica y la golpeó contra su rodilla. Después le pasó los dedos por encima para limpiarla del polvo de tabaco de sus bolsillos. Cuando se sintió satisfecho, empezó a tocar.

—¿Sobre qué piensas predicar el domingo? —preguntó Tom—. No lo has dicho, ¿verdad?

—¿Predicar? Sobre pecados. Siempre predico sobre pecados, Tom. No hay nada que la gente aguante mejor durante tanto tiempo. Y cuantos más pecados y peores y más vergonzantes, tanto más escucha la gente. Yo creo en predicar sobre lo que la gente quiere oír. Descubro lo que la gente desea oír y yo se lo doy.

—¿Cómo puedes saber lo que la gente desea oír?

—Lo sé por la cantidad que dejan en el sombrero, y por el número de personas que llegan a ver la luz. He predicado durante suficiente tiempo como para saber lo que la gente desea escuchar.

—Imagino que debes saberlo bien —dijo Tom.

—¿Saberlo? Pues claro que lo sé —dejó de hablar hasta que Tom le hubo llenado el vaso. Después de tragarse la mitad, prosiguió—. Sé todo lo que hay que saber. He viajado por Georgia y Alabama desde que tenía veinte años y ahora casi tengo cincuenta. Por eso sé tanto sobre predicar. Si me hubiera apoltronado en una iglesia, como la mayoría de los predicadores, y no me hubiera movido entre la gente, no sabría apenas nada más que los predicadores asentados. Pero yo viajo. Soy un predicador ambulante, viajero, y conozco casi todos los pecados que hay en Georgia, ¡y más!

Once

Más tarde, después de que Lorene y Dene entrasen en la casa para echar una siesta, Semon abandonó el porche sin decir nada y dio la vuelta a la fachada. Tom y Clay lo siguieron un minuto más tarde para ver lo que estaba haciendo por allí.

Semon estaba de cuclillas cerca de la chimenea de ladrillos, lanzando un par de dados por el suelo. No levantó la vista cuando se acercaron.

—Ese es mi juego favorito —dijo Tom con entusiasmo—. ¿Cómo lo sabías, predicador?

Semon siguió tirando los dados, chasqueando los dedos de vez en cuando, y no se molestó en levantar la vista. El desahogado ritmo de sus movimientos dejaba claro que tenía mucha práctica.

Tom se sentó enfrente de él, poniéndose en cuclillas, y miró como los dados rodaban sobre la dura arena blanca.

—Juguemos una partida amistosa —sugirió Tom, incapaz de contenerse más—. No conozco mejor manera de pasar el día.

Clay también se había quedado hipnotizado por los dados. Se frotó los dedos con la esperanza de tener ocasión de tocarlos.

—Será una partida amistosa —insistió Tom—. No me gustaría que acabara con una pelea.

Semon asintió. Miró a Clay.

—¿Qué opinas, Horey?

—¡Por supuesto! —dijo Clay cambiando el peso de su cuerpo al otro pie y cogiendo un puñado de arena que dejó pasar entre sus dedos.

—¿Tenéis dinero? —preguntó Semon con indiferencia. Tiró los dados y observó cómo se paraban con un giro que dispersó la arena.

—Claro que tengo dinero —dijo Tom—. Al menos tengo lo suficiente para una partida amistosa.

Metió la mano en el bolsillo de sus pantalones de peto y sacó todo el dinero que tenía.

—¿Y cómo lo tienes tú, Horey? —preguntó Semon, aún con la mirada fija en el movimiento de los dados después de dejarlos ir.

—Bueno, no sé —dijo Clay—. El hecho es que no tengo un solo penique. Ese dólar era todo lo que tenía. Quizá si me lo prestaras, podría ganar y devolvértelo luego.

Semon negó contundentemente con la cabeza.

—Vaya, qué pena —lamentó Tom—. Me apetece mucho una partida amistosa.

—Si no me prestas el dólar, no sé cómo entrar en la partida —repuso Clay mirando los dados.

—Ese es el método más seguro para granjearte enemigos, Horey —dijo Semon con determinación—. Sé que siempre fracasa. Prestar dinero para una partida de

dados siempre acaba en problemas. Será mejor que no entres en la partida si no puedes pagar tú mismo. De hombre a hombre, yo te prestaría el dinero. Pero en el caso de una partida de dados es distinto. La gente se mata por cosas así.

Clay parecía hartó. Deseaba tanto jugar una mano en la partida que no sabía cómo iba a soportar el quedar fuera.

—Eso es una verdadera pena —dijo Tom con comprensión—. No me gusta ver a un hombre quedar fuera de una partida solo porque no tiene algo de calderilla.

Semon movió la cabeza negativamente con determinación.

—Actúa o deja de quejarte —afirmó—. Esto es como todo lo demás en la vida. La mayoría cree que puede aventurarse a jugar a los dados y no pagar. Por eso digo que todo el que quiera participar deberá poner su propio dinero. Y en el acto. Cuando la partida termina, alguien pedirá su dinero. Las promesas no sirven para pagar en una partida de dados.

—Creo que podría jugarme algo.

—¿Qué tienes?

—Pues, no sé. Lo que puedes ver, supongo.

—Las tierras no me sirven de nada —dijo Semon—. No puedes metértelas en el bolsillo y largarte.

Clay miró a su alrededor. No pudo ver ni pensar en nada que pudiera jugarse en la partida. Mientras pensaba en lo que podía hacer, Semon tiró los dados metódicamente. Su muñeca se movía lenta, pero segura. No dejaba que los dados se quedaran quietos en el suelo, sino que los recogía antes de que se detuvieran. Parecía como si supiera qué número iba a salir y no se molestaba en esperar a ver el resultado cuando hacía rodar los dados.

—Quizá tengas un reloj, o algo de oro en la casa —sugirió finalmente Semon sin apartar los ojos del suelo.

—Eso es —dijo Clay—. Hay un reloj en la casa. Me había olvidado completamente.

—Pero eso no será suficiente —dijo Semon—. Deberás tener suficiente a mano por si pierdes varias veces.

—No puedo perderlo —dijo Clay.

—¿Por qué no puedes perderlo?

—Porque es de Dene. Es el reloj de su padre. Se lo dio a Dene cuando murió.

—A mí me da igual de quién es o de quién era, si tú quieres jugártelo. El color del dinero es el mismo en todas partes. Y los relojes, si son de oro, son todos iguales para mí.

—Sí que es de oro —le aseguró rápidamente Clay—. Es todo amarillo. —Y se fue corriendo a por el reloj.

—Quizá lo sea —dijo Semon.

—No sabía que jugaras a dados, predicador —dijo Tom—. Te comportas como todo el mundo. La mayoría de los predicadores que he visto no tocarían un dado ni

con una vara de tres metros.

Semon se rio por primera vez desde que había empezado a jugar con los dados. Pero incluso así, su cara no mostraba risa alguna.

—Soy predicador cuando predico y un soñador cuando sueño.

—Así que imagino que eres jugador cuando juegas —dijo Tom, dándole un codazo—. Así se hace, predicador. Siempre he dicho que un hombre debe actuar tal y como pretende ser visto por los demás.

—Creo que será mejor que empecemos a partir de un límite de cincuenta céntimos y luego iremos subiendo —dijo Semon, agachándose más cerca del suelo. Los fondillos de sus pantalones casi rozaban la arena dura—. Me gusta ir lento, para empezar, en vez de forzar desde el principio. No sirve de nada empezar el hervor antes de que el agua esté caliente.

—Eso es, predicador. Esa es la manera.

Clay dobló la esquina de la casa sosteniendo el reloj de oro por delante. Una sonrisa cubría toda su cara.

—Aquí está —dijo todo excitado—. Lo que te he dicho.

—Tendremos que adjudicarle un valor y dividirlo —dijo Semon—. ¿Qué crees tú que vale, Tom?

Tom cogió el reloj de oro y lo examinó a la luz del sol. Sacudió negativamente la cabeza.

—¡Que me aspen si lo sé!

—No es tan viejo —dijo Clay—. El padre de Dene lo tuvo durante no sé cuánto tiempo antes de morir, y parece nuevo.

Semon se lo puso al oído y escuchó. No pudo oír nada.

—¿Qué le pasa? —preguntó y acto seguido empezó a agitarlo. Se lo volvió a poner al oído.

—Ha estado en la estantería durante mucho tiempo, ¿no es así, Clay? —dijo Tom.

—No —dijo Clay—. Dene lo tenía guardado en uno de los cajones de su aparador. He tenido que hurgar entre toda su ropa hasta encontrarlo.

—Esto no funciona —dijo Semon tirandoselo a Clay—. No va. Ese maldito reloj no sirve.

—A lo mejor solo necesita que le dé cuerda —dijo Clay. Procedió a darle cuerda, escuchando atentamente para ver si empezaba a hacer tic tac.

—Para mí que debe de costar un dólar y medio —dijo Semon—. En cualquier caso, el oro fundido no creo que cueste más que eso.

Clay miró el reloj con seriedad.

—Estaba seguro de que valdría algo más.

Semon movió negativamente la cabeza con determinación.

—¿Cuánto piensas que vale? —preguntó Tom.

—Yo creo que podría llegar a conseguir unos dos dólares —dijo Clay.

—¿Cuánto? —preguntó Semon levantando los ojos del suelo.

—He dicho dos dólares.

—Bueno —dijo Semon—, quizá valga dos dólares. Quizá lo haya infravalorado un poquito. Imagino que dos dólares podría ser la cifra correcta, ya que se trata de oro.

La cara de Clay estaba radiante. Se puso en cuclillas y fue pasando todo el peso de su cuerpo de un lado a otro. Se frotó las manos con confianza después de dejar el reloj entre sus pies sobre la arena.

—Puedes jugarte el reloj cuatro veces, Horey —dijo Semon.

—¿Cómo es eso? —preguntó Horey, mirando a uno y luego a otro.

—Nos jugamos un límite de cincuenta céntimos para empezar. De modo que puedes jugarte el reloj cuatro veces.

—¿No es eso algo excesivo para un hombre pobre? En cualquier caso, no me esperaba que la apuesta fuera de más de veinticinco céntimos.

—Eso es para niños —dijo Semon—. Cincuenta céntimos la convierte en una partida de hombres.

—Supongo que tienes razón —aceptó Clay—. Pero no me gusta jugarme el reloj del padre de Dene solo cuatro veces. De algún modo no me parece justo.

—Ah, seguro que nos ganas al instante... —dijo Semon mientras se preparaba para empezar la partida. Allanó la arena y limpió los dados—. Espera y verás si no. Antes de que te des cuenta, nos habrás ganado a Tom y a mí.

Semon sacó su dinero y seleccionó monedas de veinticinco centavos entre toda la calderilla. Colocó un montón de monedas de veinticinco junto a la punta de su zapato derecho.

—Apostad —dijo. Lanzó dos de sus monedas de veinticinco en el centro del círculo.

Tom puso medio dólar al lado de las dos monedas. Todo el rato tenía la mirada fija en los dados que Semon tenía en su mano.

—Puedo jugarme el reloj cuatro veces —dijo Clay, empujando el reloj con cuidado hacia delante sobre la arena.

—Eso es, Horey —le dijo Semon—. Cuatro veces. No queremos que después haya malos entendidos y se estropee la partida.

Agitó los dados en las manos, pasándolos de una a la otra.

—¡Agítalos bien, predicador! —dijo Tom—. Y si no sabes hacerlo, pásamelos a mí.

—Quiero poder recuperar mi apuesta —dijo Clay.

—Como estás de visita, deberías ser tú quien tire primero —dijo Semon soltando los dados en la mano de Tom.

Tom puso otro medio dólar en el suelo y agitó los dados en sus manos ahuecadas, sosteniéndolas en lo alto. Con una floritura y soltando un gruñido, lanzó los dados dentro del círculo. Salieron un cuatro y un dos.

—¡No le ha salido! —dijo Semon, escupiendo en sus manos y frotándoselas—.

No ha nacido para que le salga la combinación.

—Es mi número de la suerte, amigos. Veréis como sale cuando un viejo como yo tira los dados.

Tiró y salió un nueve.

—No le saldrá —dijo Semon—. No es suficientemente hombre. Mirad como pierde.

Tom recogió los dados, los agitó media docena de veces y los tiró en el círculo.

—¡Ja! —gruñó, y salieron un cuatro y un tres ante sus propios ojos—. ¡Santo cielo!

—Cuando digo que perderá, es que perderá —dijo Semon.

Clay miró los dados ajenos que tenía en las manos y los agitó suavemente hasta que dieron vueltas y vueltas.

—Voy a ganar —se dijo, agitando los dados con movimientos bruscos de la muñeca.

—¡Tira! —apremió Semon cuando Clay lanzó los dados.

Apareció un siete perfecto.

—¿Qué os parece eso? —preguntó Clay. No esperó a que nadie le respondiera—. ¡Esto es demasiado! —Recogió las monedas de plata y dio unas palmaditas al reloj.

—Me voy a jugar los dos dólares —dijo Clay soltando la calderilla y el reloj—. Estoy de suerte.

Se los podía jugar, pero al acabar su jugada se vio como al principio, con solo tres apuestas que hacer con su reloj.

—Será mejor que hagamos esta partida algo más interesante —dijo Semon pasando su peso al talón izquierdo y recogiendo los dados—. Soy partidario de subir las apuestas a un dólar.

Ahora Clay estaba excitado. Estaba dispuesto a subir el límite. Asintió con entusiasmo y se agachó aún más cerca del suelo.

Semon agitó los dados en sus manos, calentándolos una y otra vez. Cuando estuvo listo para lanzarlos, los arrojó con fuerza sobre la arena dura. Salió un nueve. Sonrió y recogió los dados.

—No podéis ganar a este viejo —dijo soplando en los dados y agitándolos junto a su cabeza—. No podéis ganar a este viejo en su propio juego. Juego a los dados desde hace demasiado tiempo.

—¿Suerte? —inquirió Tom, mirando los dados.

—No, no es suerte. Simplemente es que soy condenadamente bueno. Me criaron jugando a esto antes del desayuno. Nunca lo he olvidado.

Los dados dieron vueltas sobre la arena. Apareció el mismo nueve. No había manera de superar tamaña suerte.

—¿Cuánto puedes apostar todavía con el reloj? —le preguntó a Clay mientras le hacía un guiño a Tom.

—Un dólar —dijo Clay—. Antes de que tirases tú, habría podido poner el reloj

tres veces más como apuesta.

—No, no señor —gritó enfadado Semon, alargando la mano y tapando el reloj—. Hemos subido las apuestas a un dólar. Eso significa que solo te quedan cincuenta centavos.

Clay estaba confundido. No se había dado cuenta de que casi cada parte del reloj que poseía había desaparecido, y no comprendía cómo había desaparecido tan rápido. De mala gana, lo colocó en el círculo.

—Es solo una partida amistosa —dijo Semon—. No guardemos rencor a nadie por dinero. Cuando juego a los dados, quiero que todos se lo pasen bien, tanto si ganan como si pierden. Es lo que opino.

—Noto que voy a tener suerte —dijo Tom—. Lo que pasa es que aún no estoy en racha.

—Si pierdo ahora, estoy hundido —se lamentó Clay desanimado—. No tengo nada más que apostar.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo —dijo Semon, contando su dinero.

Después, lanzó los dados por segunda vez. Salieron un cinco y un seis.

—¿Qué demonios de partida es esta? —dijo Tom.

—Cuando tiro los dados, hago eso. Ahora, si queréis vuestro dinero de vuelta, tendréis que poner algo para poder jugar.

—Me gustaría poder recuperar el reloj del padre de Dene —dijo Clay. Sus ojos no se apartaron del reloj cuando este cayó en el bolsillo de Semon.

—Tendrás que trabajar para recuperarlo, Horey. Así es como me lo he ganado. Nadie obtiene nada en este mundo sin trabajar a cambio.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes esos dados? —preguntó Tom.

—Míratelos —sugirió Semon mientras le arrojaba el par—. No quiero que nadie se piense que este juego está amañado.

Tom inspeccionó los dados detenidamente, juzgando su tamaño y peso, pero no encontró nada raro. Se los devolvió a Semon sacudiendo la cabeza.

—Debes de ser un jugador nacido con suerte, predicador —admitió, todavía sacudiendo la cabeza.

Semon agitó los dados y los sostuvo sobre su cabeza. Miró el círculo. Clay notó su mirada encima.

—Alguien no ha apostado —afirmó Semon.

—Sigo con mi apuesta —dijo Tom—. Ese es mi billete de dólar.

Los dos miraron a Clay.

—Estoy limpio —dijo—. No tengo un céntimo.

Semon bajó la mano y abstraído hizo rodar los dados en su palma abierta.

—¿Seguro?

Clay movió la cabeza negativamente.

—¿No tienes nada más que puedas jugar?

—Ni una maldita cosa. Todo lo que tenía era el reloj del padre de Dene.

Semon se dio la vuelta sobre los talones y se puso a mirar en dirección al granero. Sus ojos se fijaron en la parte trasera del automóvil de Clay que estaba en el cobertizo. Hizo un movimiento de cabeza apuntando hacia el automóvil y luego miró a Clay. Los ojos de Clay se abrieron como platos.

—Puedes apostar tu automóvil, ¿no es así, Horey?

—No podría —dijo Clay con firmeza.

—¿Por qué?

—Maldita sea. Es todo lo que tengo para moverme de un sitio a otro.

—Un buen jugador como tú no debería temer perder. Sé por la manera que tienes de manejar los dados que eres un pillo con suerte. No tengas miedo, Horey.

—No sé lo que diría Dene al respecto.

—Que la zurzan —dijo Semon enfadado—. ¿Es tuyo, no? Si fuera mío, no me echaría atrás por lo que una maldita gitana pueda decir.

Clay miró a Tom. Tom miró el coche y luego volvió a fijar la mirada en el suelo, entre sus pies. No se atrevía a comprometerse.

—No sé —dijo Clay indeciso.

—Venga, Horey. Lo que no vale la pena arriesgar, no vale la pena poseerlo.

—¿Cuánto crees que vale?

—Tal como está ahora, cincuenta dólares.

—¿Cincuenta dólares? —dijo Clay negando con la cabeza—. Seguro que vale más. Mucho más.

—Entonces, ¿cuánto vale?

—Solo hace un año que lo tengo y pagué por él cuatrocientos dólares en McGuffin.

—Quizá te hayan estafado —dijo Semon, volviéndose para inspeccionar de nuevo la parte trasera del automóvil.

Clay movió negativamente la cabeza. Le puso un precio a su coche mucho más alto que el que había dicho Semon.

—Si algo vale, son cien dólares —dijo—. No podría aceptar menos. Me estaría engañando a mí mismo.

—Bueno, como se trata de ti, Horey —dijo Semon—, diré que vale eso. ¿Qué te parece, Tom?

Tom asintió.

—Es condenadamente mejor que ese automóvil mío de allá —dijo Semon—. Y el mío apenas vale la chatarra de la que está hecho. Supongo que los cien del tuyo no es demasiada apuesta, siendo tú.

Semon se quitó la chaqueta y se arremangó. Se aflojó el cuello de la camisa y se alisó el pelo negro que le caía por la frente como el flequillo recortado de un caballo.

—Vamos —dijo—. Me muero de ganas por continuar. Cuando empiezo una partida de dados, no me siento satisfecho hasta llegar hasta el final.

Clay se sentó en cuclillas casi rozando el suelo.

—Noventa y nueve apuestas —dijo—. ¿No es así?

—Eso es, Horey. No te despistes. No quiero parar la partida cada dos por tres para que te pongas a pensar cuántas apuestas te quedan. Mira a ver si puedes seguir el juego.

Calentó los dados en las palmas de sus manos, los agitó hasta que sonaron como un reloj haciendo tic tac. Tiró la mano hacia atrás zarandeando los dados y los arrojó al suelo con toda su fuerza. Todos se inclinaron hacia adelante para mirar como los dados detenían sus giros sobre la dura arena blanca.

—¡Sujétate el sombrero, Horey! —gritó Semon—. ¡Sujétalo fuerte porque va a soplar un viento fuerte!

Doce

La camisa y el pelo de Clay estaban mojados de sudor. El sol se estaba poniendo tras el granero y las sombras eran alargadas; pero Clay no podía dejar de sudar. Enfrente de él, a tan solo un metro de distancia, Semon Dye estaba fresco como una rosa.

Semon no dijo nada durante un rato largo. Se agachó más, de modo que el fondillo de sus pantalones rozaba el suelo cada vez que se movía. Se había acostumbrado a esa posición.

Tom, apoyado contra la chimenea de ladrillo, los miraba sin nada que decir. Hacía rato que había perdido todo lo que llevaba encima y sus bolsillos estaban vacíos.

—Me parece que hay algo que no funciona —dijo Clay desesperadamente—. No me parece que debiera perder tan pronto como los dados tocan el suelo.

Semon hizo sonar los dados agitándolos en sus manos ahuecadas y no prestó atención a Clay. Ni siquiera había oído lo que Clay había estado diciendo durante la última hora.

A este ya solo le quedaba un último dólar. Semon había estado doblando y redoblando las apuestas. Clay no podía entender como cien dólares podían pasar enteros de sus manos a las de Semon sin resultado alguno. Se trataba de más dinero del que normalmente ganaba durante un año cultivando.

Semon ganó el siguiente bote, como siempre. No había nada que Clay pudiera hacer para que dejara de ganar.

—Voy a darte una oportunidad de recuperar tu automóvil, Horey —le dijo Semon secamente—. No me gusta que cualquier hijo de mala madre me acuse de salir ganador de una partida sin darle una oportunidad al perdedor de desquitarse. No soy esa clase de jugador.

—Quizá sea mejor que abandone —dijo Clay—. He tenido la suerte en contra todo el día. Nunca en mi vida había perdido así. He ganado un poco, tres o cuatro dólares, y he perdido un poco, quizá cuatro o cinco. Pero nunca he perdido todo lo que poseía de esta manera.

—Es duro, Horey, pero no puedes discutir con los dados. Lo que dicen es lo que tiene que ser. Tampoco sirve de nada lanzar juramentos. Si te juegas algo, has de arriesgarte tanto a perder como a ganar.

—Quizá tenga suerte en otra ocasión. Ahora no vale la pena continuar. Acabaría perdiendo todo lo que poseo en este mundo.

Semon recogió los dados.

—Quiero darte una oportunidad de desquitarte —insistió—. No puedo terminar una partida sin darle al perdedor otra oportunidad.

—Pero es que no la quiero. Para empezar, no tengo nada más que jugarme. Y si lo tuviera, hoy no serviría de nada, porque no he hecho nada más que perder todo el condenado día.

—Pero la vas a aceptar de todas formas —expuso Semon mirándole con esos ojos

achinados cincelados en su cara curtida—. Vas a aceptar la oportunidad de desquitarte, Horey.

Clay se empezó a levantar. Notó como una mano lo empujaba de nuevo abajo. Miró a Semon. Este había sacado el revólver de su bolsillo y lo había colocado en el suelo, entre sus pies.

—Sé cuando me han limpiado.

—Vas a tirar los dados una vez más, Horey. Estoy decidido a darte la oportunidad de desquitarte.

Clay miró a Tom, pero no halló ayuda en él. Tom bajó los ojos. Contempló el revólver entre los pies de Semon y rehusó cruzar la mirada con Clay. No quería tomar partido en este asunto. Tenía miedo de Semon. Tras haber perdido sus cuatro dólares, ya no quería continuar.

—Quizá pueda probar una vez más —decidió Clay—, pero no tengo nada en este mundo que jugarme. Estoy limpio, no tengo absolutamente nada más.

—Puedes poner la granja. Es una buena apuesta contra el automóvil, estos treinta o cuarenta dólares y el reloj. Tu granja no vale para ti mucho más que eso. Y si ganas, todo será tuyo, incluidos todos estos billetes. Hasta recuperarías tu reloj.

—Ese reloj era del padre de Dene —dijo Clay.

—Me importa un carajo de quién fuera. Ahora es mío y tú vas a agitar los dados para ganarlo.

—No podría apostar las tierras de labranza —dijo Clay.

—¿Por qué no?

—Las tengo hipotecadas con el banco de McGuffin.

Semon pensó un rato. No sabía que la granja estaba hipotecada. Tenía que pensar rápido.

—Tienes algo más, Horey.

—¿El qué?

—Dene —dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia la maltrecha casa.

Clay se rio, pero su risa se convirtió pronto en cara de pocos amigos. Negó con la cabeza.

—No —dijo obstinadamente.

—¿Qué puñetas dices? —gritó Semon—. ¡O lo haces o te vuelo tus malditos sesos!

Cogió el revólver y levantó el percutor con un gesto de su pulgar tieso.

—Esperad, un momento, hombre —interrumpió Tom—. Esperad, un minuto.

Semon apuntó la pistola hacia Tom. Tom se sentó de nuevo.

—No señor —dijo Clay con firmeza—. Ahora sé que no voy a tirar los dados de nuevo.

Semon apuntó la pistola hacia su cabeza.

—Lo vas a hacer o las gallinas vendrán aquí en un minuto a picotear tus sesos.

—Supongo que debes de estar bromeando, Semon —dijo Clay frenéticamente—.

¿No querrás en serio que me juegue a Dene?

—Maldita sea, claro que sí —dijo Semon empujando el revólver hacia delante—. Lo que digo, lo digo en serio.

—¿No te das por satisfecho con mi automóvil, el reloj del padre de Dene y el dinero de Tom?

—Me has oído, Horey. Te he dicho que aproveches la oportunidad de desquitarte. Será la última vez que arrojes los dados. O todo, o nada. Si ganas, todos perderemos contra ti.

—No me gusta discutir contigo, Semon, pero no puedo jugarme a Dene.

—Está bien, Horey. Te he informado de lo que te haré si no lo haces. Si te largas sin tirar los dados, te reventaré las tripas y no lo digo en broma.

Clay miró desesperadamente a Tom en busca de ayuda. Pero por ese lado no iba a recibir ayuda alguna. Tom parecía asustado de ponerse de su lado. Él no tenía pistola, y Semon sí.

—No me importaría jugarme a Lorene —dijo Clay con esperanzas.

—No puedes jugarte algo que no te pertenece. Lorene no es tu esposa. Pero Dene sí. Tienes que jugarte a Dene.

—¿Por qué no te sirve Lorene?

—Ya te lo he dicho. Ella no es tu esposa. No te pertenece, y Dene sí.

—Me pertenecía —dijo Clay—. Es lo mismo. Ella es mi cuarta esposa.

—En este juego solo cuentan las esposas actuales. No puedes jugarte algo que no te pertenezca. ¿No es así, Tom?

Ambos se volvieron con avidez hacia Tom. Tom miró a uno, luego a otro. Quería ponerse del lado de Clay, pero no podía ignorar el revólver en la mano de Semon. Negó con la cabeza.

—La verdad, no sé qué decir —replicó—. Tendréis que arreglarlo entre vosotros. Yo no estoy en el juego.

—¿No tengo razón? —insistió Semon apuntándole con la pistola.

—Sí, tienes razón, predicador —dijo Tom lentamente.

—Está bien, pues —dijo Semon, volviéndose hacia Clay—. Ponla en el bote.

—¿Qué la vaya a buscar?

—No. Déjala en paz. Ponla en el bote.

—¿Cómo lo hago?

—Di que la pones en el bote.

—¿Y no me dejas que ponga a Lorene en su lugar?

—¡Ya me has oído, maldito bastardo! He dicho que pongas a Dene.

Clay se retorció. Su piel rezumaba sudor. De sus muñecas y la punta de la nariz caía agua.

—¿Qué piensas hacer con ella si la ganas?

—Eso no te importa un carajo —dijo Semon rotundamente—. Eso es asunto mío.

—¿No te irás con ella?

—Haré lo que me dé la maldita gana. Si la gano me pertenece. Si tú recuperaras el automóvil ¿no harías lo que te diera la gana con él? Bien, pues eso haría yo con Dene. Sería mía.

Mientras seguían discutiendo, Tom alargó el brazo para coger los dados y examinarlos más de cerca. Ya casi los tenía en su mano cuando Semon miró casualmente hacia abajo y lo vio. Sin dudarlo un instante abrió fuego y disparó a la mano de Tom. No había apuntado bien y la bala no le tocó. Antes de darle otra oportunidad de disparar, Tom ya había dado un salto atrás.

—Juro que no quería hacer nada, predicador —le suplicó Tom.

—Si vuelves a intentar coger esos dados, lo próximo que intentarás encontrar será tu propia cabeza. Te la arrancaré del tronco si vuelves a intentarlo.

Tom cayó junto a la chimenea mientras aseguraba a Semon que no intentaría coger los dados otra vez.

Semon le lanzó una mirada.

—Ocúpate de tus asuntos y yo me ocuparé de los míos.

Le pasó los dados a Clay.

—Te toca —dijo—. No voy a estafarle el turno a nadie. Agita los condenados dados, Horey, y arrójalos.

—¿Por todo lo que está en juego?

—Por todo —replicó, asintiendo.

Clay echó una ojeada a los dados que tenía en la mano. Su peso le extrañó, pero no se atrevió a comprobar si estaban equilibrados. Los agitó en su mano derecha, escuchando el ruido que hacían cuando chasqueaban el uno contra el otro.

—Lánzalos, Horey —le ordenó Semon.

—¿Dene está en el bote?

Semon asintió impaciente.

—Ella es tu apuesta.

—¿Toda ella de una vez?

—Todo a una jugada. El ganador se lleva todo lo apostado.

Empezó a amontonar la plata y los billetes que había dentro del círculo, en el suelo.

—Juro por Dios que no quiero hacer esto —dijo Clay desesperadamente.

—Simplemente piensa en lo bien que te sentirás cuando ganes el bote y todo lo apostado, Horey. Por Dios, habrás recuperado todo y, para rematarlo, mis treinta o cuarenta dólares.

—No me importa tu dinero, lo único que quiero es a Dene y el automóvil.

—Está bien. Entonces lanza los dados y a ver qué sale. Alguien tendrá que salir ganador. —Al cabo de un rato dijo—: Y alguien va a perder. Es lo que pasa siempre.

Clay tiró los dados al suelo con dedos temblorosos. Cuando abrió los ojos, vio un ocho.

—Ahora, arremángate y lucha por el ocho —dijo Semon—. Ese es tu número.

Lucha por él, Horey.

Clay tiró una segunda vez. Salió un cinco. Empezó a sudar otra vez.

—¡Dales caña a esos dados, Horey! —gritó Semon. Tenía las manos y rodillas apoyadas en la arena; su cara estaba apenas a doce centímetros del suelo.

El siguiente número fue un seis. La cara de Clay empezó a quedarse blanca y notó un sudor frío como el hielo que le corrió por el cuello y el pecho. Tuvo escalofríos en medio de tanto calor.

Levantó la mano por encima de la cabeza. Estaba listo para tirar una última vez.

—¿Cuál es mi punto?

—El ocho es tu punto, Horey. Intenta sacarlo.

Clay tiró y cerró los ojos cuando los dados abandonaron su mano. Tenía miedo de mirar.

Hubo un intervalo de silencio. Incluso Semon no dijo nada. Los dados estaban entre los dos hombres, en la arena dura y blanca.

—¿Has ganado? —preguntó débilmente Clay.

Abrió los ojos y por primera vez miró hacia el círculo que tenía delante. El número era un siete.

—¿Que si he ganado? —repitió Semon—. ¿Que si he ganado? ¿De qué demonios hablas? Pues claro que he ganado. No has tirado un ocho, ¿no? Bueno, pues el ocho era el punto que tenías que lograr. Esto me convierte en ganador.

Clay se puso de rodillas.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Con qué?

—Con el automóvil y con... y con...

—Lo primero que voy a hacer es irme allá y echarle una ojeada a mi nuevo automóvil. Hace ya un año que necesito un automóvil nuevo. Esa chatarra de ahí delante es perfecta para una acequia. Llévalo a uno de esas acequias y empújalo abajo, Horey. Evitará que las lluvias se lleven tus tierras la próxima vez que haya tormenta.

Tom se levantó y se dirigió hacia el jardín delantero. Dobló la esquina de la casa y caminó aprisa hacia su coche que estaba junto al magnolio. Arrancó y ya estaba de camino a casa antes de que Clay o Semon se dieran ni siquiera cuenta de que había desaparecido.

Semon volvió a meterse el revólver en el bolsillo. Los dados los metió en el bolsillo de la chaqueta. Clay se quedó mirándolo, notando el peso muerto de sus manos y brazos colgando a ambos lados. Cuando Semon terminó de sacudirse el polvo de la ropa, se dirigió al cobertizo junto al granero. Clay lo siguió.

El automóvil que le había ganado a Clay satisfizo del todo a Semon. Tenía unos neumáticos relativamente nuevos y uno de recambio igual de bueno. La pintura era la original y conservaba su lustre. La capota estaba en perfectas condiciones. Se subió al coche y lo puso en marcha. No se oía ni un cojinete suelto. Tras escuchar el zumbido

durante un rato, bajó del automóvil y se metió la llave en el bolsillo.

—Te estoy muy agradecido —dijo saliendo del cobertizo—. Te estoy pero que muy agradecido. Es un coche muy bueno por ese dinero.

Semon se encaminó hacia la casa. Clay fue con él, corriendo detrás a pasitos cortos para mantener el ritmo de los largos pasos de Semon.

Cuando llegaron a la esquina de la casa, Clay tiró del brazo de Semon. Se detuvieron, cara a cara, y Semon se inclinó para mirar directamente a los ojos de Clay.

—¿Qué quieres, Horey?

—¿Qué pretendes hacer ahora?

—Nada. ¿Por qué?

—¿Pretendes entrar en la casa?

—Quizá sí, quizá no. Aún no lo he decidido.

—¿No irás a entrar en el cuarto de Dene?

—Cálmate, Horey, cálmate.

—Dene es mi esposa...

—Bueno, ¿y a mí qué me importa?

—Bueno, Dene es mi esposa ahora, y maldita sea mi estampa si permito que te pienses que puedes reclamarla. No voy a consentirlo. No quiero ser desagradable, solo te digo que te detengas si es eso lo que quieres hacer.

—No me vengas con lloriqueos, Horey —dijo Semon con brusquedad, empujando a Clay con un amplio movimiento de su mano—. Tú has perdido. Yo he ganado. No hay nada más que decir.

—Deberías sentirte satisfecho llevándote a Lorene. Tómala a ella, si quieres a alguien. No me importa que te la lleves. Pero no vas a hacer nada con Dene.

—Un lloriqueo más como este, Horey, y te vuelo la tapa de los sesos.

—Esos dados tuyos, ¿no estarán trucados?

—Estos son mis dados, y no he de darte explicación alguna sobre ellos. Te metiste en el juego sin que nadie te obligara. Ahora, sal del juego y quédate afuera. Ya he oído suficientes lloriqueos.

Subieron los escalones del porche y cruzaron juntos el vestíbulo. Semon miró detrás de cada puerta que pasaron. Cuando llegaron a la habitación de Clay y Dene, Semon se detuvo y vio a Lorene y Dene. Sonrió, las saludó con la mano y entró.

—Quizá sea mejor que se lo expliques tú, Horey, o no se lo creará —le dijo a Clay—. Ve y explícaselo.

Clay se sentó en la silla, secándose el sudor de la cara.

—Anda, habla, o tendré que hacerlo yo —le instó Semon.

—Hemos estado jugando una partida de dados en el jardín, Dene —empezó—. Los tres, Semon, Tom y yo. Semon nos ha limpiado. He tenido que poner el coche y lo he perdido. Luego Semon me obligó a...

—No te pares —dijo Semon.

—Semon me obligó a ponerte a ti como apuesta, y volví a perder.

Lorene se puso de pie como un rayo.

—Eres un sucio bastardo, Semon Dye —le gritó—. ¡Eres un gusano sinvergüenza!

Semon se rio de ella.

—Fue una partida de dados justa —dijo lentamente—. Clay tenía tantas posibilidades de ganar como de perder. La cosa es que él ha perdido y yo he ganado. Así van las cosas cuando se juega.

—¡Pero a ella no la vas a tomar! —gritó Clay poniéndose de pie—. Ahora inténtalo a ver si puedes.

Semon sacó su revólver y apuntó a Clay. Antes de que pudiera disparar Lorene le bajó el brazo de un golpe. Cuando lo volvió a levantar para disparar, ella se lanzó contra él con uñas y dientes, mordiéndole el brazo y arañándole las manos. Él gritó de dolor y soltó el arma. Trató de darle patadas, pero ella estaba aferrada a él.

Hubo tiempo de sobra para que Clay cogiera la pistola que estaba en el suelo, a los pies de Semon, pero en lugar de cogerla, corrió al otro lado de la habitación, donde estaba Dene. La cogió por el brazo y la estaba empujando por la puerta cuando oyó el grito de Semon. Semon le ordenó que se detuviera.

Clay se volvió y vio como Semon recogía la pistola y le pegaba a Lorene en la cabeza con la culata. Ella cayó al suelo inconsciente.

—Vuelve adentro —dijo Semon—. Quería resolver esto pacíficamente, pero parece que vosotros, hijos de mala madre, no actuáis como la gente blanca. Ahora, vuelve y no se te ocurra hacer nada contra mí.

Clay volvió a entrar tal como le había ordenado Semon, con Dene aferrada a su brazo.

—Horey, ve a esa esquina —dijo Semon—, y quédate ahí hasta que te diga que puedes salir.

Después de que Clay le obedeciera, Semon puso la pistola sobre la mesa y recogió a Lorene y la llevó a la cama.

—Ahora, cuando decidáis actuar como gente blanca, hacédmelo saber, y os dejaré en paz. No me gustaría tener que disparar sobre alguno de vosotros si no hay verdadera necesidad. Así que decidios a actuar de manera natural y yo estaré encantado.

Nadie le respondió y Semon fue a sentarse en la cama. Miró a Lorene un momento. Jadeaba y sus ojos empezaron a parpadear. La miró con calma mientras ella recobraba poco a poco el conocimiento.

Lorene se dio la vuelta y abrió los ojos. Durante unos minutos no supo dónde se encontraba, y cuando reconoció la habitación, no pudo recordar qué había pasado.

En el lado opuesto, Clay se había calmado. El sudor de la cara y el pecho se había secado y ya no notaba la cabeza caliente.

—Haré un trato contigo, Semon —dijo lentamente, alargando cada palabra.

—¿Cómo? —preguntó, Semon apartando la mirada de Lorene para mirarlo a él.

—Me endeudaré para recuperarla... a Dene, me refiero.

—¿De qué manera? —preguntó Semon, interesado en la propuesta.

Clay cruzó la habitación y se puso delante de él.

—Iré al pueblo y pediré dinero para comprártela si la dejas en paz ahora.

Semon se puso de pie y bajó la mirada a Clay.

—¿Cuánto puedes pedir?

—Quizá pueda pedir un adelanto de cien dólares sobre la cosecha del año próximo.

Semon se metió el revólver en el bolsillo.

—¿Crees que podrás embolsarte tanto dinero?

—Puedo intentarlo —dijo Clay con avidez.

—Está bien —decidió Semon—. Es una ganga. Ve a buscar los cien dólares y dámelos antes de mañana por la noche. Yo te la devolveré. Me parece un trato justo.

Clay le agarró el brazo.

—¿No me estarás mintiendo? ¿Dices la verdad?

—Te lo juro ante Dios, Horey.

Clay corrió hacia la puerta con tanta prisa que ni siquiera se detuvo a mirar a Dene.

—¿Adónde vas? —le gritó Semon, siguiéndole hasta el vestíbulo.

Clay no se detuvo para responderle. Corrió hacia el porche y bajó los escalones traseros.

—Me voy a McGuffin a buscar el dinero —le gritó a Semon.

Trece

Aquella noche, después de cenar, Lorene cogió la botella del medicamento que estaba en el estante de la cocina y bajó a casa de Susan. Pretendía dar instrucciones a Susan para que Vearl tomara varias dosis todos los días, así como para que se ocupara de que le viera un médico en McGuffin después de que ella se hubiera ido. Lorene sabía que podía confiar en una mujer para que se lo fuera recordando a Clay hasta que lo llevara. Ya había hecho planes de irse el lunes a Jacksonville con Semon.

Semon y Dene estaban solos en la casa. Al principio, Dene tenía miedo de mirarle. Pero luego, después de que le hablara con ternura, ya no se mostró tímida. Semon la hizo sentir, por primera vez en su vida, como si fuera una dama.

—Me gustaría hablarte sobre tu alma, Dene —le dijo al principio—. Puedes hablarme sin temor, sabiendo quién soy. Soy un hombre de Dios, Dene.

Dene inclinó la cabeza para ocultar el rubor de su cara. No sabía qué decir. Cuando él dejó de hablar, ella notó por primera vez un cosquilleo que le recorría todo el cuerpo. Esa sensación la asustó.

—Habla, Dene —la animó, acercando su silla al lado de ella—. No temas desahogar tu alma en presencia de un hombre de Dios.

—Siempre he tratado de hacer lo correcto —dijo—. No quiero ser mala.

—Todos somos perversos, Dene. No hay hombre ni mujer en todo el mundo que no sea perverso. Pero sé que tú no lo quieres ser. Por eso me he ofrecido a ayudarte, quiero ayudarte. Puedes confiar en mí, porque por eso he venido aquí.

—¿Es correcto explicárselo a usted?

—Dene, no tengas miedo. Lo que tú me cuentes no lo sabrá nadie más que yo y Dios. Tu alma te agradecerá que me digas lo que te preocupa.

—Nada me preocupaba hasta que llegó usted. Pero ahora me siento como si hubiera sido muy perversa.

—Eso es tu conciencia que te duele, Dene. No volverás a ser feliz hasta que te abras y me lo cuentes todo.

—Siempre he intentado ser buena —dijo en voz baja—. Mi madre me enseñó a ser buena y creer en Dios. Me dijo que nunca dejara que el demonio me tentara.

—¿De qué clase de tentación hablaba, Dene?

—Ella me dijo que era perverso amar a Clay antes de que nos casáramos.

Semon se reclinó hacia atrás y pensó durante un instante, sosteniéndose el mentón con la mano.

—Eso está mal, Dene. Muy mal.

—Pero eso no es todo, señor Dye —dijo ella rápidamente—. Hay mucho más que aún no le he dicho.

—¿Más? —dijo—. ¿Has pecado aún más, Dene?

—Sí, señor —dijo ella.

—¿Quieres decir que has pecado más de una vez?

—Sí, señor. Fui perversa en otra ocasión.

Semon arrastró la silla para acercarse más y tomó las manos de ella entre las suyas. Le dio unas palmaditas suaves, acariciándole las manos y los brazos con sus enormes palmas y dedos. Al principio, ella quiso alejarse de él, pero él negó con la cabeza.

—Quiero que me lo expliques, Dene. Tengo derecho a saberlo. Soy un hombre de Dios. He venido para ayudarte. Debes explicármelo todo antes de que sea demasiado tarde. Si fueras a morir mañana, irías directa al infierno. Tan seguro como que los ríos alcanzan los mares. Pero después de que me lo expliques, ya no tendrás de qué preocuparte.

—Pues, yo quiero explicárselo todo, señor Dye. No estoy acostumbrada a hablar con hombres, excepto con Clay, y tengo un poco de miedo. Pero usted es predicador y sé que se lo puedo contar. Soy muy mala.

Él le acarició los brazos, desde las muñecas hasta los hombros, frotando la piel curtida de sus dedos por toda la delicada carne.

—Ahora, Dene, tendrás que explicarme la verdad sobre lo que voy a preguntarte. Solo me servirá la verdad. Si me mientes, el Señor te condenará eternamente al infierno. ¿Estás dispuesta a decirme la verdad, Dene? Recuerda, no te lo pregunto como hombre. Es como predicador que debo obtener una respuesta sincera.

—Le diré la verdad sobre todo, señor Dye. Tengo tantas ganas de decirla. Sé que no seré capaz de volver a dormir si no se la digo. ¡He de decirle la verdad!

—Dene. ¿Es Horey el único hombre con quien has estado? No lo olvides, no puedes mentirme. Soy un hombre de Dios.

—¿De qué me está hablando?

—Tendremos que hablar claramente sobre esto, Dene. Debo preguntártelo sin rodeos, y tú has de responder igual. No tengas miedo, porque Dios espera oírte.

—Se lo diré, señor Dye.

—¿Has admitido a algún otro hombre aparte de Clay Horey?

—Se refiere a... ¿dentro de mí?

—A eso mismo me refiero. Eso es exactamente a lo que me refiero.

Ella se apartó de Semon y trató de mirar al otro lado de la habitación. Estuvo callada durante tanto rato que Semon pensó que se negaba a responder. Él le cogió los dos brazos y le giró la cara para que lo mirara. Una vez más, empezó a acariciar lentamente sus brazos desnudos.

—Una vez —susurró ella, mirando al suelo.

—¿Cómo es que solo una vez, Dene?

—Solo me pidió una vez, señor Dye.

—¿Por qué no te lo pidió más veces ese bastardo? ¿Qué le pasaba, Dene?

Semon temblaba por el enfado.

—Estaba asustado, señor Dye.

—¿Asustado de quién? ¿De qué?

—Asustado de Clay, y porque yo era blanca.

Semon la sacudió haciéndole daño.

—¿Acaso no era blanco?

—No —dijo Dene.

Semon se puso de pie y tiró de ella. Al tropezar con una de las sillas, él le dio tal patada que la envió al otro lado de la habitación. Luego rodeó a Dene con sus brazos y la sujetó con fuerza mientras la acariciaba con sus manos ásperas.

Al cabo de un rato le levantó la cabeza y la miró a los ojos. La cabeza de Dene estaba apoyada contra su pecho, así que ella tenía que mirar recto hacia arriba para poder verle la cara a él.

—No era un hombre blanco —dijo lentamente Semon.

—No pude evitarlo, señor Dye, no pude, de verdad.

—¿Por qué no pudiste? Podías correr, ¿no?

—Pero es que no quería correr —dijo ella, bajando la cabeza y apoyándola contra su pecho—. Yo quería que él lo hiciera.

—Has amado a un negro —dijo él, mirándola.

—Sí —dijo ella—. Él me gustaba.

Semon siguió sujetándola con fuerza entre sus brazos. Una vez ella quiso soltarse, pero él la apretó implacable contra su cuerpo.

—Esto es muy serio, Dene. Es muy serio. No sé lo que Dios hará al respecto. Pero rezaré por ti, y tú debes rezar también. Algún día Él te perdonará. Él siempre perdona a las personas que se arrepienten. Pero no por eso deja de ser serio. Esto de las muchachas blancas que yacen con negros debería parar. Pero parece que esto va cada vez a peor. He conocido muchos casos como este. No sé qué pasa. Todas saben que está mal, pero o no pueden, o no quieren dejarlo, ni por salvar sus almas de ir al infierno. No sé qué vamos a hacer al respecto. La ley no ayuda porque nadie le presta atención. Opino que una muchacha blanca debería limitarse a los de su propio color. Ya hay suficientes mulatos en todo el país, y cada día nacen más y más. Si esto sigue así, al final todos seremos del mismo color amarillento.

Dene había empezado a llorar y trató de separarse de Semon con fuerza. Quería correr y esconderse de él para que nunca más la viera. Sabía que había cometido un pecado. Estaba convencida de que era el peor pecado que jamás hubiera podido cometer.

—Debes hablarme de ello, Dene —le dijo—. No puedes callar sin terminar. A Dios no le gustaría.

Él se sentó en la silla y tiró de Dene hacia él. Por un momento, Dene se quedó de pie delante de Semon, que la sujetaba con fuerza entre sus piernas estiradas. Ella no se dio cuenta de que la estaba sentando sobre su regazo hasta que abrió los ojos y lo vio levantarla y colocarla sólidamente sobre él. Semon colocó un brazo alrededor de su cintura y el otro alrededor de sus piernas para que no pudiera saltar y escapar.

—Fue Hardy —lloró ella—. Le dije que podía poseerme. No quiso hacerlo y yo

no le dejé marchar. Cerré la puerta y no le dejé salir. Entonces le hice entender que tenía que hacerlo. Tenía miedo, pero le obligué a quedarse.

—¡Hardy! —dijo Semon con una voz procedente de lo más recóndito de su garganta.

—Sí, Hardy Walker. Me tomó aquí mismo, un día, después de cenar. Clay había salido al campo, pero a mí no me importaba que regresara. Tenía que poseer a Hardy. Lo tenía que poseer y no me importaba lo que ocurriera. Amaba a Clay, le sigo amando, pero no podía evitar poseer a Hardy. En aquel momento no era un mulato. Era un hombre. Por eso no quise que parara. Fue algo de lo más extraño.

Semon se quedó sin habla durante varios minutos después de acabar ella su relato. Ya había escuchado confesiones de mujeres en otras ocasiones, pero ninguna como esta. Dene le había contado lo que otras muchachas y mujeres se callaban.

Ella lloró más fuerte. Trató de soltarse de sus brazos, pero Semon no la dejaba. La sujetó con más fuerza que nunca por la cintura y las piernas.

De repente ella se puso a gritar en sus oídos.

—¡Usted me ha hecho decírselo!

—La confesión es buena para el alma, Dene —dijo enseguida.

La apretó contra él y la besó en las mejillas, el cuello y finalmente los labios. Cuando la soltó, ella no se movió. Al cabo de un rato, él le levantó la cabeza y la miró. Ella no supo si reír o llorar. La besó de nuevo, y entonces ella le ofreció sus labios.

—Creo que puedo salvarte, Dene —dijo él con voz ronca.

Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Voy a salvarte. No voy a dejar que Dios te condene.

Ella abrió los labios como para responderle, pero no le llegó sonido alguno a sus oídos.

—El lunes por la mañana me iré y quiero que vengas conmigo y trabajes para el Señor. Esa es la única manera en que podrás salvarte, Dene.

—Amo al Señor —dijo Dene excitada.

—Tú serás uno de sus ángeles.

—¡Amo tanto al Señor que me duele!

—¡Alabado sea el Señor! —le dijo él, besándola.

Cuando la puso de pie y él se levantó, ella se agarró a él con frenesí. Él cruzó con ella la habitación y la colocó sobre la cama. Ella se quedó echada con los ojos abiertos mientras él la rodeaba con sus brazos y la besaba hambriento.

—Nos iremos el lunes —repitió—. Prepárate para partir temprano, Dene. Tendrás que trabajar para el Señor si quieres salvarte. Rezaré por ti todo el tiempo.

—¡Amo al Señor!

Semon colocó el revólver sobre la mesa, junto a la cama, y fue a apagar la lámpara. Regresó, se arrodilló junto a la cama y buscó los labios de ella con los suyos.

El cuerpo de Dene tembló cuando él la tomó en sus brazos y la acarició con sus manos.

—No me tengas miedo, Dene —dijo con voz ronca—. No te haré daño. Soy un hombre de Dios.

Cuando ella ya no pudo esperar más, le rodeó la cabeza con sus brazos y lloró histérica.

—¡Amo al Señor! —gritó en la habitación oscura.

Catorce

Clay regresó a la mañana siguiente un poco después de las nueve. Había estado fustigando a la mula con una vara de nogal desde McGuffin, pero el animal seguía negándose a ir más rápido. La bestia seguía fresca y nada agobiada. Clay estaba hecho polvo.

A cuatrocientos metros de distancia de la casa pudo ver a Semon sentado en el porche delantero. Entonces, al ver el granero, la mula empezó a ir incluso más despacio en lugar de caminar más rápido. Clay se echó a la carretera e hizo el resto del camino corriendo. Dejó que la mula regresara sola.

Nadie salió a recibirle, pero estaba demasiado excitado para darse cuenta.

—¡Aquí está! —gritó, agitando un puñado de billetes verdes por encima de su cabeza.

Semon se había olvidado de por qué había ido Clay al pueblo, pero cuando vio el dinero lo recordó todo.

—Lo tengo —dijo Clay, subiendo los escalones corriendo—. Hasta el último penique. Estoy listo para pagarte, Semon.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó Semon con recelo, levantando la mano para coger la mano de Clay y acercársela.

—¿De dónde?

—Sí, ¿de dónde? No voy a aceptar dinero robado y que me encierren en uno de esos calabozos de pueblo. ¿No habrás robado una tienda o atracado un banco para obtenerlo, verdad?

—Pues claro que no —dijo Clay, demasiado excitado para sentarse ni quedarse quieto—. Lo he pedido adelantado en el almacén de los granjeros por la cosecha de algodón del año que viene. He firmado yo mismo. Yo no robaría dinero.

Semon tenía la muñeca de Clay agarrada e intentó coger el dinero con la otra mano. Clay apartó la mano para que no lo alcanzara.

—Espera —dijo, negando con la cabeza—. Darte el dinero tal cual no es un buen negocio. Lo sé. Tienes que eximirme de todas mis deudas y devolverme a Dene. Esa es la manera justa de hacer las cosas.

—¿No te fías de un hombre de Dios?

—Un momento —dijo Clay—. Quiero saber exactamente qué clase de predicador eres. He ido preguntando a la gente de McGuffin y me han dicho que han oído hablar mucho de ti, pero que jamás te han puesto la vista encima. Cuando les he dicho que has estado tonteando aquí, en Rocky Comfort, primero con Sugar, y luego tragando licor de maíz, y ahora jugando a los dados, me han respondido que pareces el predicador más maldito del que jamás han oído hablar. Les he explicado que eres un verdadero predicador ambulante, pero apenas he convencido a nadie.

—¿Dudas de mi palabra?

—¿Yo? No sé qué decir. Son otros los que han dicho eso sobre ti. Pero, de todos

modos, ¿qué clase de predicador eres?

—Dios me ha llamado a predicar ante los pecadores —dijo Semon muy serio—. Esa es la única explicación que he de dar a los blancos. Si la gente no me cree, entonces sé que el demonio está dentro de ellos.

Clay acercó una silla mientras sujetaba el dinero con fuerza en su puño. Lo miró detenidamente, parpadeando ante tantos billetes verdes manchados.

—¿Sigues pretendiendo predicar el domingo en la escuela? —dijo, volviéndose hacia Semon.

—Por supuesto —dijo solemnemente Semon—. Eso es lo que el Señor me dijo que hiciera al volver a Georgia. No estaría aquí sentado si Él no me hubiera dicho que me diera prisa y viniera.

—Que me aspen si no eres persistente hasta el agotamiento. Jamás he visto a nadie que siga dale que dale como tú.

—¿A qué te refieres?

—Tienes un automóvil nuevo, el reloj del padre de Dene y estos cien dólares que estoy a punto de darte y no veo por qué no te largas ya a otro sitio.

—El domingo voy a predicar —dijo Semon obstinadamente—. Nada me impedirá hacerlo, lo haré contra viento y marea. He venido aquí para salvar a los pecadores, y los voy a salvar incluso si para ello he de tirarme al suelo y alcanzar a ver la luz junto a ellos.

—En fin, aquí lo tienes —dijo Clay pasándole a regañadientes los billetes—. Supongo que ahora dirás que ya no dispones de Dene.

—¿Yo? —dijo Semon. Agarró el dinero y empezó a contarlos enseguida.

—Sí, tú —repuso Clay con amargura—. Ya me estoy cansando de tenerte por aquí. Si he de ver la luz con tu ayuda, he llegado a un punto en que ya no me importa si la llego a ver o no.

—Esa no es manera de hablar, Horey —dijo Semon deteniéndose para mirar a Clay. Puso los dedos entre los billetes por el punto donde había dejado de contar—. Actúas como si te hubiera hecho algo malo.

—No es eso, sino más bien otra cosa. No estoy convencido de que seas un predicador.

—Entonces el Señor te habrá oído.

—¿Seguro?

—Seguro. Has de tener cuidado con lo que dices.

Clay reflexionó unos instantes. Miró al otro lado del jardín, hacia el bosque tras el cual se escondía Rocky Comfort.

—Pero no eres un reverendo, ¿verdad? —preguntó Clay.

—No —dijo Semon—. No lo soy. Dejo eso para otras personas que deseen hacerse llamar así.

—Entonces, ¿qué clase de predicador eres?

—Soy un predicador seglar.

—¿De verdad?

—Sí, soy de esa clase.

—¿Es eso distinto de los verdaderos predicadores?

—¿Qué verdaderos predicadores?

—Los reverendos.

—Esos predicadores no conocen al Señor mejor que yo. Yo me gano la vida donde puedo, y esos otros se quedan en un mismo sitio siempre. Esa es la única diferencia. Y con el Señor no hay diferencia. Todos somos predicadores a sus ojos. No acepto que ningún predicador me mangonee, ni reverendo ni seglar.

—Imagino que hoy descansarás para poder predicar bien mañana en la escuela —dijo Clay—. No me perdería esa sesión por nada del mundo. Siempre he dicho que me gustaría vivir para ver como un predicador hace que el diablo ponga los pies en polvorosa. Imagino que eso es lo que pretendes hacer mañana.

—Siempre le doy al demonio una buena paliza —dijo Semon—. No solo mañana, sino cada vez que predico, lo aplasto contra el suelo hasta que chilla capitulando. Mañana también chillará.

—Quizá expulses al demonio de Rocky Comfort para siempre. Eso estaría bien. La gente de aquí siempre ha tenido el demonio dentro. Parece que siempre quieren ver hasta dónde llega su perversión. Tendrás que predicar muy bien para hacer que abandonen sus costumbres.

—La gente de aquí no es diferente de la del resto del país. El demonio está en toda Georgia. No importa adónde vayas, siempre puedes ver aparecer su cabeza brillante.

—¿El demonio tiene la cabeza brillante? —preguntó Clay.

—¿Que si la tiene? Como una cabeza calva untada de grasa.

—¡No me digas!

—Y además es roja.

—¡Vaya hombre! No lo sabía. De alguna manera me imaginaba que el demonio parecería... bueno, a decir verdad, Semon, no tengo ni idea de qué aspecto tiene.

Para entonces, Semon ya había terminado de contar el dinero. Lo tenía en su mano, lo miraba, lo agitaba y lo tocaba con sus dedos. Fue con renuencia que se lo metió en el bolsillo, fuera de las miradas ajenas.

—Quizá deberíamos pasarnos por la escuela para que le echés un vistazo al local —sugirió Clay—. Así sabrás qué terreno pisas y también qué esperar mañana.

—Está bien. Me gustaría verla. No he ido más lejos de la casa de Tom Rhodes desde que llegué aquí el miércoles por la tarde.

—Imagino que podemos ir en el automóvil —dijo Clay mostrando el camino hacia el cobertizo.

—Claro —dijo Semon—. Podemos ir en mi coche.

Subió, buscó la llave que se había metido en el bolsillo, y puso el motor en marcha. Clay se sentó al lado, en el asiento delantero, manteniendo la puerta medio

abierta y un pie en el estribo.

Semon manejó el automóvil sin problemas. Dio marcha atrás, lo sacó del jardín y giró hacia la carretera como si hubiera estado acostumbrado a conducirlo durante unos cuantos años. No tenían nada que decirse.

A unos noventa metros de la casa de Tom Rhodes, Semon redujo la velocidad. Miró hacia la casa y el granero, así como los excusados repartidos por todo el lugar sin ton ni son.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Clay mirando hacia donde miraba Semon y notando como el coche se iba ralentizando.

—Quizá no sea mala idea pararnos y hablar con Tom —dijo Semon—. No le he visto desde ayer.

Sin esperar a que Clay respondiera, viró hacia el camino de entrada y se dirigió hacia la verja del granero. Detuvo el coche, se metió la llave en el bolsillo, y bajó.

—No sé dónde puede estar Tom —dijo Clay caminando hacia el granero—. A veces se va al pueblo los sábados, pero a veces no.

—Su automóvil está en el cobertizo. Debe de estar por aquí.

El negro que trabajaba en la casa y el granero salió de uno de los excusados.

—¿Dónde está Tom? —preguntó Clay.

—Abajo, en el prado —dijo Frank, señalando más allá del jardín y el huerto—. Podrán encontrarlo allá abajo.

Saltaron la cerca del granero a la altura de la verja y cruzaron el jardín. Las verduras estaban maduras y crecían bien. Semon se detuvo y arrancó una zanahoria. Después de limpiarla de tierra con las manos empezó a comérsela a grandes mordiscos, haciendo crujir la pulpa entre las mandíbulas.

No vieron a Tom por ninguna parte en el prado, pero cerca del arroyo había un cobertizo para vacas. Se dirigieron hacia allá, pisando con cuidado por el sinuoso sendero de las vacas.

Al llegar a la puerta, Clay se detuvo y miró dentro. Ahí estaba Tom, sentado en un taburete, mirando por una grieta que había en la pared del cobertizo. No los había visto.

—¿Qué diablos estás haciendo espiando por esa grieta, Tom? —dijo Clay al entrar y pararse a mirarlo detenidamente.

Tom dio un salto y su cara se puso roja de repente. No sabía qué hacer para esconder el bochorno.

—Nada —dijo, tratando de reír.

Semon cruzó el cobertizo y se inclinó para mirar por la grieta. Miró durante varios minutos, cerrando un ojo, luego entrecerrando el otro.

—No veo nada más que el bosque de allá —dijo Semon poniéndose derecho y mirando a Tom. Seguía preguntándose qué sería lo que se podía ver a través de esa grieta.

Tom no trató de explicarse.

—¿Qué demonios pasa allá, Tom? —preguntó Clay. Se inclinó y miró a través de la grieta de la pared. Cerró un ojo, entrecerró el otro, pero seguía sin ver nada excepto pinos.

—¿Hay alguien allá, Tom? —preguntó Semon.

Tom negó con la cabeza, intentando no cruzar la mirada con ninguno de ellos.

—Simplemente vengo aquí a veces y me siento —dijo carraspeando, vacilando—. No tengo mucho que hacer, así que me siento y miro por la grieta. Antes solía encontrar cosas que hacer, pero ha llegado un punto en que prefiero quedarme aquí abajo.

—¿Y mirar a la nada? —preguntó Semon asombrado.

—Bueno, sé que no hay nada más que bosque. Eso, y algo más, no sé qué.

—¡Que me aspen! —dijo Clay—. No sabía que hicieras eso. No es muy razonable, ¿verdad, Tom?

—No —dijo Tom—. Imagino que no es muy razonable. Pero lo hago igualmente.

Semon se sentó en uno de los taburetes. Entonces vio la garrafa que llevaba todo el rato apoyada contra la pared.

—Supongo que vas a ser amable con nosotros y compartirás la garrafa, ¿no, Tom? —dijo.

—Para eso está. Sírvete.

Semon tomó un trago largo del *whisky* de maíz y dejó la garrafa algo bruscamente. Como no había suelo en el cobertizo, solo tierra pelada, no se rompió. Se pasó el dorso de la mano por la boca y lo lamió.

—Sírvete, Clay —dijo Tom—. Para eso lo hago. No tendría sentido prepararlo si nadie se lo bebiera.

Mientras Clay y Tom bebían de la garrafa, Semon se fue al taburete más cercano a la pared e inclinó la cabeza hacia la grieta. Se quedó sentado, mirando con el ojo entrecerrado durante varios minutos. Después, levantó la cabeza y miró a los demás con algo de vergüenza.

—¿Has visto algo? —dijo Clay.

—No demasiado.

—Entonces aparta y déjame echar una ojeada.

Clay se sentó y miró por la grieta. No había demasiado que ver excepto los árboles al otro lado del prado. La valla que bordeaba ese lado del prado era de alambre de espino; los postes eran de pino. Se fijó en todo de un vistazo, y no había nada más que ver; pero continuó mirando por la grieta como si viera algo que nunca antes en su vida hubiera visto.

—¿Adónde vais? —preguntó Tom a Semon.

—A la escuela. Ahí nos dirigíamos. Aunque supongo que no hay demasiado que ver allá.

—No —dijo Tom, moviéndose inquieto en el taburete—. No hay mucho que ver. Al menos yo no he visto nunca nada.

Se dio la vuelta para ver si Clay había dejado de mirar por la grieta. Tras esperar tanto como pudo, se levantó y se dirigió hacia él.

—¿Qué pasa? —preguntó Clay.

—Ahora me toca a mí.

Empujó a Clay del taburete, se sentó y apretó la cara contra la pared donde estaba la grieta. Movié la cabeza ligeramente hacia la izquierda, luego la bajó unos centímetros. Después se quedó inmóvil.

—¿Ves algo? —dijo Semon.

Tom no dijo nada.

—Creo que voy a tomar un trago ahora en lugar de esperar a más tarde —dijo Semon. Cogió la garrafa y bebió sin moderación.

Cuando terminó le pasó la garrafa a Clay.

—No tiene mucho sentido que vayamos ahora a la escuela —dijo Semon, haciendo un gesto con la cabeza a Clay—. No hay ninguna razón por la cual tengamos que ir.

—Seguro que está igual que la última vez que la vi —admitió Tom.

Semon caminó nerviosamente por el cobertizo de las vacas. Se detuvo junto a Tom.

—No acapares todo el rato —dijo empujándolo—. Deja que otro eche una ojeada de vez en cuando.

Tom se levantó y buscó la garrafa.

—No recuerdo cuándo me gustó mirar algo tanto como me gusta ahora —dijo Semon ajustando el ojo a la grieta.

Clay se apoyó contra la pared y sacó la armónica. Le dio unos golpecitos para sacar las hebras de tabaco y hierbas, y se la pasó rápidamente por la boca. El sonido fue como el de la rueda de un automóvil pinchándose.

Empezó a tocar *I've got a gal*.

Semon, con los ojos pegados a la grieta, empezó a marcar el ritmo con su pie en la tierra pelada.

—Es la grietecilla más condenadamente extraña del mundo —dijo Tom—. A veces vengo aquí y me siento en el taburete y miro a través de la grieta durante toda la mañana. No hay una maldita cosa que ver excepto los árboles de allá, y quizá los postes de la valla, pero por nada en el mundo dejo de mirar. Es lo más extraño que he visto en mi vida.

Semon se puso cómodo sobre el taburete.

—No hay una sola cosa que valga la pena ver —dijo Tom—, y por otro lado hay todo un mundo que ver. No hay nada como mirar a través de la pared del cobertizo. Te sientas un rato, y en cuanto te despistas, ya no puedes apartar los ojos. Atrapa a un hombre como nada en el mundo. Te sientas, forzando la vista y mirando árboles o algo, y quizá empieces a pensar en lo estúpido que es lo que estás haciendo, pero no te importa un carajo. Lo único que te importa es quedarte ahí y mirar.

Semon seguía marcando el ritmo de la armónica con ambos pies. Ninguno hacía ruido alguno sobre el suelo desnudo, pero lo marcaba igualmente.

—*She wore a little yellow dress...*

Clay tocaba como si la vida le fuera en ello, y Tom cantaba un verso de vez en cuando. Cuando no cantaba, tarareaba bajito.

Semon intentó alcanzar la garrafa de vidrio. Su mano iba haciendo círculos en busca del recipiente, pero no estaba a su alcance. No dejó de mirar por la grieta ni un segundo para ver dónde estaba la garrafa.

—No te puedo ayudar, predicador —dijo Tom—. Tendrás que venir y cogerla. Ahora me toca a mí mirar.

—... *those eyes were made for me to see.*

Tom cantó un verso y se detuvo para hablar de nuevo.

—Deberías dejar que los demás mirasen de vez en cuando, predicador.

Semon se levantó del taburete sin mover la cabeza. Se quedó de pie, inclinado hacia adelante, hasta que Tom lo empujó a un lado.

—*In the night-time is the right time...*

—Lárgate, predicador —dijo Tom dándole un último empujón.

Semon se sentó en otro taburete mientras se frotaba el ojo izquierdo cansado del esfuerzo. Parpadeó varias veces y volvió a marcar el ritmo con los pies.

Tomó un trago largo y colocó la garrafa al lado de Clay.

—Es la grieta más condenadamente extraña que he visto en mi vida —dijo Semon—. Puedes mirar por ella todo el día que nunca te cansas. Y puedes venir al día siguiente y te apuesto lo que quieras a que te gusta igual. Hay algo en lo de mirar a través de una grieta que no te proporciona ninguna otra cosa en todo el mundo.

Clay se había animado y ya no podía parar. La canción que estaba tocando ya hacía rato que la había acabado, pero el estribillo no tenía fin. No podía dejar de tocarla.

Finalmente, la armónica se llenó de saliva y tuvo que parar. Lamentó que la canción se hubiera acabado.

No obstante, Tom siguió tarareando la canción y concluyó con otro verso del estribillo.

—Ea, toca un poco más —dijo Semon—. Quiero oír esa pieza otra vez. No recuerdo haber oído nunca una armónica tan bien tocada.

—Me toca a mí mirar por la grieta.

—Toma, bebe otro trago y yo y Tom te daremos los siguientes dos turnos, en lugar de uno. Anda y toca esa bonita canción un poco más. Me da ganas de llorar, así de buena es, y me dan ganas de llorar ahora mismo.

Clay bebió y se pasó con rapidez la armónica por los labios. Esta vez sonó como aire entrando en un neumático.

Tom, con la cabeza apoyada con fuerza contra la pared del cobertizo, empezó a tararear de nuevo. Golpeó con sus pies el suelo, cogiendo el ritmo de la canción que

Clay estaba tocando.

—No ha habido nunca una muchacha igual en todo el mundo —dijo Semon. Los ojos se le llenaron de lágrimas y las gotas cayeron en el dorso de sus manos—. Si pudiera mirar por la grieta y verla, no pediría vivir más. Esta grieta es la cosa más condenadamente extraña por la que he mirado jamás. Me siento, y miro, y pienso en esa muchacha, pensando que quizá la vea después del siguiente parpadeo, y en todo ese tiempo lo que estoy mirando realmente es de lleno a la parte de atrás del cielo.

Caminó a grandes zancadas hasta la pared y empujó a Tom. Sin esperar a sentarse, pegó el ojo contra la grieta de la pared. Después se sentó despacio en el taburete.

—... *you're the prettiest one and the sweetest one.*

Tom se inclinó y cogió la garrafa. Tomó su trago y volvió a colocar la garrafa a los pies de Clay. Clay estaba demasiado ocupado como para pararse a beber.

—*When I'm loving you, I'm telling you...*

Semon se puso la mano en la cara y se secó las lágrimas de las mejillas.

—No sé lo que haría sin esa grieta en la pared —dijo Tom—. Imagino que me marchitaría y moriría, así de triste estaría. Vengo aquí, y me siento y miro, y no veo nada que no se vea mejor desde afuera, pero a mí no me importa. Es el sentarme aquí, mirando por la grieta hacia los árboles todo el santo día, lo que me conmueve. No sé lo que es, y puede que no sea nada si uno llega a entenderlo. Pero de todas formas, no se trata de entenderlo. Es solo lo de sentarse y mirar lo que me hace sentir que el cielo no puede estar tan condenadamente lejos.

Quince

Casi todo el mundo en Rocky Comfort se encontraba a las dos de la tarde del domingo en los terrenos que rodeaban la escuela. Algunas familias que vivían al otro lado del arroyo de Rocky Comfort habían partido temprano por la mañana en carretas tiradas por lentas mulas. Vadearon el arroyo que estaba a noventa metros por encima de la escuela y viajaron sentados en sillas que habían colocado en la plataforma de la carreta. Otros vinieron en automóviles. Muchos caminaron y algunos llegaron montados en mula.

Clay Horey y Dene llegaron con Semon y Lorene a la una. Habían sido los primeros en llegar, y Clay y Semon habían entrado y abierto el edificio y preparado las cosas para el servicio. Se trataba de una escuela con dos aulas y el aula más grande tenía dentro unos cuarenta pupitres. Al otro lado del aula había una plataforma donde se sentaba el profesor, y sobre ella había una mesa y dos sillas.

Mientras ellos estaban dentro, Lorene y Dene bajaron a la fuente a beber agua. Se quedaron ahí durante casi media hora.

Los terrenos de la escuela se llenaron pronto de tiros y carretas así como de mulas sin silla atadas a los árboles. Los automóviles los aparcaron en el claro arenoso que había entre el edificio y la arboleda. Había unas treinta o cuarenta personas, sin contar los niños pequeños y los bebés.

Semon y Clay salieron a la puerta principal y contemplaron a la multitud.

—Parece que la gente está hambrienta por oír un sermón —dijo Semon. Sus ojos barrieron todo el terreno—. El Señor sabía lo que hacía cuando me dijo que viniera a Rocky Comfort. Esta gente está lista para renacer. Salvarlos será tan fácil como caerse de un tronco.

—¡Caramba! —dijo Clay, riendo un poco—. Esto no es nada. La gente de Rocky Comfort va cuando sea, adonde sea, siempre que sucede algo. A ellos no les importa que sea una boda o un funeral, o incluso un simple y llano baile campestre.

—¿Un baile? —preguntó Semon.

—Claro.

—Tendré que acordarme de decir algo contra los bailes —dijo tomado nota mentalmente—. Eso es siempre un buen tema para la gente del campo.

Se retiró y se metió entre los grupos de personas, dándoles la mano y presentándose. Los hombres le dieron la mano sin dudarle, casi con avidez; pero las mujeres y las muchachas no se dieron tanta prisa por tocar su mano y le echaron ojeadas rápidas. Pero Semon sabía moverse con comodidad entre las mujeres. Es más, sabía cómo tratarlas y se ganó su interés. Al poco tiempo ya estaban todas riendo y aglomerándose a su alrededor.

—El predicador se ha alojado en tu casa, ¿verdad, Clay? —le dijo Ralph Stone.

—Ha estado con nosotros desde el miércoles —le respondió orgulloso Clay. Algunos hombres se acercaron para oírle hablar de Semon—. Imagino que cuando un

predicador viene a tu casa y se aloja en ella es algo de lo que vanagloriarse.

—¿Le habías visto antes? —preguntó Ralph.

—Nunca le había visto hasta que llegó el miércoles y se apeó.

Otro hombre se abrió paso a empujones entre la gente que rodeaba a Clay y Ralph Stone.

—El predicador es muy simpático con las mujeres, ¿eh, Clay? Miradlo como se mueve. Tiene a todas las muchachas riendo tontamente como si les hubiera tocado el trasero.

Todos se volvieron y miraron a Semon. Él estaba riendo y haciendo bromas con las mujeres y las muchachas, parándose de vez en cuando e inclinándose para mirar a un bebé que empezaba a caminar y tocarle la barbilla.

—A las mujeres les hace gracia cualquiera que tontea con ellas y los pequeños —dijo Ralph—. De nada sirve decirles algo luego. Simplemente debes dejar que todo siga su curso, igual que una dosis de aceite de castor. Ni el cielo ni el infierno pueden evitar lo que debe ocurrir.

Semon se estaba abriendo paso hacia la puerta de la escuela. Cuando llegó a los escalones, se detuvo y movió los brazos por encima de su cabeza, llamando a la gente para que entraran. Los hombres no se movieron, y las mujeres esperaron hasta que Semon hubo entrado. Entonces todas acudieron en tropel, como un rebaño de ovejas tratando de saltar por un hueco abierto en una valla.

—No sé de qué podrá hablar que nadie en Rocky Comfort no haya oído ya —dijo Ralph—. Imagino que sermoneará igual que hacen todos los predicadores ambulantes que han pasado por esta parte del país desde que yo era niño.

Tom Rhodes apareció por el sendero que venía de la fuente y se dirigió a su automóvil. Había estado esperando en la orilla del arroyo hasta que su mujer entró en la escuela.

Los demás hombres y muchachos mayores se adentraron algo más en la arboleda y se sentaron formando un círculo ancho, algunos apoyándose contra los árboles, otros en cuclillas, y todos se miraron unos a otros de manera cómplice, asintiendo.

—Ven aquí un momento, Clay —dijo entre dientes Tom, de pie detrás de Clay—. ¿Quieres ir a dar un paseo?

Clay asintió y abandonó el círculo. Siguió a Tom a su coche y le ayudó a sacar la garrafa del asiento trasero. La garrafa estaba escondida bajo el asiento, envuelta en una bolsa de loneta.

Los dos desaparecieron y se escondieron detrás de unos pinos a beber el *whisky* de Tom. Cuando tuvieron suficiente colocaron el tapón de corcho y cubrieron la garrafa con pinaza donde más tarde la pudieran encontrar.

Al regresar al claro pudieron oír un zumbido proveniente de la escuela. Las mujeres estaban haciendo lo posible por cantar una canción sin tan siquiera un violín de acompañamiento. Semon había sacado su diapason y había golpeado varias veces la mesa. La nota estaba bien, pero no podía mantener el tono. Las mujeres y las

muchachas cantaban tímidamente y la canción no llegó a sonar lo bastante alto como para que se oyera afuera, donde estaban los hombres.

En el sendero que llevaba a la fuente, dos muchachos estaban dándose una paliza, golpeándose con los puños. Los otros chicos habían tomado partido y animaban a los dos luchadores a seguir con la pelea. Los hombres oyeron lo que estaba sucediendo, pero no prestaron atención. Siguieron tallando, mascando, y escuchando la conversación entre Ralph Stone y Jack Rainwater sobre el mes adecuado para plantar maíz.

De vez en cuando, una de las muchachas o de las mujeres salía de la escuela llevando a un bebé berreante que se negaba a calmarse mientras Semon sermoneaba. Tras sacar al bebé a jugar un rato en la arboleda, era devuelto al interior al cabo de un rato.

—Me gustaría escuchar el sermón de Semon —dijo Tom. Se puso en cuclillas en el círculo—. No sé qué es lo que puede decir que no haya oído ya, pero me gustaría escucharle de todos modos.

Los demás dejaron de hablar para escuchar a Tom Rhodes.

—No hay ninguna ley que te impida entrar en la escuela y prestarle atención, Tom —le dijo alguien.

—No hay ninguna ley, pero no puedo entrar allá en pleno día. Imagino que tendré que esperar a que se haga de noche y entrar con todo el mundo.

—No se animará hasta las ocho de la noche —dijo Ralph—. Sería una pérdida de tiempo estar sentado ahí dentro mientras él siga poco animoso. He visto a predicadores ambulantes antes, y ninguno de ellos se anima y entra en calor hasta media hora después de anochecer. Es necesaria la oscuridad de la noche para que un predicador se suelte y empiece a sermonear como Dios manda.

Alguien estaba tirando unos dados sin ganas en el suelo. No ponía demasiado interés en lo que estaba haciendo y ni siquiera se había tomado la molestia de apartar la pinaza. A menos que alguien estuviera dispuesto a aportar unas monedas de diez centavos, no había demasiado incentivo en arrojar los dados al suelo para ver qué número salía. En cualquier caso, era demasiado pronto para empezar una partida.

De repente, la voz de Semon quebró el silencio y les martilleó los oídos. Nadie podía entender lo que estaba diciendo a tanta distancia, pero sonó como si estuviera gritándole a alguien que le hubiera hecho enfadar. Todos se volvieron y escucharon.

Dentro de la escuela la multitud de mujeres y muchachas permanecían inmóviles en los pupitres escuchando a Semon Dye. Este rompía el aire con sus explosiones. Agitaba los brazos y amenazaba con los puños a la cara de un demonio imaginario, y al final de cada pausa ponía énfasis en su mensaje golpeando la mesa del profesor que tenía al lado.

—¡Deberíais pararlo! No deberíais poder dormir por las noches pensando en lo que habéis hecho. Deberíais arrodillaros y rezar a Dios para que os perdone. Si no tenéis conciencia, entonces fabricad una. Eso es mucho mejor que no tenerla. Todo el

mundo debería tener una conciencia que le dijera que lo que hace es pecado. Yo tengo conciencia, y me enorgullezco. Le arrancaría el corazón al hombre o demonio que me la quisiera quitar. El mismo demonio es quien trata de que os avergoncéis de tener conciencia.

Las mujeres escuchaban atentamente. Semon aún no les había dicho sobre qué estaba dando su sermón, pero todas sabían que era algo que les interesaría. Esperaban ansiosamente a que les dijera de qué se trataba.

—Hay quien dice que solo los necios creen en Dios. Yo soy un necio en lo que a Dios se refiere. Y vosotras, ¿por quién soy necias?

Semon había estado predicando durante una hora o más y no mostraba signos de estar terminando. Cuanto más hablaba, tanto más gritaba; y cuanto más golpeaba la desvencijada mesa, tanto más interesadas estaban las mujeres y muchachas. Algunas de ellas que tenían bebés llorones dudaban si debían salir del aula y trataban de acallar a los niños hasta que finalmente Semon dijera de qué estaba hablando.

Se detuvo y respiró profundamente.

—Alabado sea Dios —dijo con voz ronca.

Las mujeres se relajaron por un momento, el tiempo suficiente para mirar de manera cómplice a sus vecinas.

Semon se sacó la chaqueta y la colocó en el respaldo de una silla. Hacía calor en la escuela. Afuera, al sol, las oleadas de calor subían desde el suelo hasta las copas de los árboles, y a la sombra era casi igual de insoportable. Las mujeres se abanicaban con hojas de palmera. Las moscas revoloteaban por encima de sus cabezas en monótonos círculos y bajaban perezosamente a posarse sobre los bebés.

Las moscas y escarabajos entraban y salían por las puertas y ventanas abiertas continuamente, y en las cuatro esquinas del aula colgaban peligrosamente los avisperos. Las paredes y el techo estaban salpicados de costras de barro alrededor de las cuales revoloteaban las avispas. De vez en cuando, una mujer se daba una palmada en la pierna —arremetiendo desesperadamente—, se levantaba el vestido por encima de las rodillas y se sacaba una hormiga roja que la había picado. Se rascaba la picada hasta que se ponía roja e inflamada, entonces se humedecía el dedo y frotaba la carne infectada e hinchada que tanto le escocía.

—Y eso me duele —dijo Semon—. Sí, me duele. Me duele como una herida sangrante. No encontraré la paz mientras piense en ello. Miro a todas estas bonitas caras delante de mí, en esta bella tarde de domingo. Miro la belleza de vuestros cabellos, vuestros ojos, vuestras caras y me duele el corazón. Sé que debajo de toda esta belleza hay almas pecadoras. Sé lo que pensáis. Sé que no siempre podéis seguir el camino recto. Sé que la tentación yace entre vuestros hermosos brazos. Lo sé todo. Por eso me duele. Y, ¡ah, cuánto me duele!

»Y pensar que debajo de estos bonitos vestidos que pasáis tanto tiempo lavando y almidonando y planchando, poniéndoles volantes y doblándolos... Y pensar que debajo hay un alma negra pecadora que silba perversamente como una serpiente

venenosa. Sí. Me duele. Casi me mata el mero hecho de pensar en ello. Por eso estoy aquí esta tarde. He venido aquí, a Georgia, para salvaros antes de que sea demasiado tarde. El Señor me dijo lo perversos que erais en Rocky Comfort y me dijo que hiciera todo lo posible por libraros del infierno. Os queremos en el cielo. Os necesitamos allí. Queremos a todas las bellas mujeres y muchachas de Georgia en el cielo. Allá arriba seréis incluso más bonitas que aquí abajo. Allá arriba brillaréis con la belleza de un alma limpia. Y me duele pensar que iréis directas al infierno. Es ahí adonde iréis si no cambiáis vuestro comportamiento antes de que sea demasiado tarde. Sí, me duele. ¡Ah, cuánto me duele!

Semon se detuvo y se secó la cara con su pañuelo. Oyó una avispa zumbando por su cabeza y se paró a escuchar lo cerca que estaba. La avispa dio vueltas alrededor de su cabeza. Semon se fue al otro lado de la plataforma y rezó para que la avispa se fuera y no le picara.

Todas las mujeres que tenía justo delante de él estaban quietas. Tenían miedo de moverse por si se perdían una palabra. Aún no les había dicho sobre qué, a favor de qué o contra qué estaba predicando. Y esa palabra era la que ellas estaban esperando. Varias metieron sus manos debajo de sus faldas y se rascaron las picaduras de hormiga sin ni siquiera mirarse las marcas. Semon ni siquiera había insinuado sobre qué estaba predicando. Sabían que tenía un pecado concreto en mente, pero con tantos pecados posibles, no era fácil determinar de cuál de ellos se trataba. Las había mantenido en vilo por miedo a que pudieran quedarse sin oírlo cuando llegara al punto del sermón en que explicaría todo lo que deseaban saber.

Los abanicos de hoja de palmera iban de un lado a otro delante de quince o dieciséis caras. Las hojas producían un crujido seco que sonaba como viento soplando a través de un cañaveral. Aparte de eso, y del frufrú ocasional de una falda almidonada que era levantada de un tirón por encima de las piernas picadas por las hormigas, no se oía ningún otro sonido molesto. Fuera del aula había muchos sonidos, pero nadie los oía. Todas prestaban únicamente atención a las palabras de Semon Dye.

Semon se había restablecido lo suficiente como para continuar donde lo había dejado unos minutos antes. Ya no oía el zumbido de la avispa en su cabeza y se sentía más relajado. Recuperó el hilo de su sermón y empezó a hablar con una voz tan baja que apenas se le oía. Las mujeres y muchachas dejaron de abanicarse con las hojas de palmera por miedo a perderse lo que iba a decir.

Afuera, debajo de los árboles, formando un círculo en la arboleda, los hombres permanecían sentados mirándose los unos a los otros. Cada vez que algunos de ellos rompían a hablar a la vez, podía oírse un murmullo ronco en el ambiente.

El sol ya se estaba poniendo tras los árboles. Hacía un poco más de fresquito que inmediatamente después del mediodía, cuando había llegado la mayoría, y ya no era necesario secarse el sudor.

Alguien se volvió y miró hacia la escuela. El hombre que estaba junto a Clay le

dio un codazo.

—¿No es ese el predicador en persona, saliendo por la puerta, Clay?

Clay se levantó para ver mejor.

—Supongo que debe de ser él.

Semon estaba caminando hacia la arboleda, llamando a Clay.

—Un minuto, Horey —dijo con severidad—. Me gustaría hablarte tan solo un minuto.

Empezó a hacer señas a Clay con la mano, instándole a que se diera prisa, y esperó donde estaba. Después de que Clay diera una docena de pasos, le volvió a llamar.

—También me gustaría decirle algo a Tom Rhodes.

—También te quiere a ti, Tom —dijo Clay—. Será mejor que vengas y veamos qué quiere.

Tom se puso de pie y abandonó el círculo.

—No dejes que el predicador te meta en ningún lío, Tom —dijo Ralph Stone.

Todos en el círculo se pusieron a reír.

—Basta un predicador para que haya alboroto —dijo alguien—. Supongo que todos son iguales. Una vez conocí a un predicador ambulante que era un redomado gamberro.

Clay y Tom se dirigieron hacia el patio de la escuela, donde estaba Semon. Este caminaba de un lado a otro con las manos a la espalda, como metido en sus pensamientos. No se dio cuenta de su presencia hasta que estuvieron a su lado.

—¿Qué pasa, predicador? —dijo Tom.

—Os nombro a ti y a Horey diáconos —dijo severamente Semon—. Esa es una confianza que no debéis descuidar.

—¿Qué tendremos que hacer? —preguntó Tom—. No estoy acostumbrado a estas cosas.

—Los diáconos recogen la colecta y vigilan el dinero hasta que pasa a mis manos.

—¿Piensas recoger dinero aquí?

—Sí señor —replicó con firmeza Semon—. Los cristianos siempre pagan al predicador.

—Entonces no conoces demasiado bien a la gente de Rocky Comfort —dijo Tom—. Esto es de lo que más se quejaba el último predicador que pasó por aquí. No hay mucha gente por aquí a la que le sobre el dinero como para darlo.

—Pondrán su dinero en la bandeja de la colecta —le aseguró Semon—. La gente siempre es muy generosa con el predicador. Siempre me ocupo de ello.

—¿Cómo tienes pensado que yo y Tom lo recojamos? —preguntó Clay.

—Traed vuestros sombreros adentro y hacedlos circular.

—Ah, así —dijo Clay—. Ahora entiendo lo que quieres decir. Pensaba que lo que habías dicho era que querías que forzáramos a la gente a dar dinero. Ya sé lo que es pasar el sombrero. Ya lo he hecho antes.

—Entonces todo claro —dijo Semon—. Ahora, tú y Tom entrad detrás de mí y pasad vuestros sombreros para recoger el dinero.

Se dio la vuelta y corrió escaleras arriba. No esperó a ver si le seguían.

Dentro del aula, Clay y Tom no supieron qué hacer. Se quedaron en el fondo, junto a la puerta, hasta que Semon subió a la plataforma. Les indicó que se acercaran a primera fila.

—Ahora es el momento del donativo —anunció Semon—. Los diáconos atenderán a la congregación.

Semon se sentó en la silla que había junto a la mesa y esperó a que Clay y Tom bajaran a la primera fila de pupitres y empezaran a recoger los donativos. Cuando se dio cuenta de que no bajaban, Semon les indicó con la mano que lo hicieran. Sin decir nada les mostró por dónde debían empezar: por las primeras mujeres de cada lado del aula.

Clay se fue a la esquina y sostuvo su sombrero encima del regazo de la mujer.

—Pon algo en el sombrero —dijo.

Ella negó con la cabeza.

—He dicho que sueltes algo —dijo bruscamente.

La mujer se puso roja y le dijo que no con la cabeza.

Clay giró sobre sus talones y miró a Semon para recibir instrucciones. Semon miró fijamente a la mujer durante un instante y luego asintió a Clay, indicándole que debía proceder con la siguiente mujer. Al otro lado del aula, Clay vio que Tom estaba teniendo los mismos problemas que él a este lado.

Pasó a la siguiente mujer y se quedó mirando a la señora Jones hasta que esta bajó la cabeza de vergüenza.

El sombrero estaba en la posición correcta, pero la segunda mujer no hizo ningún esfuerzo por dar nada. Clay empujó su sombrero contra el pecho de ella, instándola a que soltara algo de dinero. Ella negó con la cabeza y se puso a mirar en otra dirección.

—¡Mételo dentro! —le gritó Clay, enfadado—. El predicador quiere que se le pague por su sermón.

La mujer se puso roja y apartó la cara para evitar la mirada de Clay.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —dijo volviéndose para mirar a Semon—. Aún no he recogido un solo penique.

Para entonces Semon estaba dando vueltas con inquietud. No era capaz de quedarse sentado en la silla. Finalmente se puso de pie, dio unas zancadas hasta el borde de la plataforma y miró en dirección al sombrero de fieltro negro de Clay. No pudo ver una sola moneda en su interior.

—Parece que nadie va a soltar dinero en mi sombrero —dijo Clay.

Al otro lado del aula, Tom obtuvo más respuesta a la sugerencia de Semon de que debía ser pagado. Tom ya tenía dos monedas en su sombrero y las hacía tintinear cuando sacudía el sombrero delante de las fieles. Cuando llegaba delante de alguien

que conocía bien, se detenía y le decía algo.

A Clay le parecía que no valía la pena seguir adelante. Nadie le había dado ni siquiera un penique. Volvió a mirar a Semon y Semon le indicó que procediera con la mujer siguiente.

Clay empujó su sombrero debajo del mentón de la mujer. Ella volvió la cabeza, haciendo ver que no le veía allá, de pie, delante de ella. Eso enfadó a Clay. Golpeó a la mujer en el pecho con su sombrero dos o tres veces rápidamente, como si estuviera matando un avispon. Ella lo miró entonces por primera vez, llorando de miedo. Apretó ambas manos fuertemente contra su pecho, se levantó de un salto y huyó del aula.

Cuando se les hubo dado a cada mujer, muchacha y niña oportunidades suficientes de contribuir, Tom y Clay se dirigieron al fondo del aula, junto a la puerta y miraron sus respectivos sombreros. No había nada en el sombrero de Clay, pero Tom había conseguido varias monedas. Se las enseñó a Clay y esperó a saber qué debía hacer con el dinero.

No tuvo que esperar demasiado. Semon hizo levantar a la congregación y dejó salir a las mujeres con menos de media docena de palabras. Masculló una bendición con prisa e incoherencia y todo había acabado antes de que la mitad de las mujeres llegaran a ponerse de pie. Al cabo de un momento Semon corrió por el pasillo hacia la puerta donde estaban Clay y Tom. Los empujó a ambos afuera, hacia el patio de la escuela.

—¿Cuánto? —exigió mientras alargaba los brazos hacia los sombreros.

—Veinte céntimos —dijo Tom—. Eso es todo. Es lo que he recaudado yo, y Clay no ha recogido un solo céntimo.

—Eso es —dijo sumisamente Clay—. Parece que no he podido recaudar nada.

Semon agitó el dinero en su mano y miró las cuatro monedas de cinco céntimos. Meditabundo, les dio la vuelta varias veces. Finalmente se las metió con brusquedad en el bolsillo de su pantalón.

—Supongo que tendré que sermonearles más intensamente esta noche —dijo—. Aparentemente lo de esta tarde no ha merecido la pena. Pero esta noche los aniquilaré. Creo que esta tarde he sido demasiado indulgente.

—Esto es porque los hombres no estaban dentro —dijo Tom—. Además, las mujeres nunca tienen dinero. Son los hombres quienes llevan encima lo poco que tienen. Y todos los hombres estarán esta noche. Tendrás la oportunidad de ganarte lo que te proponías captar.

—Imagino que sí —asintió Semon—. Haré todo lo condenadamente posible. No puedo permitirme predicar por veinte céntimos.

Dieciséis

A las siete de la tarde ya no quedaba nadie fuera del edificio. Algunas familias se habían ido a casa para cenar, pero la mayoría se había traído la cena y la había comido en la arboleda al atardecer. Semon había sido invitado a cenar con los Stone, y Clay y Dene y Lorene se quedaron en la escuela.

Para el servicio vespertino hubo música. Homer Johnson había venido con su banyo y Clay tocó su armónica. Una vez empezado un himno, de nada servía que Homer y Clay continuaran tocando, porque la canción crecía como una avalancha y ahogaba sus esfuerzos. La voz de Semon, más fuerte que por la tarde, podía oírse por encima de las demás.

Cantaron siete u ocho canciones e himnos antes de que empezara el sermón. Semon no había anunciado texto alguno; simplemente empezó su amonestación.

Los hombres se sentaron en el suelo porque los pupitres no eran suficientemente grandes. Las mujeres y muchachas podían sentarse cómodamente en ellos, pero los otros se sentaron en el suelo pelado y se apoyaron contra los pupitres.

—No quiero que ni un hombre o mujer, niño o niña, deje esta escuela sin ser salvado —les dijo Semon a modo de prolegómeno—. He venido aquí, a Georgia, para salvaros, y pretendo lograr lo que he venido a hacer. No tiene sentido dejar escapar a un pecador esta noche; todos pueden ser salvados. No es fácil salvarse. Es mucho más difícil que irse al infierno, pero no es imposible.

Varias cabezas en la audiencia asintieron. Unos pocos en Rocky Comfort se consideraban ya salvados y deseaban que se negaran a todos sus vecinos los placeres a los que ellos habían renunciado.

—El demonio sigue la pista de todo el mundo. Persigue a un hombre, noche y día, olisqueando su rastro, aullando de vez en cuando para hacer saber que nos persigue, y entonces nos salta encima justo cuando no miramos y se apodera de nosotros. Tenéis que estar atentos. No se dará por vencido hasta que lo pisoteemos y le arranquemos la vida.

»Todos vosotros, viejos pecadores, tenéis que ser los primeros en pasar al lado de Dios esta noche. Esto servirá de ejemplo a los jóvenes. Si la madre y el padre de un muchacho o muchacha suben aquí y me dan la mano, entonces no pasará demasiado tiempo hasta que los hijos e hijas vengan. Ahora quiero que todos vosotros, los mayores, viejos pecadores, madres y padres, abráis camino.

»Pecar es malo. Mina la vida de todos nosotros. Lo sé, porque yo solía pecar igual que el resto de vosotros. Sé lo que es el pecado. Le he mirado directamente a la cara. Por esto estoy aquí esta noche, para tratar de salvar a mis hermanos y hermanas. He visto a tanta gente perder su alma y acabar en el infierno, que no puedo quedarme sin hacer nada y ver como vosotros también acabáis en él. Quiero salvaros. Quiero avergonzar al demonio, para que nunca más os moleste. Bien, todos vosotros, los hombres, sabéis perfectamente que iréis al infierno cuando muráis si esta noche no os

pasáis al lado del Señor, antes de que sea demasiado tarde. Y mañana será demasiado tarde. Podríais morir antes del amanecer. Nadie sabe cuándo va a morir.

»No sirve de mucho que os diga que vais a ir al infierno, porque ya lo sabéis. Vosotras, las mujeres, también sabéis por qué. Y todas vosotras arderéis en el infierno si no vigiláis. Pero no hace falta demasiado para no acabar ahí. Lo único que tenéis que hacer es pasaros al lado del Señor. No es demasiado tarde, pero ahora es el momento. Mañana quizá sea demasiado tarde. Algunos de vosotros moriréis pronto. Si morís en pecado, arderéis en el infierno hasta que se acabe el mundo, y quizá no se acabe nunca.

»Todos vosotros, fornicadores y tramposos, todos vosotros, mentirosos y asesinos, todos debéis arrancar el pecado de vuestra alma antes de que sea demasiado tarde. No servirá de nada simplemente dejar de pecar ahora. No. Eso no servirá de nada. Primero tenéis que arrepentiros. Tenéis que subir aquí y darme la mano en presencia del Señor antes de que podáis ser salvados, Vosotros, los hombres que no me escuchéis, os despertaréis después de muertos y oleréis cómo os chamuscáis en el infierno. Entonces será demasiado tarde. ¡Sí, señor! ¡Entonces será demasiado tarde! Ahora es el momento. Será la única ocasión para algunos de vosotros. Quizá muráis mañana, y será demasiado tarde para hacer nada. ¡Ahora es el momento!

Semon se detuvo un momento para descansar. Mientras se secaba el sudor de la frente miró las caras que había abajo para comprobar sus progresos. Observó con placer que algunas personas ya estaban moviéndose inquietas en los pupitres y el suelo.

—Dejad que os explique una historia real. Muy lejos, en una gran ciudad, había una muchacha joven. Era bonita como largo es el día. ¡Ah, era tan hermosa! Nunca más he visto algo tan bello. Pero eso no es lo que importa. Lo que quiero explicaros es que esa muchacha tan bonita de esa gran ciudad pensaba que no debía prestar atención a la llamada del Señor. Ella pensaba que no tenía que preocuparse si se salvaba o no. Salió una noche con un hombre que fue a visitarla. Fueron en el automóvil de él, un automóvil muy bonito con adornos plateados en las puertas. No se habían alejado demasiado cuando el hombre ya le pidió que bebiera un poco. Y ella lo hizo. Bebió esa vileza. Luego continuaron su viaje en coche. Ella pensó que podría arreglárselas sin necesidad de salvación. Así que esa noche siguió en el coche. Entonces se pararon y tomaron otro trago de ese vil licor. Ya sabéis de qué hablo. Uno sigue y sigue y ya no puede parar. Entonces ella dejó que el hombre le rodeara su puro cuerpo con sus brazos. A ella no le importaba salvarse. ¡Ah, no! Ella pensaba que no lo necesitaba. De modo que dejó que él la toqueteara. Ya sabéis de qué hablo. Uno sigue y sigue. Así que él la toqueteó. Tomaron otro trago de ese vil licor. Entonces salieron del automóvil y caminaron hacia el bosque. Esa muchacha pura que no escuchó la llamada del Señor... ¡Sí, señor, así fue! Ahí fuera, en la oscuridad, donde nadie podía verles. Pero Dios los vio. Sí señor, Dios los vio. Nunca penséis que podéis esconderos de Él. Pero Él no fue el único que los vio. El demonio

también. ¡Sí, señor, el demonio! El demonio apareció corriendo. Estaba en otra parte cuando los vio, pero fue corriendo adonde estaban ellos. Es así como lo hace. Y llegó justo a tiempo. Llegó justo a tiempo para decirle al hombre que rodeara a esa muchacha pura con sus brazos, ahí fuera, en la oscuridad. El hombre recostó a la muchacha sobre la pinaza y el demonio estaba junto a él. El demonio le dijo: «Adelante». Eso fue lo que le dijo el demonio. Entonces se inclinó y le dijo lo mismo a la muchacha. Le dijo que adelante. Y ella dijo: «Está bien». Sí, señor, eso fue lo que dijo. Ella dijo: «Está bien». Así que el hombre se echó junto a ella sobre la pinaza. Sí, señor. Se echó en la oscuridad...

—¡Amén! —dijo alguien.

Semon se detuvo repentinamente y examinó las caras que le miraban. Estaba contento de tener la oportunidad de recobrar el aliento y le gustaba que la gente profiriera «Amén» cuando daba su sermón. Era señal de que la gente estaba interesada.

Se secó la cara y continuó.

—Y ahí estaban, ahí fuera, en la oscuridad del bosque, con el demonio junto a ellos diciéndoles que adelante. Quería que fueran tan perversos como pudieran llegar a ser jamás. Ese es su trabajo. Que la gente desee ser perversa. Así que ahí estaba él, instándoles a ser perversos. Y la muchacha pura pensaba que no tenía que escuchar al Señor. Ella pensaba que podía arreglárselas sin Él. ¡Ah, era tan pura! Pero pensaba que podía hacer lo que le diera la gana y no escuchar a Dios. Así que dejó que el hombre se echara junto a ella. Era verano y no hacía nada de frío. Entonces el demonio le susurró algo más al oído. Sí, señor, lo hizo. Le dijo que prosiguiera hasta el final. Y así lo hizo ella. Dejó que el hombre la echara a perder allá mismo, en el bosque. Ella quiso echarse a perder. Ella escuchó el demonio y este le había dicho que hiciera esa cosa inmunda. Ella pensó que se podía salvar sin tener que preocuparse por mantener puro su joven cuerpo. Pero no pudo. Después de irse de allá, con la marca del hombre en ella, estaba condenada. El demonio la poseía. Sí, señor. El demonio la tenía exactamente donde la quería tener. Ella estaba algo borracha por el vil licor y tenía la marca del hombre en ella. Me habría gustado que hubierais estado ahí para verla salir del bosque. Ya no era...

—¡Amén!

—Ya no era la misma muchacha pura que había entrado ahí. No señor. No tenía el mismo aspecto. Estaba riendo. Se lo estaba pasando bien. Se sentía bien. Ese hombre la había marcado. Había puesto su brazo alrededor de la cintura de ese hombre, daba saltos arriba y abajo, se sentía tan bien. Salió de allá brincando y se subió al automóvil, y ese hombre la había marcado. El demonio había hecho bien su trabajo esa noche, muy bien, pero que muy bien. Sí señor. Ese hombre había marcado a la joven muchacha. La tenía justo donde...

—¡Amén! —gritó de nuevo alguien.

Semon calló y se sacó la chaqueta. Empezaba a hacer calor en la escuela. El aire

era denso y no se movía. Flotaba en la habitación, oprimiendo cráneos y pechos, y cada vez hacía más calor.

—Ahora, ¿quién va a ser el primero que venga aquí a rendirse ante el Señor?

La gente en la sala se volvió y giró el cuello en todas direcciones. Todos miraron para ver quién sería el primero en subir a darle la mano a Semon.

—Estoy esperando a dar un buen apretón de manos a quien quiera ser salvado. Por eso estoy aquí. He venido aquí para salvar a hombres y mujeres. Si queréis ser salvados, subid aquí y dadme la mano. Si el demonio está en vosotros, si os está diciendo que os quedéis sentados, si os está susurrando al oído que sigáis estafando dinero a la gente... si está tratando de hacer eso, entonces levantaos y forcejad con él. Tiradlo al suelo y arrancadle el hígado a patadas. Vosotros, los hombres, vosotros que os escapáis de vez en cuando para visitar a una muchacha negra en el granero, vosotros, uníos y luchad contra el demonio. Y vosotras, mujeres y muchachas, vosotras que os escapáis por la noche para veros con hombres, mujeres fornicadoras que lleváis la marca del hombre, uníos y arrancadle los ojos al demonio. ¡Él correrá! Él siempre corre cuando te peleas con él. No puede levantarse y pelear. No es suficientemente hombre. Así que adelante y pelead con el demonio, hombres y mujeres pecadores. No quiero ir al cielo y ver que no estáis. No me gustaría llegar allá y ver que no estáis. No me gustaría nada. ¡Sí señor! De verdad que no me gustaría.

Nadie se movió. Semon esperó un rato mientras se secaba la cara.

—Cantaremos un poco mientras empezáis a venir aquí delante —dijo—. Horey, tú y Homer, tocad una canción.

Tan pronto como empezaron a cantar, algunos de los hombres se levantaron y estiraron las piernas y los brazos. Al poco rato todos se habían unido al himno.

—¡Venga, ánimo! —gritó Semon por encima de las voces de quienes cantaban—. No tengáis miedo. El Señor os ayudará. Subid aquí y ocupad vuestro lugar junto a mí y el Señor. Subid aquí y avergonzad al demonio. ¡Vosotras, mujeres y muchachas sentadas ahí, con la marca de los hombres en vosotras, venid aquí y salvaos!

Semon bajó de la plataforma y se dirigió hacia el pupitre más cercano. Se inclinó y le susurró algo al oído de una mujer. Ella se avergonzó.

Diecisiete

—Sí, tú quieres salvarte —le dijo en voz alta—. Dios quiere que te salves. Necesita a mujeres bonitas como tú en el cielo. No te quedes aquí sentada ni ayudes al demonio yendo al infierno cuando mueras. Dejemos que Dios alinee a las mujeres más bonitas de Georgia. No dejéis que el demonio os envíe allá abajo, a ese otro sitio.

La mujer se contuvo durante un rato, pero cuando Semon la tomó por el brazo y tiró de ella hacia delante, ella se dejó dirigir con agrado hacia el banco que había frente a la plataforma.

Semon se dirigió después a un hombre.

—No irás a dejar que una mujer te avergüence, ¿verdad, amigo? Un hombre debería ser más valiente que una mujer. Vamos, sube y ponte al lado del Señor.

—No le puedo complacer, predicador —dijo el hombre—. Eso es algo que no puedo hacer.

—Piensas que no puedes. Pero puedes. Y quieres. Crees que no es importante, pero espera el día del Juicio Final. Entonces será demasiado tarde. Cuando el demonio venga a llevarte con él, gritarás y patearás y desearás haberme escuchado.

—Nunca he hecho nada malo, predicador —protestó el hombre.

—Sí que has hecho cosas malas, amigo. Has sido perverso como una serpiente. Lo has olvidado, pero se te recordará el día del Juicio Universal.

—¿No me costará dinero subir ahí arriba?

—Solo un apretón de manos —dijo Semon llevándolo hasta el banco y empujándolo para que se sentara al lado de la mujer.

Fue a por otra mujer para sentarla junto al hombre.

El himno fue cantado por tercera vez. Clay y Homer tocaban con todas sus fuerzas.

Alguien gritó en medio del aula. Semon dejó de hablar con la mujer y fue corriendo a ver de qué se trataba. El despertar de las almas progresaba más rápido de lo que pensaba. Supo entonces que podría prescindir del banco de los dolientes y pasar de lleno a la exhortación de los pecadores.

Era Lucy Nixon quien había gritado. Fue la primera a quien había conmovido el espíritu.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Semon frotándose las manos.

Lucy continuó temblando violentamente. Su cuerpo se agitaba entero. Semon la cogió del brazo y la condujo por el pasillo hasta la plataforma.

—¡Está renaciendo! —gritó a la gente.

El cabello de Lucy se había soltado y su rostro se había crispado. Con cada grito saltaba más y más alto en el aire.

—¡Alabado sea Dios! —gritó él—. ¡Está renaciendo!

Los hombres que se habían congregado en el fondo del aula se movieron hacia adelante en masa. Todos querían ver a la muchacha de Nixon agitándose.

Semon la dejó un momento para bajar al mismo nivel que la gente. Quería llevar a más personas al banco mientras proseguía la excitación. La muchacha gritaba a intervalos regulares. Cuando se sintió demasiado débil para saltar, empezó a golpearse con los puños, dejándose marcas rojas en los brazos y el rostro.

—¡Alabado sea Dios! —gritó un hombre. Él dio un brinco muy alto, estirándose el cabello y haciendo sonidos ininteligibles con la garganta.

Lucy Nixon empezó a tener convulsiones.

—¡Está renaciendo! —gritó Semon, corriendo de vuelta a la plataforma. Se quedó junto a ella para poder cogerla si de repente se dejaba caer.

—¡Yipiiiiiii! —gritó alguien en otra parte de la sala.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo Semon volviéndose para ver al hombre—. El demonio está abandonando a otro pecador.

—¡Amén!

Lucy empezó a arrancarse la ropa. Se arrancó las mangas del vestido y empezó a tirar del vestido y a arrojar los pedazos de tela rota al aire. La gente se apelotonó hacia delante, empujando y dándose empujones para apartar a los demás de en medio. En toda la sala se oían gritos y alaridos. Algunas de las mujeres ya se habían tirado al suelo y estaban retorciéndose debajo de los pupitres, en el polvo. Nadie les prestó atención entonces. Todos trataban de ver el renacer de Lucy.

—¡Alabado sea Dios! —gritó Semon.

—¡Amén! —gritó un hombre.

—¡Yipiiiiiii! —gritó otro.

—¡Amén! —dijo una mujer, medio gritando. Ella cayó inmediatamente al suelo, dando patadas y gimiendo. Nadie le volvió a prestar atención.

Lucy gritaba como si la estuvieran asesinando. Sus gritos llenaron el aula y reventaron los tímpanos de la sudorosa gente apelotonada. Tenía el cabello suelto por toda la cara y ella se lo apartaba con violencia de los ojos. Le dieron nuevas convulsiones y el cabello le cayó, cegándola otra vez. Seguía de pie. Otros a quienes les había embargado el deseo de renacer habían caído al suelo. Pero Semon esperó junto a ella para poder mantenerla de pie y así todos pudieran verla el máximo de tiempo posible. Todo lo que Lucy llevaba puesto estaba roto. Los hombres empujaron para poder contemplarla. Aún había algunos a quienes no les había embargado el deseo de renacer.

Semon revoloteó alrededor de la muchacha, listo para sujetarla si llegaba a caer. Su lucha era magnífica. Su parto era doloroso. La mayoría de los que habían sufrido un arrebató pasaron inmediatamente a un estado de indefensión, cayendo semiconscientes al suelo para quedar ahí tirados, retorciéndose en el polvo. Pero Lucy tenía más dificultades. No acababa de renacer del todo. Se golpeaba, se arrancaba la piel con las uñas, gritaba con cada bocanada de aire, y durante todo ese tiempo su cuerpo se sacudía y temblaba víctima de convulsiones musculares.

Una de las mujeres sentadas en el banco que había frente a la plataforma saltó a

sesenta centímetros de altura, tirándose de las ropas y gritando a pleno pulmón. Cayó al suelo, a los pies de Semon, arrancándose la ropa del cuerpo y agitando las piernas como un cerdo agonizando después de haberle clavado un cuchillo. Nadie la miró después de caer al suelo.

En la plataforma, Lucy Nixon seguía de pie tras quince o veinte minutos y seguía sin concluir su renacer. Su cuerpo entero temblaba. De repente se quedaba quieta y al momento siguiente sus hombros empezaban a moverse. El temblor crecía gradualmente en intensidad hasta que todo su cuerpo se agitaba. Luego volvía a quedarse quieta. Entonces se quedaba rígida, agarrándose las manos por encima de la cabeza hasta que las venas de los brazos asemejaban líneas de tinta negra.

Un hombre que se había abierto paso a empujones hasta llegar a la plataforma se arrojó contra la pared. A cada segundo que pasaba, sus gruñidos y movimientos se hicieron más y más frenéticos.

—¡Alabado sea Dios! —gritó Semon—. ¡Haz que esta muchacha vea la luz!

—¡Amén! —dijo alguien a grito pelado.

—¡Yipiiiiiii! —El grito sacudió las paredes de la estructura del edificio.

—¡Alabado sea Dios!

El cuerpo de Lucy estaba inflamado por el esfuerzo. Su piel estaba roja y húmeda, y le brotaba sangre de la boca, por haberse mordido los labios. Pero aun así, no había llegado a ver la luz. Su cuerpo seguía temblando. Sus gritos y alaridos repercutían a través de las vigas del edificio. Los hombres brincaban como sementales descontrolados y las mujeres acompañaban sus movimientos con los temblores de Lucy. Los botones saltaban al aire como proyectiles. Semon se había acercado a Lucy, casi la tocaba, y se inclinó hacia ella para ver su esfuerzo.

—¡Alabado sea Dios!

—¡Amén! ¡Amén!

—¡Yipiiiiiii!

—¡Alabado sea Dios!

Tom Rhodes yacía en el suelo. Estaba todo sucio y la ropa se le había pegado al cuerpo por el sudor. Rodó hacia una esquina y empezó a golpearse contra la pared con una regularidad de reloj. Justo detrás de él, en el suelo, estaba Dene. Ella acababa de empezar. Aún le faltaba mucho para renacer, pero estaba decidida.

El frenesí de Lucy Nixon había decrecido. Estaba demasiado débil como para poder continuar. No había llegado a ver la luz y estaba tan confusa como algunos de los que todavía no estaban aquejados por el deseo. Estaba pálida y los brazos le colgaban a los lados. Pero su parto continuaba. Semon esperaba que cayera en cualquier momento. Estaba preparado para sujetarla y que no se hiciera daño.

La música hacía tiempo que se había extinguido. Clay seguía sentado en la silla donde había estado tocando la armónica, pero en su cara había una expresión que indicaba claramente que pronto le daría un arrebato. Homer, a su lado, continuaba pulsando las cuerdas de su banyo. Sin embargo, no estaba tocando una canción. Los

acordes que tocaba se acompasaban con el alboroto que había en la sala.

Durante una pausa en mitad del ensordecedor ruido, Semon, que había estado observando detenidamente a Lucy, dio un paso adelante y la sujetó. Ella estaba completamente exhausta y ya no podía soportarlo más. Incluso sus párpados no se movían. Semon cogió el cuerpo flácido entre sus brazos y, sin dejar de mirarla, fue empujando con sus caderas a los hombres que trataban de llegar a ella. Finalmente consiguió dar a algunos unas patadas tan salvajes que logró que se mantuvieran a distancia.

Semon la colocó sobre la mesa, cogió el abanico de hojas de palmera de alguien y empezó a reanimarla. Tenía que reanimarla para que pudiera renacer.

Dieciocho

Para entonces ya solo quedaban cuatro o cinco personas de pie o sentadas. Todos los demás se revolcaban en el suelo, sobre el polvo y la mugre, forcejeando debajo de los pupitres, o golpeándose con los puños.

Semon dejó a Lucy para ayudar a los que todavía no les había embargado el deseo de renacer. Se acercó primero a Clay.

—¡Alabado sea Dios! —dijo.

—Lo siento en los huesos —se disculpó Clay—, pero no puedo conseguir que se me manifieste.

—¡Arrodíllate y reza, Horey! —le ordenó Semon—. Arrodíllate y haz todo lo que puedas para llegar a ver la luz.

—¿Me ayudará eso?

—Ponte de rodillas y hazlo. La próxima vez quizá sea demasiado tarde. Ahora es el momento de tu despertar si es que alguna vez lo vas a hacer. ¡Reza!

Clay se puso de rodillas junto a una silla, apoyó la cabeza en sus brazos y se preguntó cómo lograrlo.

—He de renacer —gritó—. Dene lo va a hacer, y todo el mundo lo va a hacer. Yo seré el único pecador en todo Rocky Comfort que no alcance a ver la luz.

Justo entonces Semon pensó en Lorene. No la había visto desde que había empezado la celebración.

Se dio la vuelta y fue a buscarla. Estaba sentada en un pupitre, cerca del centro del aula, mirando lo que estaba haciendo la gente. No mostraba señal alguna de querer ver la luz. Semon sabía por la expresión de su cara que ni siquiera lo estaba intentando.

Corrió hacia ella saltando por encima de personas postradas en el suelo.

—¿Qué pasa, Lorene? —le preguntó.

—Nada —replicó.

—¿No quieres ver la luz?

—¿El qué?

—¡La luz, Lorene!

—No la quiero —dijo ella.

—¡Alabado sea Dios! —gritó Semon. Su cara estaba roja, sus ojos estaban encendidos y su cuerpo estaba tenso con la excitación.

Ella lo miró sin demostrar interés.

—¡Alabado sea Dios! —dijo él más fuerte. Estaba demasiado excitado para hablar. No podía creer que a Lorene no le hubiera embargado el deseo de renacer que había dominado a todos los demás en la escuela.

Se puso de rodillas junto a ella, le cogió una mano y empezó a rezar en voz alta por ella.

Tras varias frases la miró para ver si su esfuerzo había hecho efecto. Ella lo miró

de un modo extraño por un instante.

—¿Qué quieres que haga? —le dijo—. No sé cómo hacerlo.

—¡Alabado sea Dios! —gritó él, poniéndose de pie—. ¡Ve la luz, Lorene!
¡Alabado sea Dios! ¡Ve la luz!

—¿Cómo se hace?

—¡Entrégate a Dios, Lorene! ¡Alabado sea Dios! ¡Simplemente, entrégate a Dios!

Semon empezó a saltar delante de ella. Hacía sonidos ininteligibles con la garganta. Tiraba de los brazos de ella.

—¡Unga, unga! ¡Alabado sea Dios!

Clay corrió de arriba abajo de la sala, saltando y brincando por encima de los cuerpos que se retorcían en el suelo. Se había arrancado la camisa y los pantalones se le aguantaban únicamente por uno de sus tirantes.

—¡La he visto! —gritó—. ¡La he visto!

Semon soltó la mano de Lorene y corrió para estar cerca de Clay.

—¿Qué has visto, Horey?

—¡La luz, hombre!

—¿Cuánta has visto?

—¡Estoy renaciendo!

—¡Alabado sea Dios! —gritó Semon.

Clay corrió por la sala brincando por encima de los cuerpos postrados en el suelo. Por poco no pisó las cabezas de varias personas. Corrió arriba y abajo agitando los brazos por encima de la cabeza.

—¡La he visto!

—¿Qué pasa, Clay? —gritó alguien agarrándole el brazo cuando pasó corriendo. Él se soltó y no se detuvo a ver quién era.

—¡La he visto!

—¡Alabado sea Dios! —gritó Semon corriendo detrás de él.

—¡Estoy renaciendo!

En una esquina, Dene estaba sola sufriendo sus primeros dolores del parto que suponía llegar a ver la luz. Ella no necesitaba tanto espacio como algunos de los demás y no los estorbaba. Estaba sola, rodando y golpeándose alguna que otra vez la cabeza contra la pared.

Clay corría por el aula como si le persiguiera un lince.

—¡La he visto! —gritó de nuevo, brincando por encima de pupitres y saltando por encima de cuerpos.

—¿Qué has visto, Horey? —dijo Semon agarrándolo por el brazo y tratando de sujetarlo como podía.

—¡He visto la luz! ¡He renacido!

Clay cayó de cabeza al suelo, pateando y gritando. Semon se volvió para prestar atención a otra persona que necesitaba su ayuda para llegar a ver la luz.

Pensó en Lorene, sentada muy rígida en el pupitre. Corrió hacia donde estaba ella.

Cuando se puso de rodillas a su lado, ella lo miró como si pensara que él estaba completamente loco.

—Lorene —le rogó—, intenta ver la luz por mí. ¿Lo harás? Casi todos los demás en la escuela han alcanzado a ver la luz, excepto tú. No quiero que quede ni un pecador sin salvar esta noche. Esta sea quizá la última oportunidad para Rocky Comfort.

Lorene lo miró sin responderle.

—¡Alabado sea Dios! —dijo él.

Cogió su mano y empezó de nuevo a emitir sonidos ininteligibles de su garganta. Le empezaron a sudar la frente y la cara, y el agua le caía a chorros por la camisa. Agarró con fuerza las manos de ella; tenía el rostro retorcido y contraído.

—¡Alabado sea Dios! —dijo de nuevo.

Lorene miró a Semon, arrodillado junto al pupitre donde ella estaba sentada. Por un lado le daba lástima y por el otro no podía evitar reírse de él. Su cuerpo oscilaba y de sus labios apretados surgían gruñidos y gemidos. Estaba intentándolo todo por hacer que llegara a ver la luz, pero ella permanecía indiferente.

La cara de Semon estaba roja y húmeda.

—¡Unga, unga! —Creyó oírle decir.

Una mujer rodó contra él y estaba retorciéndose a su lado. Él no le prestó atención. Continuó exhortando a Lorene, haciendo unos ruidos con su garganta que ella no podía comprender.

—¡Unga, unga!

Ella tenía ganas de decirle a Semon que estaba perdiendo el tiempo, pero no quiso interrumpirle. En aquel momento tenía aspecto de ser feliz. De su cara estaba desapareciendo la expresión de dolor y en sus facciones apareció una sonrisa beatífica. Al cabo de un momento estaba tumbado, retorciéndose y pateando, tirándose del pelo y de la ropa. Yacía en el suelo, sobre la mugre y el polvo, a los pies de ella, dando patadas como si cada sucesivo movimiento fuera a ser el último que hiciera en este mundo.

Algunas personas se aglomeraron alrededor de Semon, y Lorene tuvo que levantar los pies y sentarse sobre ellos para evitar que le rompieran las piernas. Los hombres y las mujeres que se retorcían en el suelo debajo de ella emitían sonidos carentes de sentido que le martilleaban los oídos como el recuerdo de una pesadilla espantosa.

Al cabo de un rato, Semon se quedó quieto. Una mujer levantó la cabeza y la puso en su regazo mientras lo abanicaba con una hoja de palmera astillada. Cuando abrió los ojos, lo primero que vio Semon fue a Lorene sentada por encima de él, burlándose.

Se puso de pie en un segundo. Se quedó mirando a Lorene desde su altura y con el sudor cayéndole por la cara y la frente. No fue capaz de decir nada durante un rato.

Entonces se dio cuenta de que no había sido capaz de hacer que Lorene viera la

luz. Jamás había fallado en su vida. Eso era lo que le molestaba.

—¡Alabado sea Dios! —dijo débilmente.

Había tratado con tanto empeño que Lorene viera la luz, que el que la había visto había sido él. Lorene, la mujer que él consideraba la persona más pecadora de toda la escuela, había ridiculizado sus esfuerzos y se había reído de él. Había fracasado por completo.

A pesar de darse cuenta de su fracaso, sintió que no podía dejarse abatir. Estaba decidido a hacer que la reunión concluyera con éxito.

Corrió a la plataforma donde Lucy Nixon yacía sobre la mesa.

—¡Alabado sea Dios!

—¡Amén! —dijo alguien.

Casi todos ya habían visto la luz y aquellos que estaban de pie se aglomeraron alrededor de Semon. Este vio que Tom Rhodes estaba todavía forcejeando en el suelo. Le golpeó con el pie.

—¡Yipiiiiiii! —gritó Tom cuya voz, como la de un sapo ronco, podía ser reconocida entre la multitud.

Semon puso la mano sobre la muñeca de Lucy y le buscó el pulso. Empezó a abanicarla de nuevo con el abanico de hoja de palmera, murmurando ininteligiblemente para sí mismo.

—¡Alabado sea Dios!

Semon bajó la mirada al suelo, enfrente de la plataforma, y vio a varios hombres y mujeres, destrozados y sucios, forcejeando en masa. Gemían y daban patadas y de vez en cuando uno de ellos se sacudía de tal manera que parecía que fuera a partirse el cuerpo.

Lucy ya respiraba más profundamente entonces y Semon continuó abanicándola. Por lo que sabía, ella era la única en toda la escuela, excepto Lorene, que todavía no había renacido.

—¡Alabado sea Dios! —le gritó Semon a Lucy.

Ella movió un brazo e intentó incorporarse. Semon la levantó hasta que quedó sentada sobre la mesa. De repente, la mujer volvió a la vida. Era como si sus fuerzas hubieran sido contenidas como previendo este momento. Saltó de la mesa a la plataforma y corrió brincando de una pared a la otra. Semon corrió detrás de ella sin llegar a atraparla, pero tratando de ayudarla a que esta vez llegara a ver la luz.

Sus gritos parecían haber despertado a todos los demás en la sala. Porque al poco rato, los que estaban quietos en el suelo o forcejeando débilmente, al oír su voz se retorcieron y contorsionaron como un nido de serpientes en un pozo seco.

Finalmente Lucy se detuvo y se quedó inmóvil. Había echado la cabeza hacia atrás y tenía las manos como garras, cruzadas sobre el estómago. Su cuerpo tembló aceleradamente y con convulsiones, y entonces empezó a retorcerse de nuevo.

—¡Alabado sea Dios! —gritó Semon.

—¡Yipiiiiiii! —dijo un hombre debajo de un pupitre. Sonó como si fuera Tom

Rhodes.

Lucy Nixon empezó a gritar cada vez que exhalaba aire. Era un sonido que producía escalofríos en unos cuerpos tan agotados y cansados que apenas respondían a otros estímulos. Sus gritos llegaron a intervalos más cortos, pero eran más fuertes de lo que habían sido hasta entonces.

Semon pudo ver a las mujeres del grupo de enfrente de la plataforma retorciéndose con renovado vigor. La mayoría de ellas habían rodeado las patas de los pupitres con sus piernas.

Observó la frenética lucha que había entablado Lucy por llegar a renacer.

Los que la rodeaban estaban tratando de ayudarla. Se acercaron más, gritando y aullando con ella, restregándose unos con otros. Algunos de ellos se distanciaron y empezaron a imitar los movimientos de la mujer, tratando así de ayudarla.

Cuando pareció que las arterias de su cuerpo iban a reventarse a través de la piel, el rostro de Lucy dejó de deformarse y sus movimientos se volvieron más intensos. Empezó a sonreír un poco y la tensión de sus músculos dibujó nudos en sus piernas y brazos. Después, empezó gradualmente a relajarse, lentamente, hasta alcanzar el éxtasis.

—¡Alabado sea Dios! —gritó alguien.

En la cara de Lucy apareció una expresión de dicha, que crecía a cada segundo que pasaba. Al final, tras un último esfuerzo, vio la luz. Mientras todos la contemplaban alguien la tapó con una chaqueta. Pero para entonces todos habían visto lo que había sucedido.

Mientras los hombres se amontonaron para ver más de cerca, sus movimientos se hicieron cada vez más lentos y finalmente se quedó totalmente quieta. Ni siquiera se le movían los párpados.

Cuando hubo pasado todo, Semon cayó desplomado al suelo. Notó como sus piernas cedían y no pudo evitar la caída. Cuando se dio cuenta de que estaba en el suelo no hizo ningún esfuerzo por levantarse. La gente que estaba cerca de él creyó que iba a ver la luz por segunda vez, y se dieron la vuelta para dejarle solo. Estaba agotado hasta la médula.

Todos se callaron y solo se oyó el sonido de los pasos sobre el suelo. Si algo se dijo, fue pronunciado en susurros.

La familia de Lucy se presentó para sacarla de la escuela. La colocaron en la plataforma de la carreta y la taparon con los trozos que encontraron de su vestido. Mientras la madre, el padre y los hermanos se preparaban para partir, ella permaneció en la carreta mirando al cielo a través de las ramas ondeantes de los pinos.

Nadie habló al salir de la escuela. La gente caminaba en silencio por encima del lecho de pinaza hacia sus carretas y automóviles.

Clay entró en el automóvil solo. Al poco rato llegó Dene y se sentó a su lado. Lorene la siguió. Esperaron a Semon en silencio.

De vuelta en la escuela, Semon se levantó y dio unos pasos. Estaba demasiado

cansado para moverse. Se sentó en un pupitre y apoyó la cabeza sobre las manos. Se sentía enfermo y desanimado. Había salvado quizá a cuarenta personas esa noche, pero a la pecadora más empedernida no la había podido salvar. Lorene había permanecido indiferente durante toda la celebración y, al final, no había sido salvada.

Semon se levantó y empezó a apagar las velas. Entonces, cuando estaba a punto de abandonar el edificio, recordó que se había olvidado de recolectar el dinero. Abandonó la escuela en sombras arrastrando los pies.

De camino a casa adelantaron varias carretas llenas de gente, a dos o tres hombres caminando y a otros montados en mula. No hicieron sonar la bocina y lo único que se podía oír era el zumbido del motor y el traqueteo de las cadenas de las carretas. Los pasaron y desaparecieron rápidamente.

Diecinueve

Clay no estaba acostumbrado a irse a dormir tan tarde y el sol hacía dos horas que había salido cuando abrió los ojos. Se puso de costado, parpadeando perplejo, y se preguntó por qué había dormido hasta tan tarde. Saltó al suelo y recordó que habían llegado a casa procedentes de la escuela pasada la medianoche.

No se oía a nadie más. Dene seguía profundamente dormida en su lado de la cama y su aspecto era de tanto júbilo que no quiso despertarla. Se puso la camisa y los pantalones, se ató los cordones de las botas y salió al jardín de la parte de atrás para beber un trago de agua.

Al acercarse a la barandilla y sacar un poco de agua del cubo se dio cuenta en seguida de que no todo estaba como debía. Primero no supo determinar cuál era el problema. Estudió el jardín barriéndolo con los ojos tan bien como pudo y bajó corriendo los escalones en dirección al granero para averiguar qué era lo que pensaba que no estaba como era debido.

—¡Maldita sea! —dijo al mirar en el cobertizo.

El automóvil que había estado siempre junto al granero había desaparecido. Recordaba perfectamente que lo habían aparcado en el cobertizo la noche anterior. Pero ahora ya no estaba ahí.

Se dio la vuelta y dobló la esquina de la casa. Sin necesidad de pararse a mirar detenidamente, pudo observar las huellas recientes de las ruedas en la arena. Había llovido la noche anterior —entre la medianoche y el amanecer— y las huellas en la arena eran tan claras y nítidas como si las hubieran hecho sobre pavimento de hormigón recién vertido. Clay se acercó hasta el jardín delantero y ahí se detuvo.

—¡Maldita sea! —rezongó, mirando hacia la carretera que llevaba a McGuffin.

Se dio la vuelta lentamente y se arrastró hasta los escalones del porche delantero. Dobló el cuerpo y se dejó caer sobre el peldaño inferior. Estiró los brazos sobre sus huesudas rodillas, doblando los codos, y los dejó que colgaran.

Abajo, en las cabañas, Hardy salió por la puerta de la cocina. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo y se dirigía hacia la pila de leña. Se agachó para recoger astillas y las tiró dentro de un cubo sin asa.

El viejo coche de Semon seguía debajo del magnolio delante de la casa. No lo habían movido una pulgada desde el día en que llegó Semon. Sentado en el porche, Clay pudo ver que tres de las ruedas estaban totalmente deshinchadas y que la cuarta pronto lo estaría.

Detrás de él oyó el sonido amortiguado de alguien moviéndose en la casa. Imaginó que era Dene levantándose para preparar el desayuno. No hizo esfuerzo alguno por detenerla. Sugar había vuelto y podía venir a cocinar a la casa, pero Clay se quedó callado y no dejó que nada lo perturbara.

Al oír unos pasos en la entrada de la casa, se dio la vuelta para decirle a Dene que Sugar y Hardy habían vuelto. Pero al mirar, vio a Lorene en su lugar. Llevaba puesta

la ropa que había vestido al llegar días atrás y también se había puesto el sombrero. Hasta tenía su bolso.

—¿No te irás a marchar, Lorene? —dijo.

—¿Dónde está? —preguntó ella, saliendo corriendo al porche.

—¿Dónde está quién?

—Semon.

Clay se dio la vuelta para verla mejor.

—¡Que me aspen...! —dijo—. ¿Te has levantado para irte con él?

Ella asintió corriendo hacia los escalones y buscando a Semon en todas direcciones.

—Pues ya puedes volver a la casa y tomarte el desayuno —dijo—, porque Semon Dye a estas horas es más que probable que esté a treinta kilómetros más allá de McGuffin. Se ha largado temprano.

Lorene soltó su bolso en el porche.

—Ese gusano bastardo —dijo ella entre dientes—. Me dijo que me llevaría a Jacksonville con él.

—¿De verdad? —dijo Clay—. ¡Mecachis!

Lorene se sentó en una silla mirando hacia la carretera en la dirección que Semon había tomado en algún momento durante la noche. Se sacó el sombrero y lo tiró al suelo del porche.

Masculló algo inaudible.

—Imagino que yo también le podría maldecir —le dijo Clay—, si supiera qué decir exactamente. Es una vergüenza que se haya ido así, dejándonos a todos plantados.

Los dos se quedaron callados un rato, ambos mirando la carretera que llevaba a McGuffin. Clay se sentía débil por la pérdida de su automóvil, pero no se habría sentido tan mal si Semon no se hubiera ido así. Había esperado tener la satisfacción de ver a Semon salir del jardín y desaparecer por la carretera. Se sentía estafado.

Mientras estaban los dos sentados, Dene salió corriendo al porche. No los vio hasta llegar casi a la escalera. Cuando vio a Clay y Lorene, se detuvo rápidamente.

—¿Qué...?

No pudo terminar. Dio un paso atrás.

—¿Qué te tiene tan excitada, Dene? —dijo Clay mirándola detenidamente—. Actúas como si la casa se estuviera quemando.

Dene no se había vestido para irse de viaje, pero llevaba sus mejores zapatillas y su vestido nuevo.

—¡Que me aspen si no pareces confundida, Dene! —dijo.

La vio mirar rápidamente a Lorene y al sombrero tirado en el suelo.

—Lorene pretendía volver a Jacksonville con Semon, pero Semon se ha ido volando y la ha dejado atrás.

—¿Semon se ha ido? ¿De verdad? —preguntó Dene excitada.

Lorene se encogió de hombros y maldijo entre dientes. Esa fue toda su respuesta para Dene.

—No creo que tengáis que abatiros tanto porque Semon se haya largado —dijo Clay—. No se ha llevado nada vuestro. Me parece que soy yo quien debiera maldecirle. Semon se ha largado con mi automóvil. Imagino que tenía derecho, pero no esperaba que se fuera en mitad de la noche. Podía actuar como Dios manda. Yo no iba a impedirle que se marchara. Solo quería verle marchar.

Dene se sentó en el borde de una silla y miró hacia la carretera que llevaba a McGuffin. Al cabo de unos minutos lanzó un vistazo rápido a Lorene. Lorene no miraba a nadie, miraba tristemente el suelo del porche.

En la cara de Clay apareció una sonrisa.

—¿No te diría a ti también que te iba a llevar con él, verdad, Dene?

Al poco rato se volvió y bajó enojado la vista al suelo que tenía delante.

—Por Dios —se dijo—, no se me había ocurrido.

En la cabaña de Sugar y Hardy alguien abrió la cortina de la ventana de la cocina. Se podía ver a Sugar detrás de la ventana, mirando hacia la casa.

—Será mejor que baje y le diga a Sugar que venga a preparar el desayuno —dijo—. El sol ya está en lo alto y tengo un hambre de perros.

Pero no hizo ningún amago de moverse de los escalones.

Creyó oír detrás de él un sollozo reprimido en la garganta de alguien. No se dio la vuelta para ver quién estaba llorando. Sabía que no era Lorene. Si Lorene estaba haciendo algo, era maldecir entre dientes.

—De alguna manera no me gusta que Semon se haya ido y nos haya dejado. Me siento estafado. Voy a echar de menos su presencia por aquí. Me hace sentirme solo no oírle hablar y no verle sentado en el porche, esperando a que llegue el domingo.

Hizo una pausa.

—El domingo llegó y pasó.

Detrás de él oyó como alguien apartaba una silla y corría sollozando hacia la casa. No se dio la vuelta para ver de quién se trataba.

—Semon era un sinvergüenza asqueroso, pero tenía algo. No podría soportar a un granuja como él durante demasiado tiempo, porque tarde o temprano sacaría mi escopeta y le volaría la tapa de los sesos. Pero de verdad que me siento vacío ahora que sé que ya no está aquí. Me siento estafado, como una tortuga patas arriba que no puede darse la vuelta.

No le sorprendió ver aparecer un coche en medio de la silenciosa mañana. Iba a toda velocidad por la carretera, procedente de la escuela. Cuando alcanzó la cabaña donde estaban jugando Vearl y los negritos, redujo un poco la velocidad.

Al acercarse, pudo ver a Tom Rhodes girando el volante a un lado y al otro. No se levantó para ir a recibirle.

—¿Levantado tan temprano, Tom? —dijo—. ¿Algo nuevo que contar?

Tom subió corriendo el sendero con una garrafa de galón de su *whisky* de maíz en

la mano.

—¿Dónde está el predicador? ¿Aún no se ha levantado?

—Sí que se ha levantado —dijo Clay.

—Tengo algo para él. He pensado que le podía traer un trago por lograr que viera la luz ayer en la escuela. Y he pensado también que tú y él podríais venir a casa, sentarnos en el cobertizo y mirar por la grieta.

Tom sacó el tapón y le ofreció la garrafa a Clay. Tras un par de tragos, Clay le devolvió la garrafa, secándose la boca con el dorso de la mano y lamiéndoselo luego.

—Espero que no te decepciones fácilmente, Tom —dijo—. Tengo malas noticias para ti.

—¿De qué se trata? —preguntó Tom, bebiendo de la garrafa.

—Semon Dye se ha largado. Levantó el campamento y se largó antes de que nadie se despertara. Supongo que ya debe de haber pasado por McGuffin, de camino hacia el sur. No creo que lo volvamos a ver otra vez por este lado del cielo... o del infierno, lo cual es más probable.

—¿Se ha ido? —dijo Tom haciendo un gesto de negación con la cabeza—. ¿No me estarás diciendo que Semon se ha ido, Clay? ¿El predicador ya no está aquí?

—Eso es. Se ha ido.

Tom dejó la garrafa con excesiva fuerza en el porche y la miró. Echó una mirada a Lorene, sentada en la silla junto a la ventana.

—Eso me pone muy triste —dijo, sentándose al lado de Clay. Cogió la garrafa y la sostuvo en sus brazos—. Me siento tan triste que no sé qué hacer.

—Quizá tú y yo podríamos coger la garrafa, volver a tu casa y sentarnos en el cobertizo —sugirió Clay—. Te aseguro que me encantaría volver a sentarme allá y mirar por la grieta. Es algo digno de ver.

Tom sacó el tapón y le pasó la garrafa a Clay. Cuando este se la devolvió, miró a través del orificio el licor incoloro y echó su aliento en él. Sonó como viento soplando por la noche a través de una calabaza seca atada al poste de una valla.

Clay alargó el brazo para recoger un puñado de piedras. Las agitó en su mano, dejando pasar la arena entre los dedos. Cuando ya no había arena, las cogió una a una y las tiró por el jardín como si fueran canicas. Tom lo miró, moviendo la cabeza de arriba abajo cada vez que una de las piedrecitas redondas era lanzada sendero abajo.

Ninguno de los dos se dio la vuelta para mirar a Lorene cuando esta se levantó y cruzó ruidosamente el porche para entrar en la casa.

—Que Dios ayude a la gente del siguiente lugar que elija Semon para detenerse y predicar —dijo Clay. Arrojó el resto de guijarros al suelo—. Pero supongo que los entretendrá el tenerlo allí igual que me ha entretenido a mí.

Se levantó y bajó lentamente por el sendero. Cuando alcanzó la verja, se detuvo un instante para mirar el viejo automóvil aparcado a la sombra del magnolio. Luego bajó por la carretera, a través de la caliente arena blanca, para decirle a Sugar que subiera a la casa y empezara a preparar el desayuno.



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.